

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXV

Nº6

JUNIO 2012



NUESTRA PORTADA:

VIRGEN DEL PILAR

Obra anónima, siglo XVII. Madera tallada, policromada, dorada y estofada. Catedral de Ourense.

Director: MANUEL EMILIO RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Maquetación, administración y fotocomposición: Oficina de Informática, Obispado de Ourense.

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXV	Junio 2012	Nº 6
-----------	------------	------

SUMARIO

LA VOZ DEL PRELADO

Homilía. Corpus Christi. 10-06-2012.....	697
Homilía. Órdenes 16-06-2012.....	700
Homilía. Novena del Corpus en Lugo. 7º día (15 junio 2012).	703
Carta a los Sacerdotes diocesanos con motivo de la Solemnidad de San Pedro y San Pablo	705

IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General	
Nombramientos	709
Defunciones.....	712
Vicaría de Pastoral	
Programación pastoral diocesana para el curso 2012-2013.....	713

IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal Española	
Nota final de la CCXXIV reunión de la Comisión Permanente de la CEE.....	721
Nombramiento Episcopal: El sacerdote Juan Antonio Aznárez Cobo ha sido nombrado	
Obispo auxiliar de Pamplona.....	733
Defunción episcopal: Ha fallecido Mons. Ireneo García Alonso, Obispo Emérito de Albacete....	734

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI	
Regina Caeli - Ángelus	737
Audiencias.....	742
Discursos.....	757
Homilías	773
Mensajes	783
Visita Pastoral a la Archidiócesis de Milán y VII Encuentro Mundial de las Familias (1-3 de junio de 2012) ..	786
Visita Pastoral a las zonas afectadas por el terremoto de Emilia-Romaña (26 de junio de 2012).....	810

CRÓNICA DIOCESANA

Mayo.....	691
-----------	-----



LA VOZ DEL PRELADO

HOMILÍAS

Corpus Christi. 10-06-2012

Excmo. Cabildo, Excmas. Autoridades, mis queridos sacerdotes, religiosas y miembros de vida consagrada. Saludo cordialmente a los Miembros de la Adoración Nocturna y de las demás Asociaciones Eucarísticas. Mis queridos seminaristas. ¡Hermanos y hermanas mías en el Señor!

Con las palabras de la oración colecta de esta solemne liturgia del Cuerpo y de la Sangre del Señor, iniciamos nuestra reflexión; hemos dicho con toda la Iglesia:

“Te pedimos nos concedas venerar de tal modo los sagrados misterios de tu Cuerpo y de tu Sangre, que experimentemos el fruto de tu redención”.

Aquí está expresada la intención que la Iglesia tiene en esta solemnidad litúrgica: “venerar los sagrados Misterios”.

La presencia eucarística del Crucificado-Resucitado se hace realidad en las especies del pan y el vino. Una vez más, Nuestro Dios, en sus designios de misericordia, ha escogido dos realidades muy ordinarias: pan y vino. El Dios de los cristianos no ha buscado cosas extraordinarias, excepcionales, para hacerse presente, ¡todo lo contrario! Buscó las cosas cotidianas.

Dios se hace presente por medio de los signos sacramentales: huellas de su

presencia. Para ello, ha escogido algo tan común como el agua, el aceite, el pan y el vino... Al finalizar esta celebración saldremos en procesión y llevaremos en una hermosa y artística custodia el pan consagrado. Una vez más, culto y arte van juntos. Esto es un signo maravilloso de la grandeza de nuestro Señor.

La Iglesia, durante la liturgia eucarística, hace entrega de este pan a la Santísima Trinidad. Un pan que es fruto de la tierra y del trabajo del hombre. En este trozo de blanco pan, muy pobre, un poco de harina de trigo y agua, queda recogido y sintetizado: el esfuerzo humano, el trabajo cotidiano de quien cultiva la tierra, de quien siembra, cosecha y prepara el pan...

Pero este pan no solo es producto de nuestro trabajo... también es fruto de la tierra y, por consiguiente es un don, un regalo de Dios, porque no basta con sembrar el trigo, para que la tierra dé fruto se necesita que esta sea fértil y que, además, el cielo colabore en su gestión. No habría cosecha sin el agua y sin el sol. Así pues, ese pequeño pan, casi insignificante, presupone una sinergia de las fuerzas de la tierra –que sea fértil-, de la ayuda del cielo –agua y sol- y del trabajo del hombre.

Cuando contemplamos esa Hostia

blanca en nuestras custodias –la que vamos a llevar en procesión- ese pan blanco que es el pan de los pobres, pan que ni siquiera parece pan, contemplamos una bella síntesis de la creación. Por eso podemos entender mejor por qué el Señor ha escogido la realidad del pan para convertirlo en signo de su presencia real.

Más allá de todo aquello que concurre en ese fragmento de pan, en donde se sintetizan las fuerzas de la naturaleza y el espíritu y trabajo del hombre, podemos contemplar cómo todo está orientado hacia la divinización. Recordar aquel pensamiento de San Pablo: “todas las cosas son nuestras, nosotros de Jesucristo y Jesucristo de Dios”.

Cuando contemplamos esta Hostia santa, en la que se da una síntesis de lo divino y de lo humano, de toda la Creación, reconocemos en ella la grandeza del Don de Dios, de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. Mediante esta contemplación y adoración, Dios nos atrae hacia sí, nos hace entrar en su Misterio por medio del cual quiere transformarnos en Él, cristificarnos, divinizarlos.

Es tan grande y fascinante la realidad que estamos celebrando, que nuestra inteligencia se siente muy pequeña para penetrar en este misterio, sabemos, con la Iglesia, que nada es tan verdadero como esta palabra de verdad: “esto es mi cuerpo, esta es mi sangre”.

Esta solemnidad litúrgica nos manifiesta que:

Nos hemos reunido alrededor del Altar del Señor para estar juntos en su presencia, ¡y estamos representados todos!

Luego haremos la procesión por las calles de nuestra ciudad, y esto supone para nosotros un gozo inconmensurable, porque nuestro Dios, que se encarnó en la historia, camina con nosotros, lucha en y con nosotros; bendice este pueblo, a los indiferentes, a los que no creen, a los que han perdido su fe, a los que profesan otras creencias, y esto es así porque Nuestro Señor es Señor del Cosmos, del Universo, principio y fin de todo.

La procesión del Corpus es una invitación a caminar en pos del Resucitado... y, por último, a arrodillarnos ante este Señor. La adoración que ya comienza en la Misa y se continúa a lo largo de la procesión, culmina en el momento final con la bendición eucarística... lo hacemos postrándonos ante Aquel que se humilló por nosotros y dio la vida por nosotros, hasta su muerte.

La Eucaristía es el sacramento del Dios que no nos deja solos en el camino de nuestra existencia, sino que nos acompaña y nos indica la dirección. En la vida, no basta caminar o, simplemente, avanzar, es necesario saber y ver hacia dónde vamos. No basta el

“progresar” y la “liberación”, sin más, si no hay criterios de referencia que nos guíen en esos procesos de la vida. Si nos salimos del camino, corremos el riesgo de caer en un precipicio o de alejarnos de la meta.

Nuestro Dios nos ha creado libres, y con un corazón abierto al amor, y no nos ha creado en serie, como si fuésemos las más hermosas máquinas inteligentes, sino que Aquel que nos ha creado libres, por Amor, se ha hecho, Él mismo, Camino y Vida, y ha venido a caminar juntamente con nosotros a fin de que, sabiendo usar nuestra libertad, tengamos el criterio adecuado para discernir la senda correcta y recorrerla.

Por eso, arrodillarse ante la Eucaristía –nos decía el Papa- es una profesión de libertad: quien se inclina ante Jesús no puede y no debe postrarse ante ningún ídolo, ante ningún poder terreno, por más fuerte que sea. ¡Recordad el ejemplo de nuestros mártires!

Los cristianos solo nos arrodillamos ante Dios, ante el Santísimo Sacramento, porque sabemos y creemos que en Él está presente el único Dios verdadero, que ha creado el mundo y al hombre y lo ha amado hasta el extremo, hasta el punto de entregar a su único Hijo.

Adorar el Cuerpo de Cristo escondido tras ese pan blanco quiere decir creer que allí, en ese pequeño trozo de pan, se encuentra realmente Cristo, el que da sentido a nuestra vida, al inmenso

universo y a la criatura más pequeña, a toda la historia humana y a la existencia más breve. La adoración es oración que prolonga la celebración y la comunión eucarística.

Seamos testigos y ejemplo de nuestro amor y de la adoración a la Santísima Eucaristía: tratémoslo bien cuando lo recibimos en la Comunión. Preparémonos adecuadamente para comulgarle, sabiendo que no somos nosotros los que le transformamos, sino que es Él que nos transforma, nos cristifica... si lo hacemos bien, con todo nuestro corazón, seremos testigos y maestros delante de los que no creen, pero sobre todo, delante de nuestros niños y jóvenes que están perdiendo el sentido de lo sagrado, el sentido de Dios. Y no porque no quieran, sino porque no les enseñamos... No pensemos que para aumentar la devoción eucarística basta solo con enseñarles a comulgar en la mano –forma que aprenden miméticamente-, es necesario ayudarles a descubrir a quien reciben y cómo tratarle.

Pidámosle a Santa María Nai que nos ayude a tener sus mismos sentimientos de adoración y que Ella nos enseñe a orar por nosotros mismos y por todos; a orar por las personas que viven en esta ciudad y por sus autoridades y a pedir para que todos los que habitan en esta Iglesia particular de Ourense, te conozcan a ti, Padre, y al que enviaste, Nuestro Señor Jesucristo, a fin de que tengamos vida, y una vida en abundancia. Amén.

Órdenes 16-06-2012

“Ante Dios y ante Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y muertos, te confiero por su venida en majestad: Proclama la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, reprocha, exhorta, con toda paciencia y deseo de instruir... Cumple tu tarea de evangelizador, desempeña tu servicio...”

Con las mismas palabras del apóstol Pablo, me dirijo a vosotros, mis queridos hermanos y amigos que en esta mañana vais a recibir el sacramento del orden como diáconos, y como presbíteros; palabras que hago mías y me las apropio también a mí, porque me afectan y me comprometen más que a nadie.

Proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, reprocha, exhorta con toda paciencia y deseo de instruir... cumple tu tarea de evangelizador, desempeña tu servicio. Todo este ambicioso proyecto de auténtica pastoral tiene su fundamento en el amor; es decir, en la entrega del corazón. Corrige solo quien ama; los que no quieren a los demás, pierden el tiempo con críticas y censuras estériles.

Proclama, insiste y exhorta con paciencia, una y otra vez, aquel que conociendo el corazón de Dios, tratándole, de corazón a corazón, se apasiona para que la Buena Nueva del Evangelio de Jesús se haga carne en todos los hombres y mujeres que nos rodean, y se puedan confiar con el gran modelo que es Nuestro Señor Jesucristo.

Solo aquel que ama con el amor del Corazón de Cristo: Maestro, Amigo y Pastor, cumple la tarea de evangelizador y desempeña su servicio con pasión.

Mis queridos ordenandos, habéis recibido un regalo impagable e inmerecido. Mejor, la Iglesia que peregrina en Ourense, en vosotros, sus hijos, ha recibido un gran regalo, el don de la vocación, esa realidad maravillosa y apasionante que hace que nuestra vida sea plena y feliz. En la medida en la que os entreguéis-entreguemos al querer del Señor, en el seno de la Comunión de la Iglesia, seremos inmensamente felices y recibiremos el ciento por uno y, después, la vida eterna.

Y para vivir esa entrega tal y como nos la pide la Iglesia, necesitamos un corazón libre, es decir, célibe (ceibe); he ahí uno de los grandes y profundos sentidos del celibato apostólico: la libertad fecunda del corazón...

Entendido nuestro compromiso celibaticio como cauce de libertad para el apostolado y para el ejercicio del ministerio pastoral. Sabemos que debemos cuidarlo. En la medida en la que, con la ayuda de la gracia de Dios, y con los medios que la Iglesia pone a nuestro alcance, lo cuidemos, ¡seremos felices! Esos medios son:

La oración personal y litúrgica... ¿por qué os digo en primer lugar oración personal? Porque cuando abandonamos nuestro trato de amistad cotidiano con el Señor, la oración litúrgica termina convirtiéndose en puro formalismo, cuando no en cumplimiento;

Además de esto, la Iglesia, por medio de los últimos documentos, nos encomienda la frecuencia del sacramento de la penitencia; porque, si no nos confesamos nosotros, cómo vamos a desempeñar bien y con delicadeza el ministerio de la Reconciliación. Lo haremos mal o, lo que es peor, despacharemos con prisas a nuestros hermanos, o quizá aplicaremos fórmulas litúrgicas no permitidas con las que se desobedece a la Iglesia y se devalúa el sacramento, se pierde, paulatinamente, la conciencia de pecado y se atenta contra la dignidad de los fieles que tienen derecho a ser atendidos, acogidos y escuchados personalmente.

¡Y no solo la confesión! Recordad, mis queridos ordenandos y mis hermanos sacerdotes, la praxis correcta de la dirección espiritual. Es esta una de las actividades pastorales más gratificantes, sobre todo cuando se vive bien y no se cae en charlas sentimentales con críticas evaluativas a cerca de la actividad profesional o pastoral de los demás. Así, pierde intensidad y eficacia. La verdadera praxis del acompañamiento espiritual surgió en la Iglesia como don del Espíritu, para caminar y crecer en santidad, si esto no es así, necesitamos cambiarlo, no nos sirve... ¡Dejaos ayudar!

Mientras se está en el Seminario, es algo que resulta fácil e incluso corremos el riesgo de desvirtuarla; sin embargo, cuando se inicia nuestra actividad pastoral, se deja de vivirla con frecuencia, perdiendo su eficacia, y es ahí cuando más se necesita.

Mis queridos ordenandos, ¿queréis ser fieles? ¡Habéis respondido que sí!... Pues, si queréis cumplir vuestra palabra, acoged las recomendaciones de vuestro Obispo, que son las que os ofrece la Iglesia.

El apóstol Pablo nos recordaba: “Cumple tu tarea de evangelizador, desempeña tu servicio”. Más que cumplir, yo os diría: ¡vive! ¡vividla! Vivamos la tarea de auténticos evangelizadores... ¡qué hermoso cometido!

¿Queréis saber cómo podemos vivir esa tarea que nos pide la Iglesia? Yo os respondo: luchando por vivir la pobreza apostólica.

Podéis pensar: nosotros no somos religiosos. ¡Cierto! Somos sacerdotes diocesanos. No hacemos votos. Solo prometemos vivir nuestro compromiso con la oración oficial de la Iglesia; guardar el celibato apostólico y ser obedientes al Obispo... ¡nada se nos dice de la pobreza!

Sin embargo, os lo repito, ¿queréis ser y vivir como buenos y santos sacerdotes y diáconos? Os ruego que viváis la pobreza apostólica. Esa pobreza

brotar del corazón que está enamorado de Jesucristo y de su Iglesia, y que solo busca la Gloria de Dios. Esa pobreza nos ayuda a no considerarnos los mejores, los insustituibles o imprescindibles en las labores pastorales. Nos ayuda a tener un corazón abierto a los hermanos sacerdotes, especialmente a los más necesitados: los ancianos y los enfermos. Nos previene contra todo signo de prepotencia y orgullo. La pobreza es el asiento humilde de nuestra vida espiritual. Cuando nos sentimos pobres, buscamos la fuerza en la oración y en los sacramentos y en la ayuda fraterna.

La pobreza apostólica es el mejor antídoto contra el espíritu funcional que en estos últimos años está afectando la vida y el ministerio de los presbíteros y de los obispos. ¡No somos funcionarios!

La vivencia de esta virtud apostólica nos ayuda a cuidar las cosas del Señor y de la Iglesia más que las nuestras propias: la limpieza de nuestros templos y sacristías, la nobleza en los vasos litúrgicos y en los ornamentos, el cuidado de los libros...

Es una fuerza que dinamiza nuestros espíritus y nos hace más eficaces porque nos ayuda a estar disponibles y a vivir la obediencia pastoral... Queremos una pastora distinta, una reestructuración del clero más racional y operativa, sí, eso es necesario, pero, ¿estamos disponibles para el cambio?

Esta virtud cristiana y apostólica, en este momento tan devaluada y nunca, como ahora, tan necesaria. Sí, es verdad, vivimos en edificios nobles, habitamos construcciones lujosas, son herencias que hemos recibido y que ninguno de nosotros, tal y como pensamos hoy, las hubiésemos proyectado de ese modo; sin embargo, la virtud de la pobreza apostólica no es algo estructural, sino existencial. Si la vivimos y hacemos parte de nuestra praxis ascética personal, sabremos administrar los bienes materiales que la Iglesia ponga en nuestras manos, sabiendo que el dinero de la Iglesia es el dinero de los pobres –recordad las primeras páginas de la encíclica *Deus Caritas est*-. Somos administradores, y a todo administrador se le pide que sea fiel.

San Pablo nos recordaba: Tú estate siempre alerta.

Mis queridos David, Alejandro y Juan... Vivid esa pobreza evangélica, y no se os apegará el corazón a los bienes materiales; seréis buenos administradores de los bienes de las comunidades que el Obispo os encomiende... y si os hacen responsables de parroquias, templos o santuarios, estaréis abiertos, por auténtica corresponsabilidad eclesial, y por fina solidaridad cristiana, a las necesidades de las comunidades más pobres. Así se hacía en la época apostólica, y esas buenas costumbres cristianas no se pueden perder.

Ved, hermanos míos, la importancia que tiene esta virtud de raíces apostólicas.

¡Hoy es un día de gozo para nuestra comunidad diocesana! Ayer tarde me felicitaba uno de los obispos de Galicia cuando le decía que hoy teníamos Órdenes en esta Iglesia... Nos felicitamos, y vivimos esta gran fiesta. Un nuevo sacerdote y dos diáconos: ¡que os multipliquéis!

“Id y dad fruto” nos dice Jesús. Nos lo recuerda la Iglesia constantemente. Tenemos que ir a por más... Plantear una pastoral vocacional en nuestras parroquias, comunidades y colegios...

Todavía son muchas las instituciones de docencia en donde está presente la Iglesia: laicos, religiosos, religiosas y sacerdotes. ¿No podemos hacer más? ¿No podríamos abandonar nuestros miedos y respetos humanos?

En medio de las luces y de las sombras de nuestra Iglesia particular de Ourense, siendo conscientes de nuestras muchas necesidades, elevemos nuestra mirada a Santa María Nai, Madre del Divino Maestro, para que nos ayude, ahora y siempre. Amén.

Novena del *Corpus* en Lugo. 7º día (15 junio 2012)

Agradezco a Dios Nuestro Señor, al Obispo de esta Iglesia, D. Alfonso, a su Cabildo y a todos... por haberme invitado a participar en esta Novena del *Corpus* de la ciudad de Lugo, y que en este día que, por Providencia, me ha tocado presidir, coincida con la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, día en que celebramos la Jornada de Oración por la Santificación del Clero.

Son muchos los motivos para dar gracias, motivos que pudiéramos sintetizar en la realidad que nos convoca a lo largo de esta Novena: el amor a la Santísima Eucaristía.

Hablar de Lugo y de su Catedral es referirse, siempre, a la Eucaristía...

La Eucaristía, don infinito de amor que trasciende toda sabiduría humana.

Desde el comienzo de esta aventura de amor que llamamos la Iglesia, los hombres y mujeres que vivían su vocación cristiana en esta familia especial supieron descubrir, a los pies del crucificado, la fuente del amor de Dios que brotó del costado herido del Redentor...

“Al instante brotó sangre y agua”...

Del costado herido, es decir, del Corazón de Jesucristo “dormido” en la cruz, brotó el misterio de la Eucaristía y, desde aquel momento, ¡miramos al que atravesaron! Nuestros ojos, ojos de hombres y mujeres de fe en el seno

de la Iglesia, queremos seguir contemplando al que ha sido traspasado por amor. Por amor a toda la humanidad de ayer, de hoy y de siempre... sea de la condición que sea, de todo pueblo, lengua y nación.

La presencia del Crucificado-Resucitado se hace realidad viva y se reactualiza en la Iglesia por medio de los signos del amor de Dios: los sacramentos, la Palabra, la Iglesia misma, los hermanos.

Detengámonos por momentos y contemplemos el corazón de Jesús, el crucificado-resucitado. Hoy la Iglesia nos invita a contemplar, en el silencio elocuente de la oración, este gran misterio del amor de Dios. Un amor que resulta inconmensurable para con todo hombre y mujer, sean quienes sean y como sean.

Todo lo humano del ser del hombre, enternece el corazón de Jesús, el Dios con nosotros. Este corazón no se rinde, ni da marcha atrás, ni rechaza a nadie, cuando percibe la ingratitud y el rechazo de tantos hombres y mujeres, porque en el Corazón de Jesucristo se nos manifiesta y revela la gran novedad, altamente revolucionaria, del cristianismo y de su Evangelio: que el Amor de Jesucristo nos salva y nos hace vivir ya en la eternidad de Dios: nuestro cielo en la tierra...

Ante la contemplación de este Amor Misericordioso, percibimos la llamada

de Dios a una mayor entrega, a salir de nosotros mismos y descubrir las necesidades de los hermanos; nos invita a abandonar nuestras seguridades y a fiarnos de su Amor. Solo su Amor es digno de crédito, de ahí que cuando somos conscientes de ese gran regalo, nosotros mismos nos convertimos en un don, un regalo del Amor de Dios para los demás. Porque Dios quiere hacer visiblemente presente su amor, a través de nuestro corazón. Y si esto acontece con cualquier bautizado, mucho más con aquellos que han sido elegidos de entre los hombres y ungidos, y constituitos sacerdotes del Pueblo de Dios.

En esta jornada de santificación sacerdotal, instituida por el beato Juan Pablo II, tenemos que comprometernos todos: unos, a rezar y ayudar a los sacerdotes para que sean fieles y santos, auténticos testigos del Amor de Dios.

Y los sacerdotes debemos revivir, constantemente, delante de Dios y de su Iglesia, nuestro compromiso de ser auténticos ministros del Evangelio y, para serlo, es necesario que cuidemos el estudio y la formación permanente, pero más necesario es el cultivo de la "ciencia del amor", y esta solo se aprende con el trato con Dios, de "corazón a corazón".

Jesús nos ha llamado a partir el pan de su Amor, la Eucaristía, a perdonar los pecados, a guiar al pueblo de Dios en su nombre, y para ello, si queremos acertar y hacerlo como Jesús quiere que

lo hagamos, no podemos apartarnos nunca del manantial de Amor de Jesucristo que es su corazón que late con una fuerza especial en este Misterio de fe y amor que es la Eucaristía.

Con palabras del Papa Benedicto XVI, podemos finalizar diciendo que

“la Iglesia necesita sacerdotes santos; ministros que ayuden a los fieles a experimentar el amor misericordioso del Señor y sean sus testigos”, unos testigos convencidos y creíbles.

Que la Madre de los ojos grandes nos obtenga este don. Amén.

Carta a los Sacerdotes diocesanos con motivo de la Solemnidad de San Pedro y San Pablo

A los Párrocos, Administradores Parroquiales, Rectores de Iglesias y Santuarios, a todos los fieles de la Iglesia Particular de Ourense.

¡La paz esté con vosotros!

Desde tiempo inmemorial, nuestra Diócesis, al igual que todas las comunidades creyentes esparcidas por la geografía del mundo, en torno a la Solemnidad litúrgica de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, realiza una colecta, para expresar nuestra comunión con la Iglesia de Roma y con su Obispo, el Papa, Pastor de la Iglesia Universal. Esa costumbre tiene raíces apostólicas, porque ya el apóstol San Pablo recomendaba acciones similares con el fin de ayudar a las necesidades de la iglesia madre de Jerusalén.

Es necesario recordar al Pueblo de Dios, lo importante que es para nosotros el ministerio de Pedro y de sus sucesores, los obispos de Roma. Unidos al Papa vivimos la catolicidad y la unidad de esta Iglesia en

la que hemos nacido a la fe, en la cual se desarrolla nuestra vida y gracias a esa comunión nos sentimos unidos a todas las comunidades extendidas por el mundo entero.

Ruego a todos que en las celebraciones litúrgicas del domingo día 1 de julio, después de una breve catequesis o exhortación, se haga una colecta en favor de las necesidades del Papa, y si no fuese posible en ese día, búsquese el momento, pastoralmente más adecuado, para celebrarla.

Espero que la generosidad de nuestros sacerdotes, religiosas/os, y de todo el Pueblo de Dios, manifiesten su cercanía y generosidad con el ministerio del dulce Cristo en la tierra, que era como Santa Catalina de Siena llamaba al Papa.

Os bendice y se encomienda a vuestras oraciones.

+ J. Leonardo
Bispo de Ourense

IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

Nombramiento del Canciller del Obispado

NOS, EL DOCTOR D. JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE OURENSE

HACEMOS SABER

Que el *Muy Ilustre Sr. Dr. D. Francisco Vizcaya González*, ha presentado la renuncia, por razones de edad, al cargo de Canciller-Secretario de este Obispado.

Por la presente, reconociendo los buenos oficios desempeñados en los últimos años, así como la eficacia y honradez observada en el ejercicio de sus ministerios, venimos en nombrar y nombramos *ad nutum episcopi*, al Ilmo. Sr. Lcdo. **D. Manuel Emilio Rodríguez Álvarez**, como *Canciller-Secretario de esta Curia Diocesana*, que hasta el momento venía desempeñando el oficio de Vicecanciller-secretario.

Dado en Ourense, a 30 de mayo de 2012, Fiesta de San Fernando.

Notifíquese y publíquese

+ J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense

Por mandato de su Excia. Rvdma.
El Notario eclesiástico
Rosario Blanco Ríos

Nombramiento de parroquias

Con fecha **30 de mayo de 2012**, el Sr. Obispo de Ourense, Monseñor D. Leonardo Lemos Montanet, ha tenido a bien realizar el nombramiento del **Rvdo. Sr. D. José Joaquín Borrajo Iglesias** como Administrador parroquial de Santa María de Cobelas.

Nombramiento del Consejo Presbiteral para el cuatrienio 2012-2016

Decreto de Constitución

NOS, EL DOCTOR D. JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE OURENSE

A fin de constituir el Consejo Presbiteral de la diócesis de Ourense y a tenor del canon 501 del C. I. C., procedo a nombrar a las personas que integrarán dicho organismo: a los miembros natos del mismo, a aquellos que libremente he designado y a todos los elegidos por los distintos grupos diocesanos.

La Constitución del Consejo Presbiteral tendrá lugar, Dios mediante, el día 27 de Junio, a las 10'30 horas, en la Casa Diocesana de Ejercicios. Rezaremos la Hora Intermedia y pediremos al Espíritu Santo que nos ilumine y nos guíe en nuestros trabajos.

Dado en Ourense, a 14 de Junio de 2012.

+J. Leonardo Lemos Montanet.

Obispo de Ourense.

Por mandato de su Excia. Rvdma.

El Canciller-Secretario

Miembros natos:

Vicario General - José Estévez Armada
 Vicario de Pastoral - José Pérez Domínguez
 Vicario del Clero - Cesáreo Lourido Díaz
 Vicario Judicial - Tomás Cougil Gil
 Rector del Seminario Mayor - José Ángel Feijóo Mirón
 Presidente del Cabildo - Serafín Marqués Gil

Miembros de libre designación por el Sr. Obispo:

Camilo Salgado Vázquez
 Adelino Álvarez Gayo
 Luis Javier González Seguí
 Manuel Emilio Rodríguez Álvarez

Miembros elegidos por arciprestazgos:

Allariz-Rabeda: Félix Rodríguez Álvarez, *suplente* Alberto Diéguez Mosquera
Bande: Roberto Álvarez Sánchez, *suplente* Segundo Fernández Movilla
Caldelas: José Manuel Armesto Santiso, *suplente* Pablo López López
Carballiño-Maside: Manuel Rodicio Pérez, *suplente* José Ramón Hernández Figueiredo
Cea: Rogelio Rodríguez Nóvoa, *suplente* Juan Carlos Estévez Vázquez
Celanova: Antonio Gómez Rojo, *suplente* José Ramón González Alonso
Chaos de Amoeiro: Lisardo Álvarez Rúa, *suplente* Juan Carlos Bande Miranda
Cortegada-Ramirás: Camilo Rey Rodríguez, *suplente* José Ramón Cabano González
Cualedro-Monterrei: Néstor Álvarez Rodríguez, *suplente* José Caseiro Suárez
A Limia-Rairiz de Veiga: Miguel Blanco Grande, *suplente* Tomás Delgado Gándara
Maceda: Manuel Cid Cid, *suplente* Manuel Pérez Vences
Merca-Toén: José Ramón Jorge Janeiro, *suplente* Camilo Parente Conde
Ourense Norte: Francisco Manuel Martín López, *suplente* Manuel Emilio Rodríguez Álvarez
Ourense Sur: José Seijo González, *suplente* Aurelio Gil Gil
Ourense Este: José González Rodríguez, *suplente* José María Moro Benito
Ourense Oeste: César González Fernández, *suplente* Celso Rodríguez Lourido
Ribadavia-Castro de Miño-Avión Leiro: Simón Mandianes Lama, *suplente* José Luis Rivera Vázquez
Terra de Aguiar: José de León González, *suplente* Mateo Miranda López
Verín Laza-Gudiña Ríos: José Benito Otero Rodríguez, *suplente* Arturo Pérez Fernández
Verín Laza-Gudiña Ríos: Jorge Eugenio Estévez Álvarez, *suplente* Oscar Martínez Caamaño

Miembros elegidos por otros sectores:

Cabildo Catedral: José Antonio Gil Sousa, *suplente* Miguel Ángel González García
Formadores y Profesores Seminarios: Pablo César González Carballo, *suplente* Isaac Pereiro Pereiro
Sacerdotes jubilados: José Feijóo Álvarez, *suplente* Francisco Penín Blanco

Prelatura del Opus Dei: José Luis Casado Moreno, *suplente* Benito Calahorra Moreno de la Vega
Órdenes religiosos: Castor Suárez Carbajales, OFM., *suplente* Elisardo Rodríguez Nieves, OdeM.
Congregaciones religiosas: Pedro Pascual Pascual, CM., *suplente* Esteban García Sastre, SDB.

DEFUNCIONES

“Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte”.

*(De los sermones de S. Atanasio de Antioquía;
Sermón 5, sobre la resurrección de Cristo).
Oficio de difuntos.*

+ El Rvdo. Sr. D. **Cándido Regueiro Diéguez**, administrador de Tintores, falleció en Verín el 26 de junio de 2012 a los 82 años. Había nacido el 26 de septiembre de 1929 en San Andrés de Rabal, siendo ordenado sacerdote en Ourense el 26 de junio de 1955. Estuvo destinado en las siguientes parroquias: entre 1955 y 1956 en Sta. María de Pexeiros como párroco y San Breixo de Os Blancos como administrador. En 1956 fue nombrado párroco de Santa María de Tamagos y administrador de San Martiño de Mourazos hasta 1959, año en que se hizo cargo de las parroquias de Santa María de Souto de Limia, Santa María de Mosteiro de Riveira y San Pedro de Fornadeiros. En 1988 fue nombrado párroco de Santa María de Tintores, donde permaneció hasta su fallecimiento.

VICARÍA DE PASTORAL

PROGRAMACIÓN PASTORAL DIOCESANA

LEMA PARA EL TRIENIO 2012 – 2015

“Creemos y por eso hablamos” (2 Cor. 4, 13).

OBJETIVO GENERAL PARA EL TRIENIO 2012 – 2015

La Iglesia en Ourense, acogiendo y avivando el don de la fe, sale al encuentro del hombre de hoy para mostrarle el rostro de Cristo.

LEMA PARA EL CURSO 2012 – 2013

“Señor, yo creo, pero aumenta mi fe” (Mc.9, 24).

OBJETIVO GENERAL PARA EL CURSO 2012 - 2013

Acoger y reavivar en nuestras comunidades el don gozoso de la fe profesada, celebrada y vivida.

OBJETIVOS PREFERENTES PARA EL CURSO 2012 - 2013

- 1º. *Despertar, acompañar y madurar la identidad cristiana en las acciones misioneras, catequéticas y educativas.*
- 2º. *Celebrar con gozo la liturgia de la Iglesia, especialmente la Eucaristía, de modo que sea expresión viva de fe y nos mantenga en el camino de la conversión.*
- 2º. *Avivar el don de la fe, mediante el testimonio de la caridad, promoviendo la opción preferencial por los pobres con una clara identidad cristiana.*
- 4º. *Imitar a María, la “Virgen Oyente”, que acoge con fe la Palabra de Dios y que la proclama entre sus hijos como madre.*

OBJETIVO PREFERENTE PRIMERO

Despertar, acompañar y madurar la identidad cristiana en las acciones misioneras, catequéticas y educativas.

ACCIONES OBJETIVO PREFERENTE PRIMERO

NIVEL DIOCESANO

- Organizar la V Semana de Teología sobre el Concilio Vaticano II y el tema de la fe. Responsables: I. T. Divino Maestro, Vicaría de Pastoral y Delegación de Enseñanza y Catequesis.
- Facilitar los recursos necesarios para que los Grupos Bíblicos trabajen el tema de la lectura creyente: “Dios actúa en la historia (I). Guía para una lectura comunitaria de la historia de la salvación. Antiguo - Testamento”. Responsable: Equipo bíblico diocesano.
- Organizar una jornada sobre el Catecismo de la Iglesia Católica en orden a darlo a conocer y seguir impulsando su implantación en nuestra Iglesia Diocesana. Responsables: Delegación de Enseñanza y Catequesis.
- La formación permanente del clero versará sobre el Concilio Vaticano II y su recepción. Responsable: Vicaría del Clero.
- Dedicar un espacio en la revista Comunidad a dar a conocer el Catecismo. Responsables: Delegaciones de Catequesis y Medios.

NIVEL ARCIPRESTAL

- Aplicar de manera efectiva la normativa sobre la iniciación cristiana y dar pasos a la realización de la Catequesis interparroquial donde sea necesario. Responsables: Sr. Arcipreste y Delegación de Enseñanza y Catequesis.
- Alentar la participación en todos los encuentros diocesanos: Avisos, invitaciones a personas y garantizar la representación de todos los Arciprestazgos. Responsable: Sr. Arcipreste y Secretario.
- Organizar una jornada-encuentro de catequistas y padres para difundir y dar a conocer el Catecismo de la Iglesia Católica. Responsables: Sr. Arcipreste y Secretario.

NIVEL PARROQUIAL

- En las actividades de la parroquia explicitar el contenido del Credo. Responsables: Sr. Párroco y responsable de catequesis.
- Procurar que las Catequesis cumplan la normativa diocesana y los objetivos propuestos. Responsables: Sr. Párroco y responsable de catequesis.
- Crear y seguir acompañando Grupos Bíblicos como medio para avivar la fe de la Comunidad. Responsable: Sr. Párroco.
- Alentar la participación en los encuentros y en las acciones diocesanas por medio de avisos, invitaciones y acompañamiento personal. Responsables: Sr. Párroco y Consejo de Pastoral.

OBJETIVO PREFERENTE SEGUNDO

Celebrar con gozo la liturgia de la Iglesia, especialmente la Eucaristía, de modo que sea expresión viva de fe y nos mantenga en el camino de la conversión.

ACCIONES OBJETIVO PREFERENTE SEGUNDO.

NIVEL DIOCESANO

- Preparar con esmero la apertura y la clausura del Año de la Fe así como las peregrinaciones a la S. I. Catedral y a la Sede de Pedro, para confesar la fe. Responsables: Vicaría de Pastoral y Delegación de Liturgia y Catequesis, Cabildo Catedral.
- Ofrecer materiales para promover las celebraciones de entrega y devolución del Credo en la preparación a la Confirmación. Responsables: Delegación de Liturgia y Catequesis.

NIVEL ARCIPRESTAL

- Participar en las celebraciones diocesanas de apertura y clausura del Año de la Fe en la S. I. Catedral y organizar una peregrinación arciprestal. Responsables: Sr. Arcipreste y Secretario.
- Revisar y dignificar las celebraciones litúrgicas en el Arciprestazgo. Responsables: Sr. Arcipreste y Secretario.

NIVEL PARROQUIAL

- Seguir cuidando la calidad de las celebraciones de la Eucaristía y racionalizarlas. Responsable: Sr. Párroco.
- Preparar y ofertar celebraciones penitenciales a lo largo del año litúrgico y en el proceso de Catequesis de niños y jóvenes. Responsable: Sr. Párroco.
- Realizar con nuevo empeño la “Campaña del Domingo” en el segundo y tercer domingo de Pascua. Responsable: Sr. Párroco.

OBJETIVO PREFERENTE TERCERO

Avivar el don de la fe, mediante el testimonio de la caridad, promoviendo la opción preferencial por los pobres con una clara identidad cristiana.

ACCIONES OBJETIVO PREFERENTE TERCERO.

NIVEL DIOCESANO

- Organizar un encuentro de reflexión sobre la identidad de Caritas para voluntarios y abierto a todos los miembros de la Comunidad Cristiana. Responsable: Delegación de Caritas.
- Seguir cuidando las campañas de Caritas y Manos Unidas sensibilizando a la comunidad cristiana acerca de las exigencias sociales de la fe. Responsables: Delegación de Caritas y Manos Unidas.
- Proponer un signo de solidaridad verdaderamente significativo a nivel diocesano: Un día de salario al final de la Cuaresma. Responsable: Vicaría de Pastoral y Caritas Diocesana.

NIVEL ARCIPRESTAL

- Comprometerse en crear y consolidar Caritas arciprestales y/o de zona como expresión de fidelidad al mensaje de Jesús. Responsables: Sr. Arcipreste y Caritas arciprestales/zonales.
- Seguir potenciando la colecta del primer domingo de mes para los pobres. Responsables: Sr. Arcipreste y Delegación de Caritas.

NIVEL PARROQUIAL

- Comprometerse en crear y consolidar Caritas parroquiales como expresión de fidelidad al mensaje de Jesús. Responsable: Sr. Párroco.
- Sensibilizar a la comunidad cristiana sobre las nuevas pobrezas: en la celebración dominical de la Eucaristía, en los grupos de Caritas, Conferencias de San Vicente... Responsable: Sr. Párroco.
- Seguir cuidando la acogida a las personas que se acercan a la Parroquia, especialmente los más necesitados. Responsables: Sr. Párroco y grupos de Caritas y San Vicente.
- Cuidar la identidad, formación, espiritualidad y acompañamiento de los voluntarios de Caritas. Responsables: Sr. Párroco y Delegación de Caritas.

OBJETIVO PREFERENTE CUARTO

Imitar a María, la “Virgen Oyente”, que acoge con fe la Palabra de Dios y que la proclama entre sus hijos como madre.

ACCIONES OBJETIVO PREFERENTE CUARTO.

NIVEL DIOCESANO

- Procurar que la celebración de las novenas diocesanas sean cauce de evangelización y de motivación de la vida cristiana: encuentro de responsables de los lugares de culto mariano y demás santuarios. Responsables: Vicaría de Pastoral y Delegación de Liturgia.
- Distribuir los esquemas de estas novenas por todos los santuarios marianos de nuestra Diócesis. Responsables: Vicaría de Pastoral.

NIVEL ARCIPRESTAL

- Procurar que las novenas marianas, que se celebren en el Arciprestazgo, sean tiempo propicio para la conversión facilitando las celebraciones comunitarias de la Penitencia con confesión individual. Responsable: Sr. Arcipreste.
- Programar romerías a algún santuario del Arciprestazgo. Responsable: Sr. Arcipreste.
- Colaborar con los principales santuarios del Arciprestazgo. Responsables: Sr. Arcipreste.

NIVEL PARROQUIAL

- Fomentar el rezo del Santo Rosario antes de la celebración de la Eucaristía. Responsable: Sr. Párroco.
- Fomentar el ejercicio del mes de Mayo y del mes de Octubre. Responsable: Sr. Párroco.



IGLESIA EN ESPAÑA

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Nota final de la CCXXIV reunión de la Comisión Permanente de la CEE. *Jueves, 21 de Junio de 2012*

La Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española (CEE) ha celebrado su CCXXIV reunión los días 19 y 20 de junio de 2012.

La verdad del amor humano

Los obispos han revisado el documento “La verdad del amor humano”. Orientaciones sobre el amor conyugal, la ideología de género y la legislación familiar y han aprobado su publicación. El texto es de la Asamblea Plenaria que, en su última reunión, encargó a la Permanente que estudiara la introducción de las enmiendas propuestas y que, en su caso, aprobara la publicación. Cuando esté lista su edición, el texto se hará público en rueda de prensa.

San Juan de Ávila, un doctor para la nueva evangelización

El domingo de Pentecostés el Papa anunció que el próximo 7 de octubre, en el inicio de la Asamblea Ordinaria del Sínodo de los obispos, declarará a san Juan de Ávila y a santa Hildegarda de Bingen, doctores de la Iglesia universal. Conocida ya la fecha, se hace público ahora el

documento que la última Plenaria aprobó para esta ocasión.

El texto lleva por título San Juan de Ávila, un doctor para la nueva evangelización. Breve Instrucción con motivo de la declaración de su doctorado. El documento arranca con el anuncio del doctorado por parte del Papa y con la pregunta: “¿Qué puede decirnos un hombre del siglo XVI a quienes vivimos en el XXI? ¿Qué sentido tiene que irrumpa en nuestro presente un personaje que cuenta con quinientos años de historia?”. A lo largo de cinco capítulos se van dando respuestas, contextualizando el Doctorado en el Año de la Fe, hablando de San Juan de Ávila como un cualificado referente para la nueva evangelización, proponiéndolo como Maestro y Testigo de vida cristiana, describiendo la influencia continuada que ha tenido su figura y su doctrina y presentando el Doctorado como una invitación a la santidad.

Esta Instrucción se suma al Mensaje divulgativo, también aprobado por la última Asamblea Plenaria, y que ya fue publicado en su momento bajo el título “Sepan todos que nuestro Dios es

amor”. Mensaje con motivo de la Declaración de San Juan de Ávila como Doctor de la Iglesia universal.

La Comisión Permanente ha dado el visto bueno a una serie de actos y actuaciones que la “Junta San Juan de Ávila, doctor de la Iglesia” había propuesto para celebrar la declaración del Doctorado y dar a conocer al nuevo Doctor. En este sentido, el sábado 6 de octubre, a las 18 h., tendrá lugar una Vigilia de preparación en la basílica de Santa María la Mayor (Roma) y el lunes día 8, a las 10 h., una Misa de acción de gracias en el altar de la Cátedra de la Basílica de San Pedro, en el Vaticano. La declaración de San Juan de Ávila como Doctor de la Iglesia Universal tendrá lugar durante la Misa de inauguración del Sínodo de los obispos. Será el domingo día 7 de octubre en la hora y el lugar que se determinen.

En breve se pondrán en marcha nuevas iniciativas para difundir la figura y la doctrina del Santo Maestro. Se puede seguir toda la información al respecto en sanjuandeavila.conferenciaepiscopal.es y en [@sjuandavila_d](https://twitter.com/sjuandavila_d)

V Centenario del Nacimiento de Santa Teresa de Jesús

En 2014/15 se celebrará el V Centenario del nacimiento de Santa Teresa de Jesús. La próxima Asamblea Plenaria podrá tomar una decisión sobre la creación de un organismo que asuma la coordinación de los distintos actos que se preparen con motivo de la conmemoración.

Calendario de la CEE para el año 2013

Se ha aprobado el calendario de reuniones de los órganos de la CEE para el año 2013. Las Asambleas Plenarias tendrán lugar del 15 al 19 de abril y del 18 al 22 de noviembre. Las reuniones de la Comisión Permanente se celebrarán los días 26 y 27 de febrero; 25 y 26 de junio; y 1 y 2 de octubre.

Temas económicos

Como es habitual, se han abordado diversos asuntos de seguimiento y temas económicos. La Comisión Permanente ha aprobado el pase a la Plenaria de los balances y liquidación presupuestaria del año 2011 del Fondo Común Interdiocesano de la CEE y de los órganos que de ella dependen.

Las distintas Comisiones Episcopales también han informado sobre el cumplimiento del Plan Pastoral.

Nombramiento de Vicesecretario para Asuntos Generales

La Comisión Permanente, como ya se hizo público en nota de prensa el martes 19 de junio, ha nombrado Vicesecretario para Asuntos Generales de la Conferencia Episcopal Española a D. José Gascó Casesnoves, sacerdote de la Archidiócesis de Valencia. Sustituye a Mons. D. Eduardo García Parrilla, que desempeñaba el cargo desde el año 1997 y que

ha sido nombrado Vicario General de su diócesis de Sigüenza-Guadalajara.

Otros nombramientos

D. Esteban Rivas Calzada, laico de la Diócesis de Bilbao, como Presidente de la “Federación de Entidades Cristianas de Tiempo Libre – DIDANIA”.

D. Guillermo Aparicio García, laico de la Archidiócesis de Madrid, para su reelección como Presidente General del Movimiento de Apostolado Seglar, Jubilados y Mayores “Vida Ascendente”.

D. Salustiano Silva Bejarana, laico de la Diócesis de Coria-Cáceres, para su reelección como Presidente General del “Movimiento Rural Cristiano”.

D. Ignacio Padilla Garteizgogea, laico de la Diócesis de Albacete, como Presidente Interdiocesano del Movimiento “Scouts Católicos de Castilla-La Mancha”.

Rvdo. D. Julián Ros Córcoles, sacerdote de la Diócesis de Albacete, como Consiliario Interdiocesano del Movimiento “Scouts Católicos de Castilla-La Mancha”.

D. Eduard López Martí, laico de la Diócesis de Menorca, como Presidente Interdiocesano de la “Federació d’Escoltisme i guiatge de les Illes Balears”.

Rvdo. D. Salvador Palomares Bosch, sacerdote de la Archidiócesis de Valencia, como Consiliario de la “Federació d’Escoltisme Valencià - Movimiento Scout Católico”.

D. Salvador Lorca Arjona, laico de la Archidiócesis de Valencia, como Presidente de la “Federació d’Escoltisme Valencià - Movimiento Scout Católico”.

D. Eduardo Javier Medina Ramos, laico de la Diócesis de Tenerife, como Presidente de la Asociación “Scouts Católicos de Canarias”.

Rvdo. D. Roberto Darías Herrera, Sacerdote de la Diócesis de Tenerife, como Consiliario de la Asociación “Scouts Católicos de Canarias”.

DOCUMENTO: San Juan de Ávila, un Doctor para la nueva evangelización

Breve Instrucción con motivo de la declaración de su doctorado

«Con gran gozo, quiero anunciar ahora al pueblo de Dios que declararé próximamente a san Juan de Ávila, presbítero, Doctor de la Iglesia universal», decía el papa Benedicto XVI el 20 de agosto de 2011 durante la memorable Jornada Mundial de la Juventud. Estas palabras nos llenaron de alegría y gratitud. «Invito a todos a que vuelvan la mirada hacia él», añadía después.

Pero, ¿qué puede decirnos un hombre del siglo XVI a quienes vivimos en el XXI? ¿Qué sentido tiene que irrumpa en nuestro presente un personaje que cuenta con quinientos años de historia? Juan de Ávila, el clérigo andariego que recorrió ciudades y pueblos predicando el Evangelio; que abandonó honores, riquezas y proyectos para poseer solo a Jesucristo; el hombre culto, sencillo y espiritual tal vez más consultado de su tiempo ha continuado presente con su testimonio y sus escritos durante los cinco siglos que nos separan de él y alza de nuevo su potente, humilde y actualísima voz ahora, en este momento crucial en que nos apremia la urgencia de una nueva evangelización. Porque pasan los tiempos, pero los verdaderos creyentes como él son siempre contemporáneos.

Cuando tenga lugar la solemne ceremonia de tan destacado evento —el domingo 7 de octubre— nos encontraremos en Roma los obispos, los sacerdotes y los fieles del pueblo de Dios que peregrina en España, junto con otros de todas las partes del mundo, para festejar al nuevo Doctor de la Iglesia universal. Mientras tanto, entonces y después, en las diócesis, en España y en distintos países se están sucediendo y se programan actividades que nos acercan a este hombre humilde y decidido que nos ofrece hoy un mensaje tan interperante como actual.

1. Un doctorado en el pórtico del Año de la Fe

Desde el 11 de octubre de 2012, 50º aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, hasta el 24 de noviembre de 2013, solemnidad de Cristo Rey del Universo, celebraremos un Año de la Fe. «Será un momento de gracia y de compromiso por una conversión a Dios cada vez más plena, para reforzar nuestra fe en él y para anunciarlo con alegría al hombre de nuestro tiempo», decía el Papa el pasado 16 de octubre, cuando dio a conocer su propósito. En este contexto irrumpen la figura serena y ardiente de Juan de Ávila como lo hiciera en el suyo, proclamando por doquier el Evangelio de Jesús, Dios humanado.

¿Cuál es la trayectoria vital del nuevo Doctor? Fue hijo único de Alonso de Ávila y de Catalina Gijón, y vio la luz el 6 de enero de 1499 o 1500, fiesta de la Epifanía del Señor, en Almodóvar del Campo (Ciudad Real, diócesis de Toledo), donde creció y se formó en un ambiente cristiano. A los catorce años sus padres le enviaron a Salamanca, desde donde retornó al hogar familiar, a causa de una fuerte experiencia de conversión, después de haber estudiado cuatro cursos de Leyes en aquella prestigiosa Universidad. Tres años de reflexión y de oración concluyeron encaminándole hacia la recién creada Universidad de Alcalá de Henares, exponente de las distintas y más actuales corrientes teológicas del momento, donde, estudiando Artes y Teología, se preparó para el sacerdocio. En 1526, cuando ya habían fallecido sus padres, recibió la ordenación de presbítero y

regresó a Almodóvar para celebrar su primera misa solemne. Festejó el acontecimiento invitando a los pobres a su mesa y repartiendo entre ellos su cuantiosa herencia.

Desposeído de todo, pero con el corazón lleno de fe y de entusiasmo evangelizador, marchó a Sevilla con la intención de embarcar hacia el Nuevo Mundo acompañando a Fr. Julián Garcés, que había sido nombrado primer obispo de Tlaxcala (México). Pero el encuentro con Fernando de Contreras, destacado catequista que también había estudiado en Alcalá, y el deseo del arzobispo de Sevilla, don Alonso Manrique, de que permaneciera evangelizando en Andalucía, cambiaron para siempre sus planes.

Su notable éxito en las predicaciones pronto se vio nublado por infundadas acusaciones a la Inquisición. Pero la dura experiencia de los dos años (1531-1533) que permaneció recluido en la cárcel inquisitorial de Sevilla mientras se desarrolló el proceso, fue el crisol en el que se fraguó su sapiencial conocimiento del misterio de Jesucristo, que en adelante centró toda su vida y actividad. Allí comenzó a escribir su obra cumbre, el tratado de vida espiritual *Audi, filia*.

Emitida la sentencia absolutoria, poco después se trasladó a Córdoba, donde se incardinó como sacerdote diocesano y donde conoció a su discípulo, amigo y primer biógrafo Fray Luis de Granada. En 1536 fue llamado

a Granada por el arzobispo don Gaspar de Ávalos, permaneciendo en esta ciudad durante tres años. A partir de 1539 recorrió predicando y fundando instituciones docentes numerosos pueblos y ciudades de Andalucía, La Mancha y Extremadura, hasta que, deteriorada su salud, en 1554 fijó su residencia en Montilla (Córdoba), donde murió el 10 de mayo de 1569 y donde actualmente se veneran sus reliquias.

Juan de Ávila vivió muy pobremente, dedicado a la oración, al estudio y a la predicación. De plaza en plaza, de iglesia en iglesia, estimuló e ilustró la fe cristiana de jóvenes y adultos, sabios e ignorantes, pobres y ricos. Pero centró su interés en mejorar la formación de los pastores del Pueblo de Dios. Para ello fundó una quincena de colegios mayores y menores, precedentes de los actuales seminarios, y la Universidad de Baeza (Jaén), destacado referente académico durante siglos.

En 1551 el arzobispo de Granada don Pedro Guerrero quiso llevarle como teólogo asesor a la segunda sesión del Concilio de Trento; no pudo acompañarle por falta de salud, pero escribió dos importantes *Memoriales*, que tuvieron notoria influencia en los documentos conciliares, sobre todo en los decretos de reforma y sobre los sacramentos y, por tanto, repercutieron en toda la Iglesia.

El Maestro Ávila escribió también comentarios a textos bíblicos; cono-

ceamos numerosos *Sermones y Pláticas espirituales* y un nutrido y precioso *Epistolario*. Es asimismo autor de un catecismo, la *Doctrina Cristiana*, que podía ser recitado y cantado; del Tratado sobre el sacerdocio y del *Tratado del amor de Dios*, temas muy entrañables y queridos para él.

En sus predicaciones y escritos fue propulsor de la frecuencia de los sacramentos y de la lectura asidua de la Sagrada Escritura; favoreció la espiritualidad litúrgica y la oración mental; destacó por su saber teológico que le mereció el título de “Maestro” y, como buen humanista, no le faltaron conocimientos científicos, siendo inventor de máquinas para elevar el agua.

Pertrechado él mismo de «la fe amorosa y lealtad obediente que se debe tener con nuestro Señor»[1], este fragmento de un sermón suyo describe cabalmente a quien va a ser declarado Doctor en el Año de la Fe: “Tomad las armas de la fe (cf. Ef 6, 11), porque el que se arma con la fe viva, que aquí dice san Pablo, está fuerte para resistir, porque lo que en su corazón tiene de las cosas espirituales y eternas le hace menospreciar todo lo de acá y tener en poco cualquier trabajo que por alcanzar aquellas le viene”»[2].

2. Cualificado referente para la nueva evangelización

Si la nueva evangelización pretende

reanimar la vida cristiana de creyentes y alejados de la fe y difundir a todas las gentes la Buena Noticia de Jesús, Juan de Ávila no fue ajeno, en su tiempo, a este mismo propósito. En un contexto tan complejo y plural como el suyo, de no siempre fácil convivencia entre religiones y culturas y de extensas áreas des-cristianizadas después de siglos de dominación musulmana, contó también, de algún modo, con su “atrio de los gentiles”, generando en él un original modo de diálogo y de exponer las verdades de la fe que ensamblaba, en admirable sintonía, la solidez de la doctrina cristiana con sus simpáticas y originales referencias al vivir cotidiano y, sobre todo, con un riguroso testimonio de vida, certero aval de la verdad predicada.

Llamado “Maestro” por sus contemporáneos y a lo largo de los siglos, título con el que figura por primera vez en las actas del cabildo de Granada en 1538, el nuevo Doctor de la Iglesia universal ha sido reconocido como tal por la eminencia de su doctrina y su capacidad de transmitirla de modo sencillo y convincente. Pero, aun considerado como uno de los más destacados alumnos de la Complutense, no expuso su enseñanza desde una cátedra universitaria, sino predicando, escribiendo, a través de sus discípulos y fundaciones docentes y, sobre todo, con la incontestable fuerza de su ejemplo.

El Maestro Ávila gozó del particular carisma de sabiduría, fruto del Espíritu Santo, y comprobado por la influencia

benéfica ejercida en el Pueblo de Dios, que caracteriza la eminens doctrina de los Doctores de la Iglesia. Su enseñanza destacó por la cantidad y calidad de sus escritos y por la madura síntesis sapiencial alcanzada; fue un verdadero maestro y testigo de la doctrina y de la vida cristiana. Es un saber apoyado en la Palabra de Dios, en la tradición y en el magisterio de la Iglesia. Su enseñanza tuvo amplia difusión en su tiempo y después, y una recepción positiva en el pueblo de Dios, interesando a toda la Iglesia. Y su mensaje es actual, seguro y duradero, capaz de contribuir a confirmar y a profundizar el depósito de la fe, iluminando incluso nuevas perspectivas doctrinales y de vida.

La originalidad del Maestro Ávila se halla en su constante referencia a la Sagrada Escritura; en su consistente y actualizado saber teológico; en la seguridad de su enseñanza y en el cabal conocimiento de los Padres, de los santos y de los grandes teólogos. Como profundo admirador de san Pablo, también en su acusado paulinismo y, al estilo del Apóstol, en su firmeza para proclamar los contenidos de la fe. Como él mismo escribe en una carta: «La verdad no se ha de callar, y débese decir con mucha afirmación, diciendo que, aunque el ángel del cielo otra cosa evangelizare, no debe ser creído (cf. Gál 1, 8)»[3].

Con gran fama de santidad en vida y después de la muerte, en 1623, se inscribió en la archidiócesis de Toledo su

Causa de canonización. El gran papa Benedicto XIV aprobó y elogió su doctrina y escritos en 1742, y, en 1894, León XIII lo beatificó. En 1946, fue nombrado patrono del clero secular de España por Pío XII y a Pablo VI se debe su canonización en 1970, siendo promotora de la Causa la Conferencia Episcopal Española.

Conscientes de la calidad de su enseñanza y del vigor de su testimonio, a partir de esta fecha comenzó a plantearse la posibilidad del doctorado del Santo Maestro, que la Conferencia Episcopal solicitó formalmente en 1990. A esta primera súplica siguieron las de 1995 y 1999, ya en el entorno del V centenario de su nacimiento.

Actualizados mientras tanto los criterios para afirmar la eminens doctrina que se requiere a los candidatos al título de Doctor y estudiadas sus obras, en 2002, fueron reconocidos esos méritos en la doctrina del Maestro Ávila. Concluidos después los demás trabajos requeridos, el 12 de marzo 2010, se presentó al papa Benedicto XVI la definitiva súplica del doctorado y, el 10 de abril, quedó entregada en la Congregación de las Causas de los Santos la correspondiente Ponencia (Positio). El 18 de diciembre del mismo año 2010, fue estudiada esta Ponencia por el Congreso Peculiar de los Consultores Teólogos de dicha Congregación, emitiendo un voto unánimemente afirmativo a favor del doctorado. Confirmaron este voto, también de modo unánime, los carde-

nales y obispos miembros de la Congregación reunidos en Sesión Plenaria el 3 de mayo de 2011. Y, después del aludido anuncio del doctorado por el papa Benedicto XVI, nos preparamos ahora con todo entusiasmo y fervor a la ceremonia en que el Santo Maestro Juan de Ávila será declarado Doctor de la Iglesia universal.

Un santo evangelizador que hace oír su voz con fuerza en los escenarios de la nueva evangelización despertando en nosotros esa actitud, ese estilo sólido y audaz que le capacitó a él para anunciar el Evangelio de Jesucristo en los entresijos de una sociedad no menos compleja y no menos necesitada de maestros y de testigos que la nuestra.

3. Maestro y testigo de vida cristiana

Juan de Ávila se había encontrado con Jesucristo y, en Él, con el profundo misterio del amor de Dios. Uno de sus primeros biógrafos dice que «vivía de la oración, en la que gastó la mayor parte de su vida». Antes de hablar de Dios dedicaba mucho tiempo a profundizar en la Sagrada Escritura y a dialogar con Él, porque deseaba «ir al púlpito templado».

Centrado en lo que llamaba “beneficio de Cristo”, misterio que captó con singular clarividencia, podríamos calificarlo como el Doctor del amor de Dios a los hombres en Cristo Jesús; el maestro y el místico del beneficio de la redención. Estas son sus palabras:

«Grande misericordia y grande favor fue sacarnos de las miserias y del cautiverio en que estábamos, y sacarnos para hacernos no siervos, sino hijos. Y no para en esto. Pudiera hacernos hijos suyos y comunicarnos esta honra, y la hacienda y el mayorazgo se lo llevara el primogénito, y que nosotros nos quedáramos pobres. Pero no fue así»[4]. Y toma a continuación el texto de Col 1, 13: Él nos ha sacado del dominio de las tinieblas y nos ha trasladado al reino del Hijo de su Amor.

Un amor misericordioso, vivido en la confianza de que, insertos en la corriente de amor infinito entre el Padre y el Hijo, en el Espíritu somos incorporados a una nueva humanidad. Si desde la Encarnación del Verbo el corazón de Cristo rebosa amor al Padre y solidaridad con los hombres, la Cruz es expresión más sublime de ese amor.

El momento más dulce y tierno de la oración en Juan de Ávila es el dedicado a considerar la pasión de Jesucristo, y mirar a Cristo por la fe tiene como consecuencia el divino intercambio: Él asume nuestros males y nosotros recibimos la plenitud de su vida. Lo explica así: «Cierto, pues su muerte fue poderosa para resucitar a los muertos, también lo será su vida para conservar en vida a los vivos. Hízonos de enemigos amigos, pues no nos desamparará siendo amigos. Si nos amó desamándole, no nos desamará amándole. De manera que osemos decir lo que dijo san Pablo: Confío que aquel, que comenzó

en vosotros el bien, lo acabará hasta el día de Jesucristo (Flp 1, 6)»[5].

Su profunda experiencia del amor de Dios en Jesucristo es lo que impulsó su amor a la Iglesia, a la Eucaristía, a María santísima, a los sacerdotes, así como le alentó en el celo apostólico. La entrega de Cristo para desposarse con la Iglesia y santificarla es uno de los ejes de su teología, y la clave para comprender su permanente servicio y sus deseos de reforma. Escribe dirigiéndose a Jesucristo: «¿Qué te parecería un día de la cruz por desposarte con la Iglesia y hacerla tan hermosa, que no la quedase mancilla ni ruga? (Ef 5, 27). Este amor te hace morir tan de buena gana; éste te embriaga de tal manera, que te hizo estar desnudo y colgado de una cruz, hecho escarnio del mundo»[6].

Porque estaba convencido de la llamada a la santidad de todos los fieles y porque quería que resplandeciera en la sociedad una Iglesia santa, fomentó en ella todas las vocaciones: laicales, a la vida consagrada y al sacerdocio. Para ello, la Biblia en manos de todos, en primer lugar. «Sed amigos de la Palabra de Dios leyéndola, hablándola, obrándola»[7], decía frecuentemente con estas o con parecidas palabras sobre todo a quienes estaban llamados a difundirla. Porque «la Palabra del Señor, en boca de sus predicadores, riega la sequedad de las ánimas... les hace dar frutos de buenas obras»[8]. Y porque la ciencia escriturística es «la que hace a uno llamarse teólogo»[9].

Cercano a todas las gentes, que le seguían por doquier, excelente pedagogo de la fe, supo suscitar el entusiasmo por el Evangelio de Jesús y el atractivo de la vida santa. Una santidad verdadera. Porque: «Si decís que haréis y conteceréis por Dios, mirad que unos hijos pobres tiene Dios, donde se pruebe si es verdadero amor aquel que os hace hacer esos ofrecimientos a Dios. No digáis al pobre: “Remédiele otro”; que es señal que el amor que os parece que teníades de Dios, no es tal cual Él quiere; que ha de ser fuerte como la muerte»[10].

Juan de Ávila fue instrumento del Señor para clamorosas conversiones, como la de la joven doña Sancha Carrillo, en Écija, a quien dedicó su principal obra, *Audi, filia*; o la del mercader aventurero portugués, vendedor de libros en la Puerta de Elvira de Granada, Juan Ciudad —san Juan de Dios—, fundador después de la Orden Hospitalaria; o la del duque de Gandía y marqués de Llombai, Francisco de Borja, en las honras fúnebres del cabildo de la catedral de Granada a la emperatriz Isabel, esposa de Carlos V; ingresó en la Compañía de Jesús, fue su tercer prepósito general y alcanzó la santidad.

Pero si en algo centró su particular interés fue en la formación de los sacerdotes al estilo de Jesucristo, Buen Pastor. Porque, «¿qué pastor hubo que apacentase sus ovejas con la propia sangre de él?»[11]. Para él, toda

la espiritualidad sacerdotal arranca del significado que tiene la encarnación del Verbo, y la misión de Cristo Sacerdote —la gloria de Dios y la salvación de las almas— queda impresa en el sacerdote que actúa «en persona de Cristo»[12]. Es más: «Ha de ser la representación tan verdadera que el sacerdote se transforme en Cristo»[13]. O también: «En la misa nos ponemos en el altar en persona de Cristo, a hacer el oficio del mismo Redentor y hacémonos intercesores entre Dios y los hombres para ofrecer sacrificio»[14]. Por estar unidos a Jesucristo, los sacerdotes continúan en el tiempo su misma misión: «Y porque hubiese más voces que predicasen y más médicos que curasen las ánimas, aunque Él sólo lo podía hacer, quiso tomar ayudadores para tener ocasión de les galardonar sus trabajos y hacer bien a los otros por medio de aquestos ayudadores»[15].

Son muy bellas también sus consideraciones sobre la relación entre el sacerdote y María y sobre la exigencia de santidad. Por hacer al Señor presente, «relicarios somos de Dios, casa de Dios y, a modo de decir, criadores de Dios; a los cuales nombres conviene gran santidad»[16]. He aquí por qué «la alteza del oficio sacerdotal pide alteza de santidad»[17]. Y por «haberle hecho Dios pastor en su Iglesia no había sido hacerle señor, sino padre y madre de todos»[18], pues en la raíz del ministerio está un Dios que es amor, enseña amor y envía amor.

4. Influencia continuada del Santo Maestro Juan de Ávila

Maestro de santos, experimentado conocedor de los caminos del espíritu, fue amigo y consejero de no pocos de los de su tiempo. Además de los ya aludidos, Ignacio de Loyola, Tomás de Villanueva, Juan de Ribera, Pedro de Alcántara, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz y otros.

El fundador de la Compañía de Jesús deseó verlo en ella; no sucedió así, pero Juan de Ávila orientó hacia la naciente Orden un buen número de sus mejores discípulos que, además de vitalizarla, pronto difundieron la enseñanza y el testimonio del Maestro Ávila por Europa y, a través de las misiones, en el continente americano, en las tierras asiáticas a las que llegó su influencia, y hasta en el corazón de África.

Teresa de Jesús, hoy Doctora de la Iglesia, hizo lo imposible para que llegara a manos del Maestro el manuscrito de su *Vida*, donde relata sus experiencias espirituales. La amplia respuesta epistolar no se hizo esperar. Se ha dicho que Juan de Ávila tuvo la llave de la mística, porque con su autoridad de Maestro y discernidor de espíritus abrió las puertas a esta y a otras publicaciones. Además, gracias al ambiente cultural y espiritual que otro Doctor de la Iglesia, Juan de la Cruz, encontró en Baeza por obra del Maestro Ávila, arraigó allí el Carmelo reformado, que difundió también sus enseñanzas, sobre todo por Francia, Bélgica y Alema-

nia. Fue, en definitiva, el iniciador de la ascética y la mística españolas.

Es muy conocido su gran influjo en santos y escritores espirituales españoles, como en el tan leído fray Luis de Granada. Más allá de nuestras fronteras es de notar la rapidez con que se tradujeron sus obras y cómo los católicos perseguidos en Inglaterra fortalecían su fe leyendo el *Audi, filia*. Baste recordar, además, el gran aprecio hacia el Maestro Ávila de los ya Doctores de la Iglesia Francisco de Sales y Alfonso María de Ligorio. Es sabida también su influencia en la llamada escuela sacerdotal francesa, pues sus escritos fueron muy utilizados por su principal fundador, el cardenal Bérulle, y por sus discípulos. A la doctrina espiritual del Maestro Ávila han vuelto también los ojos otros fundadores, hasta la actualidad.

Las ediciones y traducciones de sus obras, antiguas y recientes, los numerosos estudios realizados y los trabajos de investigación sobre su persona y escritos que continúan ocupando a tantas personas en diversas universidades civiles y eclesiásticas han sido y continúan siendo un índice bien significativo del interés que siguen suscitando la enseñanza y el testimonio del nuevo Doctor de la Iglesia universal.

5. El doctorado, una invitación a la santidad

«Queridos hermanos y hermanas -decía el Papa al anunciar el Año de la

Fe-, vosotros estáis entre los protagonistas de la nueva evangelización que la Iglesia ha emprendido y lleva adelante, no sin dificultad, pero con el mismo entusiasmo de los primeros cristianos». De los primeros cristianos y de los cristianos de siempre que, como Juan de Ávila, fueron capaces de unir fe y ciencia; sabiduría y sencillez; ardor apostólico y abandono en Dios.

De cara a la nueva evangelización, escribía Benedicto XVI en su carta apostólica, de 21 de septiembre de 2010, *Ubicumque et semper*: «No podemos olvidar que la primera tarea será ser dóciles a la obra gratuita del Espíritu del Resucitado, que acompaña a cuantos son portadores del Evangelio y abre el corazón de quienes escuchan. Para proclamar de modo fecundo la Palabra del Evangelio se requiere ante todo hacer una experiencia profunda de Dios». Es a lo que nos invita el doctorado del Maestro Ávila, porque este fue el auténtico motor de su actividad evangelizadora; el secreto que se desborda haciendo eficaz la palabra y el ejemplo; el tesoro que crece a medida que se reparte.

Lo que fue auténtico en una época y en una cultura concreta, se hace patrimonio común que sobrepasa los tiempos y fronteras. La armonía del corazón, la santidad de vida y la doctrina eminente de san Juan de Ávila son ya herencia valiosa que se transmite y acrecienta de generación en generación.

Adentrándonos en el testimonio y en la enseñanza del Santo Maestro nos proyectamos hacia el futuro; por el hecho de acoger y valorar este sublime modelo de santidad que nos viene del pasado nos abrimos a las nuevas gracias que el Señor repartirá generosamente en el proceso de la nueva evangelización a que el propio Maestro nos impulsa.

Juan de Ávila será declarado Doctor de la Iglesia universal junto con Hildegarda de Bingen (1098-1179), una abadesa benedictina alemana cuya experiencia de fe y santidad de vida están también en las raíces cristianas de esta Europa tan necesitada hoy de nuevos y vigorosos evangelizadores.

Os animamos a acudir a Roma, el domingo 7 de octubre próximo, para un evento tan singular como será la declaración de san Juan de Ávila Doctor de la Iglesia universal, y a pedirle que seamos capaces de abrir nuestro corazón a un renovado y más profundo encuentro con la persona de Jesucristo, el único que puede señalar un nuevo horizonte a la vida y, con ello, orientarnos hacia la santidad. Con palabras del Maestro Ávila: «Él nos anda buscando e incitando a que le sirvamos: ¿cómo es posible, pues Él es bueno y verdadero, que no salga al encuentro, y nos eche sus brazos encima, y nos favorezca cuando vamos a Él? Sí hará, cierto, sí hará, y muy más cumplidamente que no-

sotros podemos entender, según dice san Pablo (cf. 1 Cor 2 ,9; Heb 9, 14) [19].

Invitamos a todos a participar en los programas y actividades que se organicen con motivo del doctorado; a profundizar en la persona y en los escritos de san Juan de Ávila y a dejarnos interpelar por sus enseñanzas y por su testimonio de vida.

Oración

Concluimos haciendo nuestra la súplica del Santo Maestro Juan de Ávila en una de sus cartas[20], y pidiendo al Señor que el Doctor del amor de Dios nos ayude a vitalizar la esperanza, a crecer en la caridad y a fortalecer nuestra fe.

«Pedid mucho amor, porfiad por él, y la perfección de él os ponga cuidado de trabajar; y ese poco que el Señor os ha dado, tomad en prenda de que Él os dará más.

Decid con los apóstoles: Acreciéntame, Señor, la fe (cf. Lc 17, 5).

Pedid mucho amor, como la Magdalena, para que vuestra esperanza sea muy firme de gozar en el cielo del Señor que acá deseáis.

Él sea vuestro favor, lumbre y amor agora y siempre».

Madrid, 26 de abril de 2012

NOTAS:

- [1] Sermón 36, Obras completas (OC), BAC, 2000-2003, III, 477.
- [2] Sermón 9, OC III, 136.
- [3] Carta 228, OC IV, 732.
- [4] Lecciones sobre la Epístola a los Gálatas, 3, 27, OC II, 71.
- [5] *Audi, filia* [1], 41, OC I, 424.
- [6] Tratado del amor de Dios, OC I, 966-967.
- [7] Carta 86, OC IV, 371.
- [8] Tratado sobre el Sacerdocio, OC III, 534-535.
- [9] Memorial I, OC II, 511.
- [10] Lecciones sobre San Juan (II), Lec 2, OC III, 436.
- [11] Sermón 50, OC III, 16.
- [12] Carta 57, OC IV, 233.
- [13] Trat. Sacerdocio, OC I, 931.
- [14] Carta 157, OC IV, 541.
- [15] Sermón 81, OC III, 1084.
- [16] Plática para el sínodo diocesano de Córdoba, OC I, 790.
- [17] *Ibíd.*, 785.
- [18] Lecciones sobre Gálatas, 42, OC II, 81.
- [19] Carta 62, OC IV, 278.
- [20] Carta 112, OC IV, 434

Nombramiento Episcopal: El sacerdote Juan Antonio Aznárez Cobo ha sido nombrado Obispo auxiliar de Pamplona

La Nunciatura Apostólica en España comunica a la Conferencia Episcopal Española (CEE) que la Santa Sede ha hecho público que el Papa Benedicto XVI ha nombrado nuevo Obispo Auxiliar de la Archidiócesis de Pamplona y Tudela al sacerdote Juan Antonio Aznárez Cobo, en la actualidad Vicario General de la misma, asignándole la sede titular de Bisuldino.

Vicario General de la Archidiócesis de Pamplona desde 2009

D. Juan Antonio Aznárez Cobo nació el 14 de enero de 1961 en Eibar (Guipúzcoa), aunque con 13 años se trasladó a vivir a Tudela. Obtuvo la licenciatura

en Filosofía y Letras por la Universidad de Zaragoza (1984) y realizó los estudios eclesiásticos en el Seminario Mayor de Pamplona. Fue ordenado sacerdote el 27 de octubre de 1990. Es Licenciado en Ciencias Bíblicas por el Pontificio Instituto Bíblico (1997).

Ha desarrollado su ministerio sacerdotal en la Archidiócesis de Pamplona y Tudela. Fue Administrador Parroquial de San Juan Bautista, en Mendavia (1990-1993); Vicario Parroquial de San Juan Evangelista, en Huarte-Pamplona (1997-1999); Párroco de San Esteban, de Esparza de Galar y de San Emeterio y San Celedonio, en Cizur Menor (1999-2004) y Párroco de San Jorge, en Pamplona (2004-2009).

En la actualidad, y desde el año 2009, es Vicario General de la Archidiócesis de Pamplona y Tudela. Además, a nivel académico, es Profesor ordinario de Sagrada Escritura en el Centro Superior de Estudios Teológicos (CSET) San Miguel Arcángel de Pamplona; Profesor no estable del área de Sagrada Escritura en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas (ISCR) San Francisco Javier de Pamplona, y Profesor asociado en el área de Sagrada Escritura de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra.

Defunción episcopal: Ha fallecido Mons. Ireneo García Alonso, Obispo Emérito de Albacete

Hoy, 4 de junio, ha fallecido en su casa de Toledo Mons. Ireneo García Alonso, Obispo emérito de Albacete. Su cadáver será velado en la capilla de la Residencia de las Hermanitas de los ancianos desamparados de Toledo, hasta su traslado mañana, martes 5 de junio, a la Catedral de Albacete donde Mons. Ciriaco Benavente Mateos -y los demás obispos asistentes- celebrarán la Misa exequial a las 18 horas. Su cuerpo será enterrado en la cripta de la Capilla de la Virgen de los Llanos.



IGLESIA UNIVERSAL

IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE, BENEDICTO XVI

REGINA COELI - ÁNGELUS

Solemnidad de Pentecostés. Plaza de San Pedro. Domingo, 27 de mayo de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Celebramos hoy la gran fiesta de Pentecostés, con la que se completa el Tiempo de Pascua, cincuenta días después del domingo de Resurrección. Esta solemnidad nos hace recordar y revivir la efusión del Espíritu Santo sobre los Apóstoles y los demás discípulos, reunidos en oración con la Virgen María en el Cenáculo (cf. *Hch* 2, 1-11). Jesús, después de resucitar y subir al cielo, envía a la Iglesia su Espíritu para que cada cristiano pueda participar en su misma vida divina y se convierta en su testigo en el mundo. El Espíritu Santo, irrumpiendo en la historia, derrota su aridez, abre los corazones a la esperanza, estimula y favorece en nosotros la maduración interior en la relación con Dios y con el prójimo.

El Espíritu que «habló por medio de los profetas», con los dones de la sabiduría y de la ciencia sigue inspirando a mujeres y hombres que se comprometen en la búsqueda de la verdad, proponiendo vías originales

de conocimiento y de profundización del misterio de Dios, del hombre y del mundo. En este contexto, tengo la alegría de anunciar que el próximo 7 de octubre, al inicio de la Asamblea ordinaria del Sínodo de los obispos, proclamaré a san Juan de Ávila y a santa Hildegarda de Bingen, doctores de la Iglesia universal. Estos dos grandes testigos de la fe vivieron en períodos históricos y en ambientes culturales muy distintos. Hildegarda fue monja benedictina en el corazón de la Edad Media alemana, auténtica maestra de teología y profunda estudiosa de las ciencias naturales y de la música. Juan, sacerdote diocesano en los años del renacimiento español, participó en el esfuerzo de renovación cultural y religiosa de la Iglesia y de la sociedad en los albores de la modernidad. Pero la santidad de la vida y la profundidad de la doctrina los hacen perennemente actuales: de hecho, la gracia del Espíritu Santo los impulsó a esa experiencia de penetrante comprensión de la revelación divina y de diálogo inteligente con el mundo, que constituyen el horizonte permanente de la vida y de la acción de la Iglesia.

Sobre todo a la luz del proyecto de una nueva evangelización a la que se

dedicará la citada Asamblea del Sínodo de los obispos, y en la víspera del Año de la fe, estas dos figuras de santos y doctores son de gran importancia y actualidad. También en nuestros días, a través de su enseñanza, el Espíritu del Señor resucitado sigue haciendo resonar su voz e iluminando el camino que conduce a la única Verdad que puede hacernos libres y dar pleno sentido a nuestra vida.

Rezando ahora juntos el *Regina caeli* -por última vez este año-, invoquemos la intercesión de la Virgen María para que obtenga a la Iglesia que sea fuertemente animada por el Espíritu Santo, para dar testimonio de Cristo con franqueza evangélica y abrirse cada vez más a la plenitud de la verdad.

Plaza de San Pedro. Domingo, 10 de junio de 2012.

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy, en Italia y en muchos otros países se celebra el *Corpus Christi*, es decir, la solemnidad del Cuerpo y la Sangre del Señor, la Eucaristía. Es tradición siempre viva, en este día, tener solemnes procesiones con el Santísimo Sacramento por las calles y en las plazas. En Roma, esta procesión ya ha tenido lugar a nivel diocesano el jueves pasado, día preciso de esta solemnidad, que cada año renueva en

los cristianos la alegría y la gratitud por la presencia eucarística de Jesús en medio de nosotros.

La fiesta del *Corpus Christi* es un gran acto de culto público de la Eucaristía, sacramento en el que el Señor permanece presente también más allá del momento de la celebración, para estar siempre con nosotros, a lo largo del paso de las horas y de los días. Ya san Justino, que nos dejó uno de los testimonios más antiguos sobre la liturgia eucarística, afirma que, después de la distribución de la Comunión a los presentes, el pan consagrado lo llevaban los diáconos también a los ausentes (cf. *Apología* 1, 65). Por eso, el lugar más sagrado en las iglesias es precisamente donde se custodia la Eucaristía. A este respecto, no puedo menos de pensar con conmoción en las numerosas iglesias que quedaron dañadas seriamente por el reciente terremoto en Emilia Romagna, en el hecho de que el Cuerpo eucarístico de Cristo, en el Sagrario, ha permanecido en algunos casos bajo los escombros. Rezo con afecto por las comunidades, que con sus sacerdotes deben reunirse para la santa misa al aire libre o en grandes tiendas de campaña; les agradezco su testimonio y lo que están haciendo en favor de toda la población. Es una situación que pone de relieve aún más la importancia de estar unidos en el nombre del Señor, y la fuerza que viene del Pan eucarístico, también

llamado «pan de los peregrinos». Del compartir este Pan nace y se renueva la capacidad de compartir también la vida y los bienes, de sobrellevar unos el peso de los otros, de ser hospitalarios y acogedores.

La solemnidad del Cuerpo y la Sangre del Señor nos propone nuevamente también el valor de la adoración eucarística. El siervo de Dios, Pablo VI, recordaba que la Iglesia católica profesa el culto de la Eucaristía «no sólo durante la misa, sino también fuera de su celebración, conservando con la máxima diligencia las hostias consagradas, presentándolas a la solemne veneración de los fieles cristianos, llevándolas en procesión con alegría de la multitud del pueblo cristiano» (Enc. *Mysterium fidei*, 32). La oración de adoración se puede realizar tanto personalmente, permaneciendo en recogimiento ante el Sagrario, como en forma comunitaria, también con salmos y cantos, pero siempre privilegiando el silencio, en el cual escuchar interiormente al Señor vivo y presente en el Sacramento. La Virgen María es maestra también de esta oración, porque nadie más y mejor que ella ha sabido contemplar a Jesús con los ojos de la fe y acoger en el corazón las íntimas resonancias de su presencia humana y divina. Que por su intercesión se difunda y crezca en cada comunidad eclesial una auténtica y profunda fe en el Misterio eucarístico.

Plaza de San Pedro. Domingo, 17 de junio de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

La liturgia de hoy nos propone dos breves parábolas de Jesús: la de la semilla que crece por sí misma y la del grano de mostaza (cf. *Mc* 4, 26-34). A través de imágenes tomadas del mundo de la agricultura, el Señor presenta el misterio de la Palabra y del reino de Dios, e indica las razones de nuestra esperanza y de nuestro compromiso.

En la primera parábola la atención se centra en el dinamismo de la siembra: la semilla que se echa en la tierra, tanto si el agricultor duerme como si está despierto, brota y crece por sí misma. El hombre siembra con la confianza de que su trabajo no será infructuoso. Lo que sostiene al agricultor en su trabajo diario es precisamente la confianza en la fuerza de la semilla y en la bondad de la tierra. Esta parábola se refiere al misterio de la creación y de la redención, de la obra fecunda de Dios en la historia. Él es el Señor del Reino; el hombre es su humilde colaborador, que contempla y se alegra de la acción creadora divina y espera pacientemente sus frutos. La cosecha final nos hace pensar en la intervención conclusiva de Dios al final de los tiempos, cuando él realizará plenamente su reino. Ahora es el tiempo de la siembra, y el Señor asegura su crecimiento. Todo cristiano, por tanto, sabe bien

que debe hacer todo lo que esté a su alcance, pero que el resultado final depende de Dios: esta convicción lo sostiene en el trabajo diario, especialmente en las situaciones difíciles. A este propósito escribe san Ignacio de Loyola: «Actúa como si todo dependiera de ti, sabiendo que en realidad todo depende de Dios» (cf. Pedro de Ribadeneira, *Vida de san Ignacio de Loyola*).

La segunda parábola utiliza también la imagen de la siembra. Aquí, sin embargo, se trata de una semilla específica, el grano de mostaza, considerada la más pequeña de todas las semillas. Pero, a pesar de su pequeñez, está llena de vida, y, al partirse, nace un brote capaz de romper el terreno, de salir a la luz del sol y de crecer hasta llegar a ser «más alta que las demás hortalizas» (cf. *Mc* 4, 32): la debilidad es la fuerza de la semilla, el partirse es su potencia. Así es el reino de Dios: una realidad humanamente pequeña, compuesta por los pobres de corazón, por los que no confían sólo en su propia fuerza, sino en la del amor de Dios, por quienes no son importantes a los ojos del mundo; y, sin embargo, precisamente a través de ellos irrumpe la fuerza de Cristo y transforma aquello que es aparentemente insignificante.

La imagen de la semilla es particularmente querida por Jesús, ya que expresa bien el misterio del reino de Dios. En las dos parábolas de hoy, ese misterio representa un

«crecimiento» y un «contraste»: el crecimiento que se realiza gracias al dinamismo presente en la semilla misma y el contraste que existe entre la pequeñez de la semilla y la grandeza de lo que produce. El mensaje es claro: el reino de Dios, aunque requiere nuestra colaboración, es ante todo don del Señor, gracia que precede al hombre y a sus obras. Nuestra pequeña fuerza, aparentemente impotente ante los problemas del mundo, si se suma a la de Dios no teme obstáculos, porque la victoria del Señor es segura. Es el milagro del amor de Dios, que hace germinar y crecer todas las semillas de bien diseminadas en la tierra. Y la experiencia de este milagro de amor nos hace ser optimistas, a pesar de las dificultades, los sufrimientos y el mal con que nos encontramos. La semilla brota y crece, porque la hace crecer el amor de Dios. Que la Virgen María, que acogió como «tierra buena» la semilla de la Palabra divina, fortalezca en nosotros esta fe y esta esperanza.

Solemnidad del Nacimiento de san Juan Bautista. Domingo, 24 de junio de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy, 24 de junio, celebramos la solemnidad del Nacimiento de san

Juan Bautista. Con excepción de la Virgen María, el Bautista es el único santo del que la liturgia celebra el nacimiento, y lo hace porque está íntimamente vinculado con el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios. De hecho, desde el vientre materno, Juan es el precursor de Jesús: el ángel anuncia a María su concepción prodigiosa como una señal de que «para Dios nada hay imposible» (*Lc 1, 37*), seis meses antes del gran prodigio que nos da la salvación, la unión de Dios con el hombre por obra del Espíritu Santo. Los cuatro Evangelios dan gran relieve a la figura de Juan el Bautista, como profeta que concluye el Antiguo Testamento e inaugura el Nuevo, identificando en Jesús de Nazaret al Mesías, al Consagrado del Señor. De hecho, será Jesús mismo quien hablará de Juan con estas palabras: «Este es de quien está escrito: “Yo envío a mi mensajero delante de ti, para que prepare tu camino ante ti. En verdad, os digo que no ha nacido de mujer uno más grande que Juan el Bautista; aunque el más pequeño en el reino de los cielos es más grande que él» (*Mt 11, 10-11*).

El padre de Juan, Zacarías -marido de Isabel, pariente de María-, era sacerdote del culto del Antiguo Testamento. Él no creyó de inmediato en el anuncio de una paternidad tan inesperada, y por eso quedó mudo hasta el día de la circuncisión del niño, al que él y su esposa dieron el nombre indicado por

Dios, es decir, Juan, que significa «el Señor da la gracia». Animado por el Espíritu Santo, Zacarías habló así de la misión de su hijo: «Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor a preparar sus caminos, anunciando a su pueblo la salvación por el perdón de sus pecados» (*Lc 1, 76-77*). Todo esto se manifestó treinta años más tarde, cuando Juan comenzó a bautizar en el río Jordán, llamando al pueblo a prepararse, con aquel gesto de penitencia, a la inminente venida del Mesías, que Dios le había revelado durante su permanencia en el desierto de Judea. Por esto, fue llamado «Bautista», es decir, «Bautizador» (cf. *Mt 3, 1-6*). Cuando un día Jesús mismo, desde Nazaret, fue a ser bautizado, Juan al principio se negó, pero luego aceptó, y vio al Espíritu Santo posarse sobre Jesús y oyó la voz del Padre celestial que lo proclamaba su Hijo (cf. *Mt 3, 13-17*). Pero la misión del Bautista aún no estaba cumplida: poco tiempo después, se le pidió que precediera a Jesús también en la muerte violenta: Juan fue decapitado en la cárcel del rey Herodes, y así dio testimonio pleno del Cordero de Dios, al que antes había reconocido y señalado públicamente.

Queridos amigos, la Virgen María ayudó a su anciana pariente Isabel a llevar a término el embarazo de Juan. Que ella nos ayude a todos a seguir a Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios, a quien el Bautista anunció con gran humildad y celo profético.

AUDIENCIAS

Plaza de San Pedro. Miércoles, 30 de mayo de 2012*Queridos hermanos y hermanas:*

En estas catequesis, estamos meditando sobre la oración en las cartas de san Pablo y tratamos de ver la oración cristiana como un verdadero encuentro personal con Dios Padre, en Cristo, mediante el Espíritu Santo. Hoy, en este encuentro, entran en diálogo el «sí» fiel de Dios y el «amén» confiado de los creyentes. Quiero subrayar esta dinámica, reflexionando sobre la *Segunda Carta a los Corintios*. San Pablo envía esta apasionada Carta a una Iglesia que en repetidas ocasiones puso en tela de juicio su apostolado, y abre su corazón para que los destinatarios tengan la seguridad de su fidelidad a Cristo y al Evangelio. Esta *Segunda Carta a los Corintios* comienza con una de las oraciones de bendición más elevadas del Nuevo Testamento. Reza así: «¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que nos consuela en cualquier tribulación nuestra hasta el punto de poder consolar nosotros a los demás en cualquier lucha, mediante el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios» (2 Co 1, 3-4).

Así pues, san Pablo VI vive en gran tribulación; son muchas las dificultades y las aflicciones que ha tenido que

atravesar, pero nunca ha cedido al desaliento, sostenido por la gracia y la cercanía del Señor Jesucristo, para el cual se había convertido en apóstol y testigo poniendo en sus manos toda su existencia. Precisamente por esto, san Pablo comienza esta *Carta* con una oración de bendición y de acción de gracias a Dios, porque en ningún momento de su vida de apóstol de Cristo sintió que le faltara el apoyo del Padre misericordioso, del Dios de todo consuelo. Sufrió terriblemente, lo dice en esta *Carta*, pero en todas esas situaciones, donde parecía que ya no se abría un camino ulterior, recibió de Dios consuelo y fortaleza. Por anunciar a Cristo, sufrió incluso persecuciones, hasta el punto de ser encarcelado, pero siempre se sintió libre interiormente, animado por la presencia de Cristo, deseoso de anunciar la palabra de esperanza del Evangelio. Desde la cárcel, encadenado, escribe a Timoteo, su fiel colaborador: «La Palabra de Dios no está encadenada. Por eso, lo aguantó todo por los elegidos, para que ellos también alcancen la salvación y la gloria eterna en Cristo Jesús» (2 Tm 2, 9b-10). Al sufrir por Cristo, experimenta el consuelo de Dios. Escribe: «Lo mismo que abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, abunda también nuestro consuelo gracias a Cristo» (2 Co 1, 5).

En la oración de bendición que introduce la *Segunda Carta a los Corintios* domina, por tanto, junto al tema de las aflicciones, el tema del consuelo, que

no ha de entenderse sólo como simple consolación, sino sobre todo como aliento y exhortación a no dejarse vencer por la tribulación y las dificultades. La invitación es a vivir toda situación unidos a Cristo, que carga sobre sí todo el sufrimiento y el pecado del mundo para traer luz, esperanza y redención. Así, Jesús nos hace capaces de consolar, a nuestra vez, a aquellos que se encuentran en toda clase de aflicción. La profunda unión con Cristo en la oración, la confianza en su presencia, disponen a compartir los sufrimientos y las aflicciones de los hermanos. San Pablo escribe: «¿Quién enferma sin que yo enferme? ¿Quién tropieza sin que yo me encienda?» (2 Co 11, 29). Esta actitud de compartir no nace de una simple benevolencia, ni sólo de la generosidad humana o del espíritu de altruismo, sino que brota del consuelo del Señor, del apoyo inquebrantable de la «fuerza extraordinaria que proviene de Dios y no de nosotros» (cf. 2 Co 4, 7).

Queridos hermanos y hermanas, nuestra vida y nuestro camino a menudo están marcados por dificultades, incomprendimientos y sufrimientos. Todos lo sabemos. En la relación fiel con el Señor, en la oración constante, diaria, también nosotros podemos sentir concretamente el consuelo que proviene de Dios. Y esto refuerza nuestra fe, porque nos hace experimentar de modo concreto el «sí» de Dios al hombre, a nosotros, a mí, en Cristo; hace sentir la fidelidad de su amor, que llega hasta el don de su Hijo en la cruz. San Pablo

afirma: «El Hijo de Dios, Jesucristo, que fue anunciado entre vosotros por mí, por Silvano y por Timoteo, no fue “sí” y “no”, sino que en él sólo hubo “sí”. Pues todas las promesas de Dios han alcanzado su “sí” en él. Así, por medio de él, decimos nuestro “amén” a Dios, para gloria suya a través de nosotros» (2 Co 1, 19-20). El «sí» de Dios no es parcial, no pasa del «sí» al «no», sino que es un sencillo y seguro «sí». Y a este «sí» nosotros correspondemos con nuestro «sí», con nuestro «amén», y así estamos seguros en el «sí» de Dios.

La fe no es, primariamente, acción humana, sino don gratuito de Dios, que arraiga en su fidelidad, en su «sí», que nos hace comprender cómo vivir nuestra existencia amándolo a él y a los hermanos. Toda la historia de la salvación es un progresivo revelarse de esta fidelidad de Dios, a pesar de nuestras infidelidades y nuestras negaciones, con la certeza de que «los dones y la llamada de Dios son irrevocables», como declara el Apóstol en la *Carta a los Romanos* (11, 29).

Queridos hermanos y hermanas, el modo de actuar de Dios -muy distinto del nuestro- nos da consuelo, fuerza y esperanza porque Dios no retira su «sí». Ante los contrastes en las relaciones humanas, a menudo incluso en las relaciones familiares, tendemos a no perseverar en el amor gratuito, que cuesta esfuerzo y sacrificio. Dios, en cambio, nunca se cansa de nosotros, nunca se cansa de tener paciencia con nosotros,

y con su inmensa misericordia siempre nos precede, sale él primero a nuestro encuentro; su «sí» es completamente fiable. En el acontecimiento de la cruz, nos revela la medida de su amor, que no calcula y no tiene medida. San Pablo, en la Carta a Tito, escribe: «Se manifestó la bondad de Dios, nuestro Salvador, y su amor al hombre» (*Tt* 3, 4). Y para que este «sí» se renueve cada día «nos ungió, nos selló y ha puesto su Espíritu como prenda en nuestros corazones» (*2 Co* 1, 21b-22).

De hecho, es el Espíritu Santo quien hace continuamente presente y vivo el «sí» de Dios en Jesucristo y crea en nuestro corazón el deseo de seguirlo para entrar totalmente, un día, en su amor, cuando recibiremos una morada en los cielos no construida por manos humanas. No hay ninguna persona que no sea alcanzada e interpelada por este amor fiel, capaz de esperar incluso a quienes siguen respondiendo con el «no» del rechazo y del endurecimiento del corazón. Dios nos espera, siempre nos busca, quiere acogernos en la comunión con él para darnos a cada uno de nosotros plenitud de vida, de esperanza y de paz.

En el «sí» fiel de Dios, se injerta el «amén» de la Iglesia que resuena en todas las acciones de la liturgia: «amén» es la respuesta de la fe con la que concluye siempre nuestra oración personal y comunitaria, y que expresa nuestro «sí» a la iniciativa de Dios. A menudo respondemos de forma rutinaria con nues-

tro «amén» en la oración, sin fijarnos en su significado profundo. Este término deriva de *'aman* que en hebreo y en arameo significa «hacer estable», «consolidar» y, en consecuencia, «estar seguro», «decir la verdad». Si miramos la Sagrada Escritura, vemos que este «amén» se dice al final de los Salmos de bendición y de alabanza, como por ejemplo en el *Salmo* 41: «A mí, en cambio, me conservas la salud, me mantienes siempre en tu presencia. Bendito el Señor, Dios de Israel, desde siempre y por siempre. Amén, amén» (vv. 13-14). O expresa adhesión a Dios, en el momento en que el pueblo de Israel regresa lleno de alegría del destierro de Babilonia y dice su «sí», su «amén» a Dios y a su Ley. En el *Libro de Nehemías* se narra que, después de este regreso, «Esdras abrió el libro (de la Ley) en presencia de todo el pueblo, de modo que toda la multitud podía verlo; al abrirlo, el pueblo entero se puso de pie. Esdras bendijo al Señor, el Dios grande, y todo el pueblo respondió con las manos levantadas: “Amén, amén”» (*Ne* 8, 5-6).

Por lo tanto, desde los inicios el «amén» de la liturgia judía se convirtió en el «amén» de las primeras comunidades cristianas. Y el libro de la liturgia cristiana por excelencia, el *Apocalipsis* de san Juan, comienza con el «amén» de la Iglesia: «Al que nos ama y nos ha librado de nuestros pecados con su sangre, y nos ha hecho reino y sacerdotes para Dios, su Padre. A él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén» (*Ap* 1, 5b-6). Así está escrito en el primer ca-

pítulo del *Apocalipsis*. Y el mismo libro se concluye con la invocación «Amén, ¡Ven, Señor Jesús!» (*Ap* 22, 20).

Queridos amigos, la oración es el encuentro con una Persona viva que podemos escuchar y con la que podemos dialogar; es el encuentro con Dios, que renueva su fidelidad inquebrantable, su «sí» al hombre, a cada uno de nosotros, para darnos su consuelo en medio de las tempestades de la vida y hacernos vivir, unidos a él, una existencia llena de alegría y de bien, que llegará a su plenitud en la vida eterna.

En nuestra oración estamos llamados a decir «sí» a Dios, a responder con este «amén» de la adhesión, de la fidelidad a él a lo largo de toda nuestra vida. Esta fidelidad nunca la podemos conquistar con nuestras fuerzas; no es únicamente fruto de nuestro esfuerzo diario; proviene de Dios y está fundada en el «sí» de Cristo, que afirma: mi alimento es hacer la voluntad del Padre (cf. *Jn* 4, 34). Debemos entrar en este «sí», entrar en este «sí» de Cristo, en la adhesión a la voluntad de Dios, para llegar a afirmar con san Pablo que ya no vivimos nosotros, sino que es Cristo mismo quien vive en nosotros. Así, el «amén» de nuestra oración personal y comunitaria envolverá y transformará toda nuestra vida, una vida de consolación de Dios, una vida inmersa en el Amor eterno e inquebrantable. Gracias.

Sala Pablo VI. Miércoles, 13 de junio de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

El encuentro diario con el Señor y la recepción frecuente de los sacramentos permiten abrir nuestra mente y nuestro corazón a su presencia, a sus palabras, a su acción. La oración no es solamente la respiración del alma, sino también, para usar una imagen, el oasis de paz en el que podemos encontrar el agua que alimenta nuestra vida espiritual y transforma nuestra existencia. Y Dios nos atrae hacia sí, nos hace subir al monte de la santidad, para que estemos cada vez más cerca de él, ofreciéndonos a lo largo del camino luz y consolaciones. Esta es la experiencia personal a la que hace referencia san Pablo en el capítulo 12 de la *Segunda Carta a los Corintios*, sobre el que deseo reflexionar hoy. Frente a quienes cuestionaban la legitimidad de su apostolado, no enumera tanto las comunidades que había fundado, los kilómetros que había recorrido; no se limita a recordar las dificultades y las oposiciones que había afrontado para anunciar el Evangelio, sino que indica su relación con el Señor, una relación tan intensa que se caracteriza también por momentos de éxtasis, de contemplación profunda (cf. *2 Co* 12, 1); así pues, no se jacta de lo que ha hecho él, de su fuerza, de su actividad y de sus éxitos, sino que se gloria de la acción que Dios ha realizado en él y a través de él. De hecho, con gran pudor narra el momento en que vivió la experiencia particular de ser arrebatado hasta el cielo de Dios. Recuerda que

catorce años antes del envío de la carta «fue arrebatado -así dice- hasta el tercer cielo» (v. 2). Con el lenguaje y las maneras de quien narra lo que no se puede narrar, san Pablo habla de aquel hecho incluso en tercera persona; afirma que un hombre fue arrebatado al «jardín» de Dios, al paraíso. La contemplación es tan profunda e intensa que el Apóstol no recuerda ni siquiera los contenidos de la revelación recibida, pero tiene muy presentes la fecha y las circunstancias en que el Señor lo aferró de una manera tan total, lo atrajo hacia sí, como había hecho en el camino de Damasco en el momento de su conversión (cf. *Flp* 3, 12).

San Pablo prosigue diciendo que precisamente para no engreírse por la grandeza de las revelaciones recibidas, lleva en sí mismo una «espina» (*2 Co* 12, 7), un sufrimiento, y suplica con fuerza al Resucitado que lo libre del emisario del Maligno, de esta espina dolorosa en la carne. Tres veces -refiere- ha orado con insistencia al Señor para que aleje de él esta prueba. Y precisamente en esta situación, en la contemplación profunda de Dios, durante la cual «oyó palabras inefables, que un hombre no es capaz de repetir» (v. 4), recibe la respuesta a su súplica. El Resucitado le dirige unas palabras claras y tranquilizadoras: «Te basta mi gracia; la fuerza se realiza en la debilidad» (v. 9).

El comentario de san Pablo a estas palabras nos puede asombrar, pero re-

vela cómo comprendió lo que significa ser verdaderamente apóstol del Evangelio. En efecto, exclama: «Así que muy a gusto me glorío de mis debilidades, para que resida en mí la fuerza de Cristo. Por eso, vivo contento en medio de las debilidades, los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (vv. 9b-10); es decir, no se jacta de sus acciones, sino de la acción de Cristo que actúa precisamente en su debilidad. Reflexionemos un momento sobre este hecho, que aconteció durante los años en que san Pablo vivió en silencio y en contemplación, antes de comenzar a recorrer Occidente para anunciar a Cristo, porque esta actitud de profunda humildad y confianza ante la manifestación de Dios es fundamental también para nuestra oración y para nuestra vida, para nuestra relación con Dios y nuestras debilidades.

Ante todo, ¿de qué debilidades habla el Apóstol? ¿Qué es esta «espina» en la carne? No lo sabemos y no lo dice, pero su actitud da a entender que toda dificultad en el seguimiento de Cristo y en el testimonio de su Evangelio se puede superar abriéndose con confianza a la acción del Señor. San Pablo es muy consciente de que es un «siervo inútil» (*Lc* 17, 10) -no es él quien ha hecho las maravillas, sino el Señor-, una «vasija de barro» (*2 Co* 4, 7), en donde Dios pone la riqueza y el poder de su gracia. En este momento de intensa oración contemplativa, san Pablo comprende

con claridad cómo afrontar y vivir cada acontecimiento, sobre todo el sufrimiento, la dificultad, la persecución: en el momento en que se experimenta la propia debilidad, se manifiesta el poder de Dios, que no nos abandona, no nos deja solos, sino que se transforma en apoyo y fuerza. Ciertamente, san Pablo hubiera preferido ser librado de esta «espina», de este sufrimiento; pero Dios dice: «No, esto te es necesario. Te bastará mi gracia para resistir y para hacer lo que debes hacer». Esto vale también para nosotros. El Señor no nos libra de los males, pero nos ayuda a madurar en los sufrimientos, en las dificultades, en las persecuciones. Así pues, la fe nos dice que, si permanecemos en Dios, «aun cuando nuestro hombre exterior se vaya desmoronando, aunque haya muchas dificultades, nuestro hombre interior se va renovando, madura día a día precisamente en las pruebas» (cf. *2 Co* 4, 16). El Apóstol comunica a los cristianos de Corinto y también a nosotros que «la leve tribulación presente nos proporciona una inmensa e incalculable carga de gloria» (v. 17). En realidad, hablando humanamente, no era ligera la carga de las dificultades; era muy pesada; pero en comparación con el amor de Dios, con la grandeza de ser amado por Dios, resulta ligera, sabiendo que la gloria será inconmensurable. Por tanto, en la medida en que crece nuestra unión con el Señor y se intensifica nuestra oración, también nosotros vamos a lo esencial y comprendemos que no es el poder de nuestros medios, de nuestras virtudes,

de nuestras capacidades, el que realiza el reino de Dios, sino que es Dios quien obra maravillas precisamente a través de nuestra debilidad, de nuestra inadecuación al encargo. Por eso, debemos tener la humildad de no confiar simplemente en nosotros mismos, sino de trabajar en la viña del Señor, con su ayuda, abandonándonos a él como frágiles «vasijas de barro».

San Pablo refiere dos revelaciones particulares que cambiaron radicalmente su vida. La primera -como sabemos- es la desconcertante pregunta en el camino de Damasco: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» (*Hch* 9, 4), pregunta que lo llevó a descubrir y encontrarse con Cristo vivo y presente, y a oír su llamada a ser apóstol del Evangelio. La segunda son las palabras que el Señor le dirigió en la experiencia de oración contemplativa sobre las que estamos reflexionando: «Te basta mi gracia; la fuerza se realiza en la debilidad». Sólo la fe, confiar en la acción de Dios, en la bondad de Dios que no nos abandona, es la garantía de no trabajar en vano. Así la gracia del Señor fue la fuerza que acompañó a san Pablo en los enormes trabajos para difundir el Evangelio y su corazón entró en el corazón de Cristo, haciéndose capaz de llevar a los demás hacia Aquel que murió y resucitó por nosotros.

En la oración, por tanto, abrimos nuestra alma al Señor para que él venga a habitar nuestra debilidad, transformándola en fuerza para el Evangelio. Y

también es rico en significado el verbo griego con el que san Pablo describe este habitar del Señor en su frágil humanidad; usa *episkenoō*, que podríamos traducir con «plantar la propia tienda». El Señor sigue plantando su tienda en nosotros, en medio de nosotros: es el misterio de la Encarnación. El mismo Verbo divino, que vino a habitar en nuestra humanidad, quiere habitar en nosotros, plantar en nosotros su tienda, para iluminar y transformar nuestra vida y el mundo.

La intensa contemplación de Dios que experimentó san Pablo recuerda la de los discípulos en el monte Tabor, cuando, al ver a Jesús transfigurarse y resplandecer de luz, Pedro le dijo: «Maestro, ¡qué bueno es que estemos aquí! Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías» (*Mc* 9, 5). «No sabía qué decir, pues estaban asustados», añade san Marcos (v. 6). Contemplar al Señor es, al mismo tiempo, fascinante y tremendo: fascinante, porque él nos atrae hacia sí y arrebató nuestro corazón hacia lo alto, llevándolo a su altura, donde experimentamos la paz, la belleza de su amor; y tremendo, porque pone de manifiesto nuestra debilidad, nuestra inadecuación, la dificultad de vencer al Maligno, que insidia nuestra vida, la espina clavada también en nuestra carne. En la oración, en la contemplación diaria del Señor recibimos la fuerza del amor de Dios y sentimos que son verdaderas las palabras de san Pablo a los cristianos de Roma, donde escri-

bió: «Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (*Rm* 8, 38-39).

En un mundo en el que corremos el peligro de confiar solamente en la eficiencia y en el poder de los medios humanos, en este mundo estamos llamados a redescubrir y testimoniar el poder de Dios que se comunica en la oración, con la que crecemos cada día conformando nuestra vida a la de Cristo, el cual -como afirma san Pablo- «fue crucificado por causa de su debilidad, pero ahora vive por la fuerza de Dios. Lo mismo nosotros: somos débiles en él, pero viviremos con él por la fuerza de Dios para vosotros» (*2 Co* 13, 4).

Queridos amigos, en el siglo pasado, Albert Schweitzer, teólogo protestante y premio Nobel de la paz, afirmaba que «Pablo es un místico y nada más que un místico», es decir, un hombre verdaderamente enamorado de Cristo y tan unido a él que podía decir: Cristo vive en mí. La mística de san Pablo no se funda sólo en los acontecimientos excepcionales que vivió, sino también en la relación diaria e intensa con el Señor, que siempre lo sostuvo con su gracia. La mística no lo alejó de la realidad; al contrario, le dio la fuerza para vivir cada día por Cristo y para construir la Iglesia hasta los confines del mundo de aquel

tiempo. La unión con Dios no aleja del mundo, pero nos da la fuerza para permanecer realmente en el mundo, para hacer lo que se debe hacer en el mundo. Así pues, también en nuestra vida de oración tal vez podemos tener momentos de particular intensidad, en los que sentimos más viva la presencia del Señor, pero es importante la constancia, la fidelidad de la relación con Dios, sobre todo en las situaciones de aridez, de dificultad, de sufrimiento, de aparente ausencia de Dios. Sólo si somos aferrados por el amor de Cristo, seremos capaces de afrontar cualquier adversidad, como san Pablo, convencidos de que todo lo podemos en Aquel que nos da la fuerza (cf. *Flp* 4, 13). Por consiguiente, cuanto más espacio demos a la oración, tanto más veremos que nuestra vida se transformará y estará animada por la fuerza concreta del amor de Dios. Así sucedió, por ejemplo, a la beata madre Teresa de Calcuta, que, en la contemplación de Jesús, y precisamente también en tiempos de larga aridez, encontraba la razón última y la fuerza increíble para reconocerlo en los pobres y en los abandonados, a pesar de su frágil figura. La contemplación de Cristo en nuestra vida -como ya he dicho- no nos aleja de la realidad, sino que nos hace aún más partícipes de las vicisitudes humanas, porque el Señor, atrayéndonos hacia sí en la oración, nos permite hacernos presentes y cercanos a todos los hermanos en su amor. Gracias.

Sala Pablo VI. Miércoles, 20 de junio de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Nuestra oración con mucha frecuencia es petición de ayuda en las necesidades. Y es incluso normal para el hombre, porque necesitamos ayuda, tenemos necesidad de los demás, tenemos necesidad de Dios. De este modo, es normal para nosotros pedir algo a Dios, buscar su ayuda. Debemos tener presente que la oración que el Señor nos enseñó, el «Padre nuestro», es una oración de petición, y con esta oración el Señor nos enseña las prioridades de nuestra oración, limpia y purifica nuestros deseos, y así limpia y purifica nuestro corazón. Ahora bien, aunque de por sí es normal que en la oración pidamos algo, no debería ser exclusivamente así. También hay motivo para agradecer y, si estamos un poco atentos, vemos que de Dios recibimos muchas cosas buenas: es tan bueno con nosotros que conviene, es necesario darle gracias. Y debe ser también oración de alabanza: si nuestro corazón está abierto, a pesar de todos los problemas, también vemos la belleza de su creación, la bondad que se manifiesta en su creación. Por lo tanto, no sólo debemos pedir, sino también alabar y dar gracias: sólo de este modo nuestra oración es completa.

En sus Cartas, san Pablo no sólo habla de la oración, sino que además refiere oraciones ciertamente también

de petición, pero asimismo oraciones de alabanza y de bendición por lo que Dios ha realizado y sigue realizando en la historia de la humanidad.

Hoy quiero reflexionar sobre el primer capítulo de la *Carta a los Efesios*, que comienza precisamente con una oración, que es un himno de bendición, una expresión de acción de gracias, de alegría. San Pablo bendice a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, porque en él nos ha dado a «conocer el misterio de su voluntad» (*Ef* 1, 9). Realmente hay motivo para dar gracias a Dios porque nos da a conocer lo que está oculto: su voluntad respecto de nosotros; «el misterio de su voluntad». «*Mysterion*», «misterio»: un término que se repite a menudo en la *Sagrada Escritura* y en la liturgia. No quiero entrar ahora en la filología, pero en el lenguaje común indica lo que no se puede conocer, una realidad que no podemos aferrar con nuestra propia inteligencia. El himno que abre la *Carta a los Efesios* nos lleva de la mano hacia un significado más profundo de este término y de la realidad que nos indica. Para los creyentes, «misterio» no es tanto lo desconocido, sino más bien la voluntad misericordiosa de Dios, su designio de amor que se reveló plenamente en Jesucristo y nos brinda la posibilidad de «comprender con todos los santos lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo, y conocer el amor de Cristo» (*Ef* 3, 18-19). El «misterio desconocido» de Dios es revelado, y es que Dios nos ama, y nos ama desde el comienzo, desde la eternidad.

Reflexionemos un poco sobre esta solemne y profunda oración. «Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo» (*Ef* 1, 3). San Pablo usa el verbo «*euloghein*», que generalmente traduce el término hebreo «*barak*»: significa alabar, glorificar, dar gracias a Dios Padre como la fuente de los bienes de la salvación, como Aquel que «nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos» (*ib.*).

El Apóstol da gracias y alaba, pero reflexiona también sobre los motivos que impulsan al hombre a esta alabanza, a esta acción de gracias, presentando los elementos fundamentales del plan divino y sus etapas. Ante todo, debemos bendecir a Dios Padre porque -así escribe san Pablo- él «nos eligió en Cristo antes de la creación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por la caridad» (v. 4). Lo que nos hace santos e inmaculados es la caridad. Dios nos ha llamado a la existencia, a la santidad. Y esta elección es anterior incluso a la creación del mundo. Desde siempre estamos en su plan, en su pensamiento. Con el profeta Jeremías podemos afirmar también nosotros que antes de formarnos en el seno de nuestra madre, él ya nos conocía (cf. *Jr* 1, 5); y conociéndonos nos amó. La vocación a la santidad, es decir, a la comunión con Dios pertenece al plan eterno de este Dios, un plan que se extiende en la historia y comprende a todos los hombres y las mujeres del mundo, porque es una llamada univer-

sal. Dios no excluye a nadie; su proyecto es sólo de amor. San Juan Crisóstomo afirma: «Dios mismo nos ha hecho santos, pero nosotros estamos llamados a permanecer santos. Santo es aquel que vive en la fe» (*Homilías sobre la Carta a los Efesios*, I, 1, 4).

San Pablo continúa: Dios nos predestinó, nos eligió para ser «sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo», para ser incorporados en su Hijo unigénito. El Apóstol subraya la gratuidad de este maravilloso designio de Dios sobre la humanidad. Dios nos elige no porque seamos buenos, sino porque él es bueno. Y la antigüedad tenía una palabra sobre la bondad: *bonum est diffusivum sui*; el bien se comunica; el hecho de comunicarse, de extenderse, forma parte de la esencia del bien. De este modo, porque Dios es la bondad, es comunicación de bondad, quiere comunicarse. Él crea porque quiere comunicarnos su bondad y hacernos buenos y santos.

En el centro de la oración de bendición, el Apóstol ilustra el modo como se realiza el plan de salvación del Padre en Cristo, en su Hijo amado. Escribe: «En él, por su sangre, tenemos la redención, el perdón de los pecados, conforme a la riqueza de su gracia» (*Ef* 1, 7). El sacrificio de la cruz de Cristo es el acontecimiento único e irrepitible con el que el Padre nos ha mostrado de modo luminoso su amor, no sólo de palabra, sino de una manera concreta. Dios es tan concreto y su amor es

tan concreto que entra en la historia, se hace hombre para sentir qué significa, cómo se vive en este mundo creado, y acepta el camino de sufrimiento de la pasión, sufriendo incluso la muerte. Es tan concreto el amor de Dios que participa no sólo en nuestro ser, sino también en nuestro sufrir y morir. El sacrificio de la cruz hace que nos convirtamos en «propiedad de Dios», porque la sangre de Cristo nos ha rescatado de la culpa, nos lava del mal, nos libra de la esclavitud del pecado y de la muerte. San Pablo invita a considerar cuán profundo es el amor de Dios que transforma la historia, que ha transformado su misma vida de perseguidor de los cristianos en Apóstol incansable del Evangelio. Resuenan una vez más las palabras tranquilizadoras de la *Carta a los Romanos*: «Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él? (...) Pues yo estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (*Rm* 8, 31-32.38-39). Esta certeza -Dios está con nosotros, y ninguna criatura puede separarnos de él, porque su amor es más fuerte- debemos insertarla en nuestro ser, en nuestra conciencia de cristianos.

Por último, la bendición divina se concluye con la referencia al Espí-

ritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones, al Paráclito que hemos recibido como sello prometido: «Él -dice san Pablo- es la prenda de nuestra herencia, mientras llega la redención del pueblo de su propiedad, para alabanza de su gloria» (*Ef* 1, 14). La redención aún no ha concluido -lo percibimos-, sino que tendrá su pleno cumplimiento cuando sean totalmente salvados aquellos que Dios se ha adquirido. Nosotros estamos todavía en el camino de la redención, cuya realidad esencial la da la muerte y la resurrección de Jesús. Estamos en camino hacia la redención definitiva, hacia la plena liberación de los hijos de Dios. Y el Espíritu Santo es la certeza de que Dios llevará a cumplimiento su designio de salvación, cuando recapitulará «en Cristo, única cabeza, todas las cosas del cielo y de la tierra» (cf. *Ef* 1, 10). San Juan Crisóstomo comenta sobre este punto: «Dios nos ha elegido por la fe y ha impreso en nosotros el sello para la herencia de la gloria futura» (*Homilías sobre la Carta a los Efesios* 2, 11-14). Debemos aceptar que el camino de la redención es también nuestro camino, porque Dios quiere criaturas libres, que digan libremente sí. Pero es sobre todo y ante todo su camino. Estamos en sus manos, y ahora depende de nuestra libertad seguir el camino que él abrió. Vamos por este camino de la redención juntamente con Cristo, y sentimos que la redención se realiza.

La visión que nos presenta san Pablo en esta gran oración de bendición nos

ha llevado a contemplar la acción de las tres Personas de la Santísima Trinidad: el Padre, que nos eligió antes de la creación del mundo, nos pensó y creó; el Hijo que nos redimió mediante su sangre; y el Espíritu Santo, prenda de nuestra redención y de la gloria futura. En la oración constante, en la relación diaria con Dios, también nosotros, como san Pablo, aprendemos a descubrir cada vez más claramente los signos de este designio y de esta acción: en la belleza del Creador que se refleja en sus criaturas (cf. *Ef* 3, 9), como canta san Francisco de Asís: «Alabado seas, Señor mío, con todas tus criaturas» (*FF* 263). Es importante estar atentos precisamente ahora, también en el tiempo de vacaciones, a la belleza de la creación y a ver reflejarse en esa belleza el rostro de Dios. En su vida, los santos muestran de modo luminoso lo que puede hacer el poder de Dios en la debilidad del hombre. Y puede hacerlo también con nosotros. En toda la historia de la salvación, en la que Dios se ha hecho cercano a nosotros y espera con paciencia nuestros tiempos, comprende nuestras infidelidades, alienta nuestro compromiso y nos guía.

En la oración, aprendemos a ver los signos de este designio misericordioso en el camino de la Iglesia. Así crecemos en el amor de Dios, abriendo la puerta para que la Santísima Trinidad venga a poner su morada en nosotros, ilumine, caliente y guíe nuestra existencia. «El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él

y haremos morada en él» (Jn 14, 23), dice Jesús prometiendo a los discípulos el don del Espíritu Santo, que enseñará todas las cosas. San Ireneo dijo una vez que en la Encarnación el Espíritu Santo se acostumbró a estar en el hombre. En la oración debemos acostumbrarnos a estar con Dios. Esto es muy importante, que aprendamos a estar con Dios, y así veamos cuán hermoso es estar con él, que es la redención.

Queridos amigos, cuando la oración alimenta nuestra vida espiritual, nos volvemos capaces de conservar lo que san Pablo llama «el misterio de la fe» con una conciencia pura (cf. *1 Tm* 3, 9). La oración como modo de «acostumbrarnos» a estar junto con Dios, genera hombres y mujeres animados no por el egoísmo, por el deseo de poseer, por la sed de poder, sino por la gratuidad, por el deseo de amar, por la sed de servir, es decir, animados por Dios. Y sólo así se puede llevar luz en medio de la oscuridad del mundo.

Quiero concluir esta catequesis con el epílogo de la *Carta a los Romanos*. Con san Pablo, también nosotros damos gloria a Dios porque nos ha dicho todo de sí en Jesucristo y nos ha dado el Consolador, el Espíritu de la verdad. Escribe san Pablo al final de la *Carta a los Romanos*: «Al que puede consolidaros según mi Evangelio y el mensaje de Jesucristo que proclamo, conforme a la revelación del misterio mantenido en secreto durante siglos eternos y manifestado ahora mediante las Escri-

turas proféticas, dado a conocer según disposición del Dios eterno para que todas las gentes llegaran a la obediencia de la fe, a Dios, único Sabio, por Jesucristo, la gloria por los siglos de los siglos. Amén» (16, 25-27). Gracias.

Sala Pablo VI. Miércoles, 27 de junio de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Nuestra oración está hecha, como hemos visto los miércoles pasados, de silencios y palabra, de canto y gestos que implican a toda la persona: los labios, la mente, el corazón, todo el cuerpo. Es una característica que encontramos en la oración judía, especialmente en los Salmos. Hoy quiero hablar de uno de los cantos o himnos más antiguos de la tradición cristiana, que san Pablo nos presenta en el que, en cierto modo, es su testamento espiritual: la *Carta a los Filipenses*. Se trata de una *Carta* que el Apóstol dicta mientras se encuentra en la cárcel, tal vez en Roma. Siente próxima su muerte, pues afirma que su vida será ofrecida como sacrificio litúrgico (cf. *Flp* 2, 17).

A pesar de esta situación de grave peligro para su incolumidad física, san Pablo, en toda la *Carta*, manifiesta la alegría de ser discípulo de Cristo, de poder ir a su encuentro, hasta el punto de que no ve la muerte como una pérdida, sino como una ganancia. En

el último capítulo de la Carta hay una fuerte invitación a la alegría, característica fundamental del ser cristianos y de nuestra oración. San Pablo escribe: «Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos» (*Flp* 4, 4). Pero, ¿cómo puede alguien estar alegre ante una condena a muerte ya inminente? ¿De dónde, o mejor, de quién le viene a san Pablo la serenidad, la fuerza, la valentía de ir al encuentro del martirio y del derramamiento de su sangre?

Encontramos la respuesta en el centro de la *Carta a los Filipenses*, en lo que la tradición cristiana denomina *carmen Christo*, el canto a Cristo, o más comúnmente, «himno cristológico»; un canto en el que toda la atención se centra en los «sentimientos» de Cristo, es decir, en su modo de pensar y en su actitud concreta y vivida. Esta oración comienza con una exhortación: «Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús» (*Flp* 2, 5). Estos sentimientos se presentan en los versículos siguientes: el amor, la generosidad, la humildad, la obediencia a Dios, la entrega. No se trata sólo y sencillamente de seguir el ejemplo de Jesús, como una cuestión moral, sino de comprometer toda la existencia en su modo de pensar y de actuar. La oración debe llevar a un conocimiento y a una unión en el amor cada vez más profundos con el Señor, para poder pensar, actuar y amar como él, en él y por él. Practicar esto, aprender los sentimientos de Jesús, es el camino de la vida cristiana.

Ahora quiero reflexionar brevemente sobre algunos elementos de este denso canto, que resume todo el itinerario divino y humano del Hijo de Dios y abarca toda la historia humana: desde su ser de condición divina, hasta la encarnación, la muerte en cruz y la exaltación en la gloria del Padre está implícito también el comportamiento de Adán, el comportamiento del hombre desde el inicio. Este himno a Cristo parte de su ser «*en morphé tou Theou*», dice el texto griego, es decir, de su ser «en la forma de Dios», o mejor, en la condición de Dios. Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, no vive su «ser como Dios» para triunfar o para imponer su supremacía; no lo considera una posesión, un privilegio, un tesoro que guardar celosamente. Más aún, «se despojó de sí mismo», se vació de sí mismo asumiendo, dice el texto griego, la «*morphé doulou*», la «forma de esclavo», la realidad humana marcada por el sufrimiento, por la pobreza, por la muerte; se hizo plenamente semejante a los hombres, excepto en el pecado, para actuar como siervo completamente entregado al servicio de los demás. Al respecto, Eusebio de Cesarea, en el siglo iv, afirma: «Tomó sobre sí mismo las pruebas de los miembros que sufren. Hizo tuyas nuestras humildes enfermedades. Sufrió y padeció por nuestra causa y lo hizo por su gran amor a la humanidad» (*La demostración evangélica*, 10, 1, 22). San Pablo prosigue delineando el cuadro «histórico» en el que se realizó este abajamiento de Jesús: «Se humilló a sí mismo,

hecho obediente hasta la muerte» (*Flp* 2, 8). El Hijo de Dios se hizo verdaderamente hombre y recorrió un camino en la completa obediencia y fidelidad a la voluntad del Padre hasta el sacrificio supremo de su vida. El Apóstol especifica más aún: «hasta la muerte, y una muerte de cruz». En la cruz Jesucristo alcanzó el máximo grado de la humillación, porque la crucifixión era el castigo reservado a los esclavos y no a las personas libres: «*mors turpissima crucis*», escribe Cicerón (cf. *In Verrem*, v, 64, 165).

En la cruz de Cristo el hombre es redimido, y se invierte la experiencia de Adán: Adán, creado a imagen y semejanza de Dios, pretendió ser como Dios con sus propias fuerzas, ocupar el lugar de Dios, y así perdió la dignidad originaria que se le había dado. Jesús, en cambio, era «de condición divina», pero se humilló, se sumergió en la condición humana, en la fidelidad total al Padre, para redimir al Adán que hay en nosotros y devolver al hombre la dignidad que había perdido. Los Padres subrayan que se hizo obediente, restituyendo a la naturaleza humana, a través de su humanidad y su obediencia, lo que se había perdido por la desobediencia de Adán.

En la oración, en la relación con Dios, abrimos la mente, el corazón, la voluntad a la acción del Espíritu Santo para entrar en esa misma dinámica de vida, como afirma san Cirilo de Alejandría, cuya fiesta celebramos

hoy: «La obra del Espíritu Santo busca transformarnos por medio de la gracia en la copia perfecta de su humillación» (*Carta Festal 10*, 4). La lógica humana, en cambio, busca con frecuencia la realización de uno mismo en el poder, en el dominio, en los medios potentes. El hombre sigue queriendo construir con sus propias fuerzas la torre de Babel para alcanzar por sí mismo la altura de Dios, para ser como Dios. La Encarnación y la cruz nos recuerdan que la realización plena está en la conformación de la propia voluntad humana a la del Padre, en vaciarse del propio egoísmo, para llenarse del amor, de la caridad de Dios y así llegar a ser realmente capaces de amar a los demás. El hombre no se encuentra a sí mismo permaneciendo cerrado en sí mismo, afirmándose a sí mismo. El hombre sólo se encuentra saliendo de sí mismo. Sólo si salimos de nosotros mismos nos reencontramos. Adán quiso imitar a Dios, cosa que en sí misma no está mal, pero se equivocó en la idea de Dios. Dios no es alguien que sólo quiere grandeza. Dios es amor que ya se entrega en la Trinidad y luego en la creación. Imitar a Dios quiere decir salir de sí mismo, entregarse en el amor.

En la segunda parte de este «himno cristológico» de la *Carta a los Filipenses*, cambia el sujeto; ya no es Cristo, sino Dios Padre. San Pablo pone de relieve que, precisamente por la obediencia a la voluntad del Padre, «Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre sobre todo nombre» (*Flp* 2, 9-10).

Aquel que se humilló profundamente asumiendo la condición de esclavo, es exaltado, elevado sobre todas las cosas por el Padre, que le da el nombre de «Kyrios», «Señor», la suprema dignidad y señorío. Ante este nombre nuevo, que es el nombre mismo de Dios en el Antiguo Testamento, «toda rodilla se doble en el cielo y en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre» (vv. 10-11). El Jesús que es exaltado es el de la última Cena, que se despoja de sus vestiduras, se ata una toalla, se inclina a lavar los pies a los Apóstoles y les pregunta: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros» (Jn 13, 12-14). Es importante recordar siempre en nuestra oración y en nuestra vida que «el ascenso a Dios se produce precisamente en el descenso del servicio humilde, en el descenso del amor, que es la esencia de Dios y, por eso, la verdadera fuerza purificadora que capacita al hombre para percibir y ver a Dios» (*Jesús de Nazaret*, Madrid 2007, p. 124).

El himno de la *Carta a los Filipenses* nos ofrece aquí dos indicaciones importantes para nuestra oración. La primera es la invocación «Señor» dirigida a Jesucristo, sentado a la derecha del Padre: él es el único Señor de nuestra vida, en medio de tantos «dominadores» que la quieren dirigir y guiar. Por

ello, es necesario tener una escala de valores en la que el primado corresponda a Dios, para afirmar con san Pablo: «Todo lo considero pérdida comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor» (*Flp* 3, 8). El encuentro con el Resucitado le hizo comprender que él es el único tesoro por el cual vale la pena gastar la propia existencia.

La segunda indicación es la prostración, el «doblar de toda rodilla» en la tierra y en el cielo, que remite a una expresión del profeta Isaías, donde indica la adoración que todas las criaturas deben a Dios (cf. 45, 23). La genuflexión ante el Santísimo Sacramento o el ponerse de rodillas durante la oración expresan precisamente la actitud de adoración ante Dios, también con el cuerpo. De ahí la importancia de no realizar este gesto por costumbre o de prisa, sino con profunda consciencia. Cuando nos arrodillamos ante el Señor confesamos nuestra fe en él, reconocemos que él es el único Señor de nuestra vida.

Queridos hermanos y hermanas, en nuestra oración fijemos nuestra mirada en el Crucificado, detengámonos con mayor frecuencia en adoración ante la Eucaristía, para que nuestra vida entre en el amor de Dios, que se abajó con humildad para elevarnos hasta él. Al comienzo de la catequesis nos preguntamos cómo podía alegrarse san Pablo ante el riesgo inminente del martirio y del derramamiento de su sangre.

Esto sólo es posible porque el Apóstol nunca apartó su mirada de Cristo, hasta llegar a ser semejante a él en la muerte, «con la esperanza de llegar a la resurrección de entre los muertos» (*Flp* 3, 11). Como san Francisco ante el crucifijo, digamos también noso-

tros: Altísimo, glorioso Dios, ilumina las tinieblas de mi corazón. Dame una fe recta, una esperanza cierta y una caridad perfecta, juicio y discernimiento para cumplir tu verdadera y santa voluntad. Amén (cf. *Oración ante el Crucifijo*: FF [276]).

DISCURSOS

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los participantes en la reunión de Renovación en el Espíritu

Plaza de San Pedro. Sábado, 26 de mayo de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Con gran alegría, os acoyo con ocasión del cuadragésimo aniversario del nacimiento de la Renovación en el Espíritu Santo en Italia, expresión del movimiento de renovación carismática más amplio que recorrió la Iglesia católica tras el concilio ecuménico Vaticano II. Os saludo a todos con afecto, comenzando por el presidente nacional, a quien agradezco las amables palabras, llenas de Espíritu, que me ha dirigido en nombre de todos vosotros. Saludo al consejero espiritual, a los miembros del comité y del consejo, a los responsables y a los animadores de los grupos y de las comunidades esparcidas por Italia. En esta peregrinación vuestra, que os ofrece la oportunidad de orar ante la

tumba de san Pedro, podéis fortalecer vuestra fe, crecer en el testimonio cristiano y afrontar sin temor, guiados por el Espíritu Santo, las exigentes tareas de la nueva evangelización.

Me alegra encontrarme con vosotros en la víspera de Pentecostés, fiesta fundamental para la Iglesia y tan significativa para vuestro movimiento, y os exhorto a acoger el amor de Dios que se comunica a nosotros mediante el don del Espíritu Santo, principio unificador de la Iglesia. En estas décadas -cuarenta años- os habéis esforzado por dar vuestra aportación específica a la extensión del reino de Dios y a la edificación de la comunidad cristiana, alimentando la comunión con el Sucesor de Pedro, con los pastores y con toda la Iglesia. De varias maneras habéis afirmado la primacía de Dios, a quien se dirige siempre y sumamente nuestra adoración. Y habéis procurado proponer esta experiencia a las nuevas generaciones, mostrando la alegría de la vida nueva en el Espíritu a través de

una amplia obra de formación y múltiples actividades vinculadas a la nueva evangelización y a la *missio ad gentes*. Vuestra obra apostólica ha contribuido así al crecimiento de la vida espiritual en el tejido eclesial y social italiano mediante caminos de conversión que han llevado a muchas personas a sanarse en profundidad por el amor de Dios, y a muchas familias a superar momentos de crisis. En vuestros grupos no han faltado jóvenes que generosamente han respondido a la vocación de especial consagración a Dios en el sacerdocio o en la vida consagrada. Por todo ello, os doy gracias a vosotros y al Señor.

Queridos amigos, seguid testimoniando la alegría de la fe en Cristo, la belleza de ser discípulos de Jesús, el poder del amor que su Evangelio difunde en la historia, así como la incomparable gracia que cada creyente puede experimentar en la Iglesia con la práctica santificante de los sacramentos y el ejercicio humilde y desinteresado de los carismas, que, como dice san Pablo, se han de utilizar siempre para el bien común. No cedáis a la tentación de la mediocridad y de la rutina. Cultivad en el alma deseos elevados y generosos. Haced vuestros los pensamientos, los sentimientos y las acciones de Jesús. Sí, el Señor llama a cada uno de vosotros a ser colaborador infatigable de su proyecto de salvación que cambia los corazones; os necesita también a vosotros para hacer de vuestras familias, de vuestras comunidades y de vuestras ciudades lugares de amor y de esperanza.

En la sociedad actual, vivimos una situación en ciertos aspectos precaria, caracterizada por la inseguridad y la fragmentación de las opciones. A menudo faltan puntos de referencia válidos en los que inspirar la propia existencia. Por lo tanto, se hace cada vez más importante construir el edificio de la vida y el conjunto de las relaciones sociales sobre la roca firme de la Palabra de Dios, dejándose guiar por el Magisterio de la Iglesia. Se comprende cada vez más el valor determinante de la afirmación de Jesús, que dice: «El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y descargaron contra la casa; pero no se hundió, porque estaba cimentada sobre roca» (Mt 7, 24-25).

El Señor está con nosotros, actúa con la fuerza de su Espíritu. Nos invita a crecer en la confianza y en el abandono a su voluntad, en la fidelidad a nuestra vocación y en el compromiso de ser adultos en la fe, en la esperanza y en la caridad. Adulto, según el Evangelio, no es quien no está sometido a nadie y no necesita de nadie. Adulto, o sea, maduro y responsable, puede ser sólo quien se hace pequeño, humilde y siervo ante Dios, y quien no sigue simplemente los vientos del tiempo. Por ello, es necesario formar las conciencias a la luz de la Palabra de Dios, y dar así firmeza y madurez verdadera; Palabra de Dios de la que obtiene sen-

tido e impulso todo proyecto eclesial y humano, también en lo relativo a la edificación de la ciudad terrena (cf. *Sal* 127, 1). Es necesario renovar el alma de las instituciones y fecundar la historia con semillas de vida nueva.

Actualmente los creyentes están llamados a un testimonio de fe convencido, sincero y creíble, íntimamente unido al compromiso de la caridad. A través de la caridad, de hecho, incluso personas lejanas o indiferentes al mensaje del Evangelio logran acercarse a la verdad y convertirse al amor misericordioso del Padre celestial. Al respecto expreso satisfacción por cuanto hacéis por difundir una «cultura de Pentecostés» en los ambientes sociales, proponiendo una animación espiritual con iniciativas a favor de quienes sufren situaciones de malestar y marginación. Pienso en particular en vuestra obra a favor del renacimiento espiritual y material de los detenidos y de los ex detenidos; pienso en el «Polo de excelencia de la promoción humana y de la solidaridad Mario y Luigi Sturzo» en Caltagirone; así como en el «Centro internacional para la familia» en Nazaret, cuya primera piedra tuve la alegría de bendecir. Proseguid en vuestro compromiso por la familia, lugar imprescindible de educación en el amor y en el sacrificio de uno mismo.

Queridos amigos de la Renovación en el Espíritu Santo, no os canséis de dirigirlos al cielo: el mundo tiene ne-

cesidad de oración. Hacen falta hombres y mujeres que sientan la atracción del cielo en su vida, que hagan de la alabanza al Señor un estilo de vida nueva. Y sed cristianos alegres. Os encomiendo a todos a María santísima, presente en el Cenáculo en el acontecimiento de Pentecostés. Perseverad con ella en la oración, caminad guiados por la luz del Espíritu Santo viviendo y proclamando el anuncio de Cristo. Que os acompañe la bendición apostólica que con afecto os imparto, extendiéndola a todos los miembros y a vuestros familiares. Gracias.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a la Pontificia Academia Eclesiástica***

Lunes 11 de junio de 2012

*Venerado Hermano en el Episcopado,
queridos Sacerdotes:*

Doy las gracias, antes de nada, a Monseñor Beniamino Stella por las amables palabras que me ha dirigido en nombre de todos, así como también por el precioso servicio que realiza. Saludo con gran afecto a toda la comunidad de la Pontificia Academia Eclesiástica. Me complace recibirlos también este año, en el momento en que se concluyen las clases y, para algunos de vosotros, se acerca el día de partir para el servicio en las Representaciones Pontificias esparcidas por

todo el mundo. El Papa cuenta con vosotros, para ayudarle en el desarrollo de su ministerio universal. Os invito a no tener temor, preparándoos con diligencia y seriedad a la misión que os espera, confiando en la fidelidad de Aquel que desde siempre os conoce y os ha llamado a la comunión con su Hijo Jesucristo (cf. *1 Co* 1,9).

La fidelidad de Dios es la clave y la fuente de nuestra fidelidad. Hoy quisiera llamar vuestra atención precisamente sobre esta virtud, que expresa muy bien el vínculo especial entre el Papa y sus directos colaboradores, tanto en la Curia Romana como en las Representaciones Pontificias: un vínculo que para muchos tiene su raíz en el carácter sacerdotal del que están investidos, y se especifica después en la peculiar misión confiada a cada uno en el servicio al Sucesor de Pedro.

En el contexto bíblico, la fidelidad es sobre todo un atributo divino: Dios se nos da a conocer como Aquel que es fiel para siempre a la alianza que ha establecido con su pueblo, no obstante la infidelidad de éste. En su fidelidad, Dios garantiza el cumplimiento de su plan de amor, y por esto es también digno de fe y veraz. Es esta actitud divina la que crea en el hombre la posibilidad de ser, a su vez, fiel. Aplicada al hombre, la virtud de la fidelidad está profundamente unida al don sobrenatural de la fe, llegando a ser expresión de la solidez que caracteriza a quien ha

puesto en Dios el fundamento de toda su vida. En la fe encontramos de hecho la única garantía de nuestra estabilidad (cf. *Is* 7,9b), y sólo a partir de ella podemos también nosotros ser verdaderamente fieles: en primer lugar con respecto a Dios, después hacia su familia, la Iglesia, que es madre y maestra, y en ella a nuestra vocación, a la historia en la que el Señor nos ha injertado.

Queridos amigos, en esta óptica os animo a vivir el vínculo personal con el Vicario de Cristo como parte de vuestra espiritualidad. Se trata, ciertamente, de un elemento característico de todo católico, y más aún de todo sacerdote. Sin embargo, para los que trabajan en la Santa Sede adquiere un carácter particular, desde el momento que ellos ponen al servicio del Sucesor de Pedro buena parte de sus propias energías, su tiempo y su ministerio cotidiano. Se trata de una grave responsabilidad, pero también de un don especial, que con el tiempo va desarrollando un vínculo afectivo con el Papa, de confianza interior, un *idem sentire* natural, que se expresa justamente con la palabra «fidelidad».

Y desde la fidelidad a Pedro, que os envía, deriva también una especial fidelidad hacia aquellos a los cuales sois enviados: de hecho, se pide a los Representantes del Romano Pontífice, y a sus colaboradores, de hacerse intérpretes de su solicitud por todas las Iglesias, así como de la cercanía y afecto con el que sigue el camino de

cada pueblo. Debéis, por tanto, alimentar una relación de profunda estima y benevolencia, incluso diría de verdadera amistad, hacia las Iglesias y las comunidades a las cuales seréis enviados. También hacia ellas tenéis un deber de fidelidad, que se concreta en la dedicación asidua al trabajo cotidiano, en la presencia en medio de ellas en los momentos alegres y tristes, a veces incluso dramáticos de su historia, en la adquisición de un conocimiento profundo de su cultura, del camino eclesial, en el saber apreciar todo lo que la gracia divina ha obrado en cada pueblo y nación.

Se trata de una preciosa ayuda para el ministerio petrino, sobre el que el siervo de Dios Pablo VI decía lo siguiente: «El Pastor Eterno, al confiar a su Vicario la potestad de las llaves y constituirlo piedra y fundamento de su Iglesia, le confió también el mandato de “confirmar a los hermanos”: esto no se verifica solamente cuando los guía o los mantiene unidos en su nombre, sino también cuando los sostiene y conforta, ciertamente con su palabra, pero de alguna manera también con su presencia» (Carta apos. *Sollicitudo omnium ecclesiarum*, 24 junio 1969: AAS 61 (1969) 473-474).

De esta forma, animaréis y estimularéis también a las Iglesias particulares a crecer en fidelidad al Romano Pontífice, y a encontrar en el principio de comunión con la Iglesia universal una orientación segura para su

propia peregrinación en la historia. Y, no por último, ayudaréis al Sucesor de Pedro a ser fiel a la misión recibida de Cristo, permitiéndole conocer más de cerca la grey que se le ha confiado y hacerse presente en ella por medio de su palabra, su cercanía y su afecto. Pienso en este momento con gratitud en la ayuda que recibo cotidianamente de muchos colaboradores de la Curia Romana y de las Representaciones Pontificias, como también en el apoyo que me llega de la oración de innumerables hermanos y hermanas de todo el mundo.

Queridos amigos, en la medida en que seáis fieles, seréis también dignos de fe. Sabemos por otra parte que la fidelidad que se vive en la Iglesia y en la Santa Sede no es una lealtad «ciega», porque está iluminada por la fe en Aquel que ha dicho: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (*Mt* 16,18). Comprometámonos todos en este camino, para que un día escuchemos las palabras de la parábola evangélica dirigidas a nosotros: «Siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu señor» (cf. *Mt* 25,21).

Con estos sentimientos, renuevo a Monseñor Presidente, a sus colaboradores, a las Hermanas Franciscanas Misioneras del Niño Jesús y a la toda la comunidad de la Pontificia Academia Eclesiástica mi saludo afectuoso, al mismo tiempo que os bendigo de corazón.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los Capellanes y Agentes de
Pastoral de las capellanías de la
aviación civil***

Lunes 11 de junio de 2012

*Señor Cardenal, Queridos capellanes
y agentes de pastoral de la aviación civil,
Queridos hermanos y hermanas*

Me es grato recibiros en la apertura del XV Seminario mundial de capellanes católicos y miembros de las capellanías de la aviación civil, promovido por el Consejo Pontificio de la Pastoral de los emigrantes e itinerantes, sobre el tema «La nueva evangelización en el mundo de la aviación civil». Saludo cordialmente al Presidente del Dicasterio, el Cardenal Antonio María Vegliò, y le agradezco las palabras que me ha dirigido. Y os saludo con afecto a todos vosotros, que participáis en estas jornadas de oración, estudio e intercambio para reafirmar y profundizar en los motivos espirituales que os impulsan a llevar adelante con entusiasmo y renovado celo vuestro peculiar servicio eclesial.

Me ha alegrado saber que, en ese Seminario, con la ayuda de relatores destacados, queréis reflexionar sobre nuevos modos y expresiones de la obra de evangelización en el ámbito en el que desarrolláis vuestro ministerio. Queridos amigos, sed siempre conscientes de estar llamados a hacer presente en los aeropuertos del mundo la misma

misión de la Iglesia, que es llevar a Dios al hombre y guiar al hombre al encuentro con Dios. Y los aeropuertos son lugares que reflejan cada vez más la realidad globalizada de nuestro tiempo. En ellos se encuentran personas diferentes por nacionalidad, cultura, religión, nivel social y edad, pero se encuentran también situaciones humanas muy distintas y nada fáciles, que requieren siempre una mayor atención; pienso, por ejemplo, en quienes viven una espera llena de angustia en el intento de transitar sin los documentos necesarios, como los emigrantes o los que solicitan asilo; pienso en los engorros ocasionados por las medidas para contrarrestar los atentados terroristas. Además, también en las comunidades de los aeropuertos se refleja la crisis de fe que afecta a muchos; los contenidos de la doctrina cristiana y los valores que esta enseña, ya no son considerados como puntos de referencia, incluso en los países que tienen una larga tradición de vida eclesial. Éste es el contexto humano y espiritual en el que estáis llamados a anunciar con renovado vigor la Buena Nueva, con la palabra, con vuestra presencia, con vuestro ejemplo y vuestro testimonio, bien conscientes de que, aun en los encuentros casuales, la gente sabe reconocer un hombre de Dios y que, con frecuencia, hasta una pequeña semilla en una tierra bien dispuesta puede germinar y producir frutos abundantes.

Además, en los aeródromos tenéis la posibilidad de entrar en contacto cada

día con muchas personas, hombres y mujeres, que trabajan en un ambiente en el que tanto la continua movilidad como la tecnología constantemente en progreso, amenazan con oscurecer la centralidad que debe tener el ser humano; a menudo se da mayor atención a la eficiencia y a la productividad en detrimento del amor al prójimo y de la solidaridad, que, sin embargo, han de caracterizar siempre las relaciones humanas. También en esto es importante y preciosa vuestra presencia: es un testimonio vivo de un Dios cercano al hombre; y es una llamada a no quedarse nunca indiferentes ante quien se encuentra, sino a tratarlo con disponibilidad y con amor. Os animo a ser un signo luminoso de esta caridad de Cristo, que da serenidad y paz.

Queridos amigos, preocuparos de que cada persona, cualquiera que sea su nacionalidad o condición social, encuentre en vosotros un corazón acogedor, capaz de escuchar y comprender. Que todos puedan experimentar mediante vuestra vida cristiana y sacerdotal el amor que proviene de Dios, para que cada uno sea impulsado a una relación renovada y profunda con Cristo, que nunca deja de hablar a cuantos se abren a él con confianza, especialmente en la oración. De aquí la importancia de las capillas en los aeropuertos, como lugares de silencio y sosiego espiritual.

En vuestro servicio pastoral, tenéis como modelo y protectora a la Santísima Virgen, que veneráis con el título

de Nuestra Señora de Loreto, patrona de todos los que viajan en avión, haciendo referencia a la tradición que atribuye a los ángeles el traslado de la casa de María de Nazaret a Loreto. Pero hay otro «vuelo» del que la casa de María es testigo, y mucho más significativo para toda la humanidad: el del arcángel Gabriel, que llevó a María el gozoso anuncio de que sería la Madre del Hijo del Altísimo (cf. *Lc* 1,26-32). Así, el Eterno ha entrado en el tiempo, Dios se ha hecho hombre y ha venido a habitar entre nosotros (cf. *Jn* 1,14). Es la manifestación del amor infinito de Dios por su criatura. Dios ha enviado a su Hijo, Jesucristo, cuando éramos aún pecadores, para redimirnos con su muerte y resurrección. No se ha quedado en «lo alto del cielo», sino que se ha sumido en las alegrías y las penas de los hombres de su tiempo y de todos los tiempos, compartiendo su suerte y devolviéndoles la esperanza.

Esta es la misión de la Iglesia: anunciar a Jesucristo, único salvador del mundo, «misión – como decía el Siervo de Dios, el Papa Pablo VI – que los cambios amplios y profundos de la sociedad actual hacen cada vez más urgente» (Exhort. ap., *Evangelii nuntiandi*, 14). En efecto, también en nuestros días «notamos la urgencia de promover, con nueva fuerza y modalidades renovadas, la obra de evangelización en un mundo en el que la desaparición de las fronteras y los nuevos procesos de globalización acercan aún más las personas y los pueblos, tanto por el desarrollo de los medios de

comunicación como por la frecuencia y la facilidad con que se llevan a cabo los desplazamientos de individuos y de grupo» (*Mensaje para la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado 2012*).

Queridos hermanos, que el encuentro cotidiano con el Señor Jesús en la celebración eucarística y en la oración personal os dé el entusiasmo y la fuerza de anunciar la novedad evangélica, que transforma los corazones y hace nuevas todas las cosas. Os aseguro mi recuerdo en la oración, para que seáis instrumento eficaz en la ayuda a las personas confiadas a vuestros cuidados pastorales a cruzar la «*porta fidei*», acompañándolas en el encuentro con Cristo vivo y operante entre nosotros. Con estos deseos, os imparto complacido la Bendición Apostólica, que hago extensiva a los que comparten vuestro ministerio, y a quienes forman parte del vasto mundo de la aviación civil.

**“*Lectio Divina*” del Papa, Benedicto XVI,
en la Asamblea Eclesial de la
Diócesis de Roma**

Basilica de San Juan de Letrán. Lunes, 11 de junio de 2012

Eminencia, queridos hermanos en el sacerdocio y en el episcopado, queridos hermanos y hermanas:

Para mí es una gran alegría estar aquí, en la catedral de Roma con los

representantes de mi diócesis, y agradezco de corazón al cardenal vicario sus buenas palabras.

Hemos escuchado que las últimas palabras del Señor a sus discípulos en esta tierra fueron: «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (*Mt 28, 19*). Haced discípulos y bautizad. ¿Por qué a los discípulos no les basta conocer las doctrinas de Jesús, conocer los valores cristianos? ¿Por qué es necesario estar bautizados? Este es el tema de nuestra reflexión, para comprender la realidad, la profundidad del sacramento del Bautismo.

Una primera puerta se abre si leemos atentamente estas palabras del Señor. La elección de la palabra «en el nombre del Padre» en el texto griego es muy importante: el Señor dice «*eis*» y no «*en*», es decir, no «*en* nombre» de la Trinidad, como nosotros decimos que un vicedirector habla «en nombre» del director, o un embajador habla «en nombre» del Gobierno. No; dice: «*eis to onoma*», o sea, una inmersión en el nombre de la Trinidad, ser insertados en el nombre de la Trinidad, una inter-penetración del ser de Dios y de nuestro ser, un ser inmerso en el Dios Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, como en el matrimonio, por ejemplo, dos personas llegan a ser una carne, convirtiéndose en una nueva y única realidad, con un nuevo y único nombre.

El Señor, en su conversación con los saduceos sobre la resurrección, nos ha ayudado a comprender aún mejor esta realidad. Los saduceos, del canon del Antiguo Testamento, reconocían sólo los cinco libros de Moisés, y en ellos no aparece la resurrección; por eso la negaban. El Señor, partiendo precisamente de estos cinco libros, demuestra la realidad de la resurrección y dice: ¿No sabéis que Dios se llama Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob? (cf. *Mt* 22, 31-32). Así pues, Dios toma a estos tres y precisamente en su nombre se convierten en *el* nombre de Dios. Para comprender quién es este Dios se deben ver estas personas que se han convertido en el nombre de Dios, en un nombre de Dios: están inmersas en Dios. Así vemos que quien está en el nombre de Dios, quien está inmerso en Dios, está vivo, porque Dios -dice el Señor- no es un Dios de muertos, sino de vivos; y si es Dios de estos, es Dios de vivos; los vivos están vivos porque están en la memoria, en la vida de Dios. Y precisamente esto sucede con nuestro Bautismo: somos insertados en el nombre de Dios, de forma que pertenecemos a este nombre y su nombre se transforma en nuestro nombre, y también nosotros, con nuestro testimonio -como los tres del Antiguo Testamento-, podremos ser testigos de Dios, signo de quién es este Dios, nombre de este Dios.

Por tanto, estar bautizados quiere decir estar unidos a Dios; en una existencia única y nueva pertenecemos a Dios,

estamos inmersos en Dios mismo. Pensando en esto, podemos ver inmediatamente algunas consecuencias.

La primera es que para nosotros Dios ya no es un Dios muy lejano, no es una realidad para discutir -si existe o no existe-, sino que nosotros estamos en Dios y Dios está en nosotros. La prioridad, la centralidad de Dios en nuestra vida es una primera consecuencia del Bautismo. A la pregunta: «¿Existe Dios?», la respuesta es: «Existe y está con nosotros; es fundamental en nuestra vida esta cercanía de Dios, este estar en Dios mismo, que no es una estrella lejana, sino el ambiente de mi vida». Esta sería la primera consecuencia y, por tanto, debería decirnos que nosotros mismos debemos tener en cuenta esta presencia de Dios, vivir realmente en su presencia.

Una segunda consecuencia de lo que he dicho es que nosotros no nos hacemos cristianos. Llegar a ser cristiano no es algo que deriva de una decisión mía: «Yo ahora me hago cristiano». Ciertamente, también mi decisión es necesaria, pero es sobre todo una acción de Dios conmigo: no soy yo quien me hago cristiano, yo soy asumido por Dios, tomado de la mano por Dios y, así, diciendo «sí» a esta acción de Dios, llego a ser cristiano. Llegar a ser cristianos, en cierto sentido, es *pasivo*: yo no me hago cristiano, sino que Dios me hace un hombre suyo, Dios me toma de la mano y realiza mi vida en una nueva dimensión. Como yo no

me doy la vida, sino que la vida me es dada; nací no porque yo me hice hombre, sino que nací porque me fue dado el ser humano. Así también el ser cristiano me es dado, es un *pasivo* para mí, que se transforma en un *activo* en nuestra vida, en mi vida. Y este hecho del pasivo, de no hacerse cristianos por sí mismos, sino de ser hechos cristianos por Dios, implica ya un poco el misterio de la cruz: sólo puedo ser cristiano muriendo a mi egoísmo, saliendo de mí mismo.

Un tercer elemento que destaca de inmediato en esta visión es que, naturalmente, al estar inmerso en Dios, estoy unido a los hermanos y a las hermanas, porque todos los demás están en Dios, y si yo soy sacado de mi aislamiento, si estoy inmerso en Dios, estoy inmerso en la comunión con los demás. Ser bautizados nunca es un acto «mío» solitario, sino que siempre es necesariamente un estar unido con todos los demás, un estar en unidad y solidaridad con todo el Cuerpo de Cristo, con toda la comunidad de sus hermanos y hermanas. Este hecho de que el Bautismo me inserta en comunidad rompe mi aislamiento. Debemos tenerlo presente en nuestro ser cristianos.

Y, por último, volvamos a las palabras de Cristo a los saduceos: «Dios es el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob» (cf. *Mt* 22, 32); por consiguiente, estos no están muertos; si son de Dios están vivos. Quiere decir que con el Bautismo, con la inmersión en el

nombre de Dios, también nosotros ya estamos inmersos en la vida inmortal, estamos vivos para siempre. Con otras palabras, el Bautismo es una primera etapa de la Resurrección: inmersos en Dios, ya estamos inmersos en la vida indestructible, comienza la Resurrección. Como Abrahán, Isaac y Jacob por ser «nombre de Dios» están vivos, así también nosotros, insertados en el nombre de Dios, estamos vivos en la vida inmortal. El Bautismo es el primer paso de la Resurrección, es entrar en la vida indestructible de Dios.

Así, en un primer momento, con la fórmula bautismal de san Mateo, con las últimas palabras de Cristo, ya hemos visto un poco lo esencial del Bautismo. Ahora veamos el rito sacramental, para poder comprender aún más precisamente qué es el Bautismo.

Este rito, como el rito de casi todos los sacramentos, se compone de dos elementos: materia -agua- y palabra. Esto es muy importante. El cristianismo no es algo puramente espiritual, algo solamente subjetivo, del sentimiento, de la voluntad, de ideas, sino que es una realidad cósmica. Dios es el Creador de toda la materia, la materia entra en el cristianismo, y sólo somos cristianos en este gran contexto de materia y espíritu juntos. Por consiguiente, es muy importante que la materia forme parte de nuestra fe, que el cuerpo forme parte de nuestra fe; la fe no es puramente espiritual, sino que Dios nos inserta así en toda la realidad del cosmos y trans-

forma el cosmos, lo atrae hacia sí. Y con este elemento material -el agua- no sólo entra un elemento fundamental del cosmos, una materia fundamental creada por Dios, sino también todo el simbolismo de las religiones, porque en todas las religiones el agua tiene un significado. El camino de las religiones, esta búsqueda de Dios de diversas maneras -también equivocadas, pero siempre búsqueda de Dios- es asumida en el Sacramento. Las otras religiones, con su camino hacia Dios, están presentes, son asumidas, y así se hace la síntesis del mundo; toda la búsqueda de Dios que se expresa en los símbolos de las religiones, y sobre todo -naturalmente- el simbolismo del Antiguo Testamento, que así, con todas sus experiencias de salvación y de bondad de Dios, se hace presente. Volveremos sobre este punto.

El otro elemento es la palabra, y esta palabra se presenta en tres elementos: renunciaciones, promesas e invocaciones. Es importante, por tanto, que estas palabras no sean sólo palabras, sino también camino de vida. En ellas se realiza una decisión; en estas palabras está presente todo nuestro camino bautismal, tanto el pre-bautismal como el post-bautismal; por consiguiente, con estas palabras, y también con los símbolos, el Bautismo se extiende a toda nuestra vida. Esta realidad de las promesas, de las renunciaciones y de las invocaciones es una realidad que dura toda nuestra vida, porque siempre estamos en camino bautismal, en camino catecumenal,

a través de estas palabras y de la realización de estas palabras. El sacramento del Bautismo no es un acto de «ahora», sino una realidad de toda nuestra vida, es un camino de toda nuestra vida. En realidad, detrás está también la doctrina de los dos caminos, que era fundamental en el primer cristianismo: un camino al que decimos «no» y un camino al que decimos «sí».

Comencemos por la primera parte, las renunciaciones. Son tres y tomo ante todo la segunda: «¿Renunciáis a todas las seducciones del mal para que no domine en vosotros el pecado?». ¿Qué son estas seducciones del mal? En la Iglesia antigua, e incluso durante siglos, aquí se decía: «¿Renunciáis a la pompa del diablo?», y hoy sabemos qué se entendía con esta expresión «pompa del diablo». La pompa del diablo eran sobre todo los grandes espectáculos sangrientos, en los que la crueldad se transforma en diversión, en los que matar hombres se convierte en un espectáculo: la vida y la muerte de un hombre transformadas en espectáculo. Estos espectáculos sangrientos, esta diversión del mal es la «pompa del diablo», donde se presenta con aparente belleza y, en realidad, se muestra con toda su crueldad. Pero más allá de este significado inmediato de la expresión «pompa del diablo», se quería hablar de un tipo de cultura, de una *way of life*, de un estilo de vida, en el que no cuenta la verdad sino la apariencia, no se busca la verdad sino el efecto, la sensación, y, bajo el pretexto de la verdad, en realidad se destruyen

hombres, se quiere destruir y considerarse sólo a sí mismos vencedores. Por lo tanto, esta renuncia era muy real: era la renuncia a un tipo de cultura que es una anticultura, contra Cristo y contra Dios. Se optaba contra una cultura que, en el Evangelio de san Juan, se llama «*kosmos houtos*», «este mundo». Con «este mundo», naturalmente, Juan y Jesús no hablan de la creación de Dios, del hombre como tal, sino que hablan de una cierta criatura que es dominante y se impone como si fuera *este* el mundo, y como si fuera este el estilo de vida que se impone. Dejo ahora a cada uno de vosotros reflexionar sobre esta «pompa del diablo», sobre esta cultura a la que decimos «no». Estar bautizados significa sustancialmente emanciparse, liberarse de esta cultura. También hoy conocemos un tipo de cultura en la que no cuenta la verdad; aunque aparentemente se quiere hacer aparecer toda la verdad, cuenta sólo la sensación y el espíritu de calumnia y de destrucción. Una cultura que no busca el bien, cuyo moralismo es, en realidad, una máscara para confundir, para crear confusión y destrucción. Contra esta cultura, en la que la mentira se presenta con el disfraz de la verdad y de la información, contra esta cultura que busca sólo el bienestar material y niega a Dios, decimos «no». También por muchos *Salmos* conocemos bien este contraste de una cultura en la cual uno parece intocable por todos los males del mundo, se pone sobre todos, sobre Dios, mientras que, en realidad, es una cultura del mal, un dominio del mal. Y

así, la decisión del Bautismo, esta parte del camino catecumenal que dura toda nuestra vida, es precisamente este «no», dicho y realizado de nuevo cada día, incluso con los sacrificios que cuesta oponerse a la cultura que domina en muchas partes, aunque se impusiera como si fuera el mundo, este mundo: no es verdad. Y también hay muchos que desean realmente la verdad.

Así, pasamos a la primera renuncia: «¿Renunciáis al pecado para vivir en la libertad de los hijos de Dios?». Hoy libertad y vida cristiana, observancia de los mandamientos de Dios, van en direcciones opuestas; ser cristianos sería una especie de esclavitud; libertad es emanciparse de la fe cristiana, emanciparse -en definitiva- de Dios. La palabra pecado a muchos les parece casi ridícula, porque dicen: «¿Cómo? A Dios no podemos ofenderlo. Dios es tan grande... ¿Qué le importa a Dios si cometo un pequeño error? No podemos ofender a Dios; su interés es demasiado grande para que lo podamos ofender nosotros». Parece verdad, pero no lo es. Dios se hizo vulnerable. En Cristo crucificado vemos que Dios se hizo vulnerable, se hizo vulnerable hasta la muerte. Dios se interesa por nosotros porque nos ama y el amor de Dios es vulnerabilidad, el amor de Dios es interés por el hombre, el amor de Dios quiere decir que nuestra primera preocupación debe ser no herir, no destruir su amor, no hacer nada contra su amor, porque de lo contrario vivimos también contra nosotros

mismos y contra nuestra libertad. Y, en realidad, esta aparente libertad en la emancipación de Dios se transforma inmediatamente en esclavitud de tantas dictaduras de nuestro tiempo, que se deben acatar para ser considerados a la altura de nuestro tiempo.

Y, por último: «¿Renunciáis a Satanás?». Esto nos dice que hay un «sí» a Dios y un «no» al poder del Maligno, que coordina todas estas actividades y quiere ser dios de este mundo, como dice también san Juan. Pero no es Dios, es sólo el adversario, y nosotros no nos sometemos a su poder; nosotros decimos «no» porque decimos «sí», un «sí» fundamental, el «sí» del amor y de la verdad. Estas tres renunciaciones, en el rito del Bautismo, antiguamente iban acompañadas de tres inmersiones: inmersión en el agua como símbolo de la muerte, de un «no» que realmente es la muerte de un tipo de vida y resurrección a otra vida. Volveremos sobre esto. Luego viene la profesión de fe en tres preguntas: «¿Creéis en Dios Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra?; ¿Creéis en Jesucristo? y, por último, ¿Creéis en el Espíritu Santo y en la santa Iglesia?». Esta fórmula, estas tres partes, se han desarrollado a partir de las palabras del Señor: «bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»; estas palabras se han concretado y profundizado: ¿qué quiere decir *Padre*?, ¿qué quiere decir *Hijo* -toda la fe en Cristo, toda la realidad del Dios que se hizo hombre- y qué quiere decir creer que hemos sido

bautizados en el *Espíritu Santo*, es decir, toda la acción de Dios en la historia, en la Iglesia, en la comunión de los santos? Así, la fórmula positiva del Bautismo también es un diálogo: no es simplemente una fórmula. Sobre todo la profesión de la fe no es sólo algo para comprender, algo intelectual, algo para memorizar -ciertamente, también es esto-; toca también el intelecto, toca también nuestro vivir, sobre todo. Y esto me parece muy importante. No es algo intelectual, una pura fórmula. Es un diálogo de Dios con nosotros, una acción de Dios con nosotros, y una respuesta nuestra; es un camino. La verdad de Cristo sólo se puede comprender si se ha comprendido su camino. Sólo si aceptamos a Cristo como camino comenzamos realmente a estar en el camino de Cristo y podemos también comprender la verdad de Cristo. La verdad que no se vive no se abre; sólo la verdad vivida, la verdad aceptada como estilo de vida, como camino, se abre también como verdad en toda su riqueza y profundidad. Así pues, esta fórmula es un camino, es expresión de nuestra conversión, de una acción de Dios. Y nosotros queremos realmente tener presente también en toda nuestra vida que estamos en comunión de camino con Dios, con Cristo. Y así estamos en comunión con la verdad: viviendo la verdad, la verdad se transforma en vida, y viviendo esta vida encontramos también la verdad.

Pasemos ahora al elemento material: el agua. Es muy importante ver dos

significados del agua. Por una parte, el agua hace pensar en el mar, sobre todo en el mar Rojo, en la muerte en el mar Rojo. En el mar se representa la fuerza de la muerte, la necesidad de morir para llegar a una nueva vida. Esto me parece muy importante. El Bautismo no es sólo una ceremonia, un ritual introducido hace tiempo; y tampoco es sólo un baño, una operación cosmética. Es mucho más que un baño: es muerte y vida, es muerte de una cierta existencia, y renacimiento, resurrección a nueva vida. Esta es la profundidad del ser cristiano: no sólo es algo que se añade, sino un nuevo nacimiento. Después de atravesar el mar Rojo, somos nuevos. Así, el mar, en todas las experiencias del Antiguo Testamento, se ha convertido para los cristianos en símbolo de la cruz. Porque sólo a través de la muerte, una renuncia radical en la que se muere a cierto estilo de vida, puede realizarse el renacimiento y puede haber realmente una vida nueva. Esta es una parte del simbolismo del agua: simboliza -sobre todo con las inmersiones de la antigüedad- el mar Rojo, la muerte, la cruz. Sólo por la cruz se llega a la nueva vida y esto se realiza cada día. Sin esta muerte siempre renovada no podemos renovar la verdadera vitalidad de la nueva vida de Cristo.

Pero el otro símbolo es el de la fuente. El agua es origen de toda la vida. Además del simbolismo de la muerte, tiene también el simbolismo de la nueva vida. Toda vida viene también del agua, del agua que brota de Cristo

como la verdadera vida nueva que nos acompaña a la eternidad.

Al final permanece la cuestión -la comento brevemente- del Bautismo de los niños. ¿Es justo hacerlo, o sería más necesario hacer primero el camino catecumenal para llegar a un Bautismo verdaderamente realizado? Y la otra cuestión que se plantea siempre es: «¿Podemos nosotros imponer a un niño qué religión quiere vivir, o no? ¿No debemos dejar a ese niño la decisión?». Estas preguntas muestran que ya no vemos en la fe cristiana la vida nueva, la verdadera vida, sino que vemos una opción entre otras, incluso un peso que no se debería imponer sin haber obtenido el asentimiento del sujeto. La realidad es diversa. La vida misma se nos da sin que podamos nosotros elegir si queremos vivir o no; a nadie se le puede preguntar: «¿quieres nacer, o no?». La vida misma se nos da necesariamente sin consentimiento previo; se nos da así y no podemos decidir antes «sí o no, quiero vivir o no». Y, en realidad, la verdadera pregunta es: «¿Es justo dar vida en este mundo sin haber obtenido el consentimiento: quieres vivir o no? ¿Se puede realmente anticipar la vida, dar la vida sin que el sujeto haya tenido la posibilidad de decidir?». Yo diría: sólo es posible y es justo si, con la vida, podemos dar también la garantía de que la vida, con todos los problemas del mundo, es buena, que es un bien vivir, que hay una garantía de que esta vida es buena, que está protegida por Dios y que es un verdadero don. Sólo

la anticipación del sentido justifica la anticipación de la vida. Por eso, el Bautismo como garantía del bien de Dios, como anticipación del sentido, del «sí» de Dios que protege esta vida, justifica también la anticipación de la vida. Por lo tanto, el Bautismo de los niños no va contra la libertad; y es necesario darlo, para justificar también el don -de lo contrario discutible- de la vida. Sólo la vida que está en las manos de Dios, en las manos de Cristo, inmersa en el nombre del Dios trinitario, es ciertamente un bien que se puede dar sin escrúpulos. Y así demos gracias a Dios porque nos ha dado este don, que se nos ha dado a sí mismo. Y nuestro desafío es vivir este don, vivir realmente, en un camino post-bautismal, tanto las renunciadas como el «sí», y vivir siempre en el gran «sí» de Dios, y así vivir bien. Gracias.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los participantes en la Asamblea
de la “Reunión de las obras de
ayuda a las Iglesias Orientales”
(ROACO)***

*Sala Clementina. Jueves, 21 de junio
de 2012*

*Señor cardenal, Beatitud, venerados
hermanos en el episcopado y en el sacerdo-
cio, queridos miembros de la ROACO:*

Me alegra acogerlos y saludarlos en este tradicional encuentro. Saludo al

cardenal prefecto de la Congregación para las Iglesias orientales y presidente de la ROACO, y le agradezco las cordiales palabras que me ha dirigido. Saludo asimismo al arzobispo secretario, al subsecretario, a los colaboradores y a todos los presentes, renovando mi gratitud a las Obras aquí representadas, a las Iglesias de los continentes europeo y americano que las sostienen, así como a los numerosos bienhechores. Aseguro mi oración al Señor, con la consoladora certeza de que él «ama al que da con alegría» (2 Co 9, 7).

Ante todo, espero que perseveréis en «el movimiento de caridad que, por mandato del Papa, lleva a cabo la Congregación para que, de modo ordenado y equitativo, Tierra Santa y las demás regiones orientales reciban la ayuda espiritual y material necesaria para hacer frente a la vida eclesial ordinaria y a necesidades particulares» (*Discurso a la Congregación para las Iglesias orientales*, 9 de junio de 2007: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 22 de junio de 2007, p. 7). Pronuncié estas palabras hace cinco años al visitar el dicasterio para las Iglesias orientales y ahora deseo reafirmar con fuerza esa exhortación para subrayar las urgentes necesidades de este momento.

La actual coyuntura económico-social, de hecho, tan delicada por la dimensión global que ha asumido, ciertamente está afectando a las regiones del mundo económicamente desarrolladas pero, en medida aún más preocupan-

te, afecta a las más pobres, penalizando seriamente su presente y su futuro. A Oriente, madre patria de antiguas tradiciones cristianas, le está afectando de modo especial ese proceso, que genera inseguridad e inestabilidad también a nivel eclesial y en el campo ecuménico e interreligioso. Se trata de factores que alimentan las endémicas heridas de la historia y contribuyen a hacer más frágiles el diálogo, la paz y la convivencia entre los pueblos, así como el respeto auténtico de los derechos humanos, especialmente el derecho a la libertad religiosa personal y comunitaria. Este derecho se debe garantizar en su profesión pública y no sólo en términos culturales, sino también pastorales, educativos, asistenciales y sociales, todos ellos aspectos indispensables para su ejercicio efectivo.

A los representantes de Tierra Santa, comenzando por el delegado apostólico, monseñor Antonio Franco, el vicario del patriarca latino de Jerusalén y el padre custodio, que participan de modo permanente en la ROACO, se han unido este año los arzobispos mayores de la Iglesia siro-malabar de la India, Su Beatitud, el cardenal George Alencherry y de la Iglesia greco-católica de Ucrania, Su Beatitud, Sviatoslav Shevchuk, así como el nuncio apostólico en Siria, monseñor Mario Zenari, y el obispo presidente de la Caritas siria. Esto me permite ensanchar aún más la mirada de la Iglesia de Roma a la dimensión universal que la caracteriza profundamente y que constituye una

de las notas esenciales del misterio de la Iglesia. También es una ocasión para reafirmar mi cercanía a los grandes sufrimientos de los hermanos y hermanas de Siria, en especial de los pequeños inocentes y de los más débiles. Que nuestra oración, nuestro compromiso y nuestra fraternidad concreta en Cristo, como aceite de consolación, les ayuden a no perder la luz de la esperanza en estos momentos de oscuridad, y alcancen de Dios la sabiduría del corazón para quienes tienen cargos de responsabilidad, a fin de que cese todo derramamiento de sangre y la violencia, que sólo produce dolor y muerte, y se deje espacio a la reconciliación, a la concordia y a la paz. Que no se escatime ningún esfuerzo, también por parte de la comunidad internacional, para hacer que Siria salga de la actual situación de violencia y de crisis, que dura ya desde hace mucho tiempo y corre el riesgo de convertirse en un conflicto generalizado que tendría consecuencias fuertemente negativas para el país y para toda la región. Asimismo, hago un apremiante y encarecido llamamiento para que, ante la necesidad extrema de la población, se garantice la necesaria asistencia humanitaria, también a las numerosas personas que se han visto forzadas a abandonar sus casas, algunas refugiándose en los países vecinos: el valor de la vida humana es un bien precioso que se debe proteger siempre.

Queridos amigos de la ROACO, el Año de la fe que convoqué con ocasión

del 50° aniversario del inicio del concilio ecuménico Vaticano II ofrecerá fecundas orientaciones a las Obras de ayuda a las Iglesias orientales, que representan un testimonio providencial de lo que dice la Palabra de Dios: la fe sin obras se apaga y muere (cf. *St 2*, 17). Sed siempre signos elocuentes de la caridad que brota del corazón de Cristo y presenta al mundo la Iglesia en su verdadera identidad y misión, poniéndola al servicio de Dios, que es Amor. A san Luis Gonzaga, a quien celebramos hoy en la liturgia latina, pido que sostenga nuestra acción de gracias al Espíritu Santo y que ore con nosotros para que el Señor suscite también en nuestro tiempo agentes ejemplares de caridad hacia

el prójimo. La intercesión de la santísima Madre de Dios acompañe siempre a las Iglesias orientales en la madre patria y en la diáspora, proporcionando en todas partes estímulo y esperanza para un renovado servicio al Evangelio. Que ella vele también sobre el próximo viaje que -Dios mediante- realizaré al Líbano para poner el sello sobre la Asamblea especial para Oriente Medio del Sínodo de los obispos. Deseo desde ahora anticipar a la Iglesia y a la nación libanesas mi abrazo de padre y de hermano, a la vez que de corazón imparto a vuestras organizaciones, a los presentes y a vuestros seres queridos, así como a las comunidades encomendadas a vosotros, mi afectuosa bendición apostólica.

HOMILÍAS

Homilía del Papa, Benedicto XVI, en la Capilla Papal en la Solemnidad de Pentecostés

Basílica Vaticana. Domingo, 27 de mayo de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Me alegra celebrar con vosotros esta santa misa, animada hoy también por el coro de la Academia de Santa Cecilia y por la orquesta juvenil -a la que doy las gracias- en la solemnidad de Pentecostés. Este misterio constituye el bautismo de la Iglesia; es un

acontecimiento que le dio, por decirlo así, la forma inicial y el impulso para su misión. Y esta «forma» y este «impulso» siempre son válidos, siempre son actuales, y se renuevan de modo especial mediante las acciones litúrgicas. Esta mañana quiero reflexionar sobre un aspecto esencial del misterio de Pentecostés, que en nuestros días conserva toda su importancia. Pentecostés es la fiesta de la unión, de la comprensión y de la comunión humana. Todos podemos constatar cómo en nuestro mundo, aunque estemos cada vez más cercanos los unos a los otros gracias al desarrollo de los me-

dios de comunicación, y las distancias geográficas parecen desaparecer, la comprensión y la comunión entre las personas a menudo es superficial y difícil. Persisten desequilibrios que con frecuencia llevan a conflictos; el diálogo entre las generaciones es cada vez más complicado y a veces prevalece la contraposición; asistimos a sucesos diarios en los que nos parece que los hombres se están volviendo más agresivos y huraños; comprenderse parece demasiado arduo y se prefiere buscar el propio yo, los propios intereses. En esta situación, ¿podemos verdaderamente encontrar y vivir la unidad que tanto necesitamos?

La narración de Pentecostés en los *Hechos de los Apóstoles*, que hemos escuchado en la primera lectura (cf. *Hch* 2, 1-11), contiene en el fondo uno de los grandes cuadros que encontramos al inicio del *Antiguo Testamento*: la antigua historia de la construcción de la torre de Babel (cf. *Gn* 11, 1-9). Pero, ¿qué es Babel? Es la descripción de un reino en el que los hombres alcanzaron tanto poder que pensaron que ya no necesitaban hacer referencia a un Dios lejano, y que eran tan fuertes que podían construir por sí mismos un camino que llevara al cielo para abrir sus puertas y ocupar el lugar de Dios. Pero precisamente en esta situación sucede algo extraño y singular. Mientras los hombres estaban trabajando juntos para construir la torre, improvisamente se dieron cuenta de que estaban construyendo unos contra

otros. Mientras intentaban ser como Dios, corrían el peligro de ya no ser ni siquiera hombres, porque habían perdido un elemento fundamental de las personas humanas: la capacidad de ponerse de acuerdo, de entenderse y de actuar juntos.

Este relato bíblico contiene una verdad perenne; lo podemos ver a lo largo de la historia, y también en nuestro mundo. Con el progreso de la ciencia y de la técnica, hemos alcanzado el poder de dominar las fuerzas de la naturaleza, de manipular los elementos, de fabricar seres vivos, llegando casi al ser humano mismo. En esta situación, orar a Dios parece algo superado, inútil, porque nosotros mismos podemos construir y realizar todo lo que queremos. Pero no caemos en la cuenta de que estamos reviviendo la misma experiencia de Babel. Es verdad que hemos multiplicado las posibilidades de comunicar, de tener informaciones, de transmitir noticias, pero ¿podemos decir que ha crecido la capacidad de entendernos o quizá, paradójicamente, cada vez nos entendemos menos? ¿No parece insinuarse entre los hombres un sentido de desconfianza, de sospecha, de temor recíproco, hasta llegar a ser peligrosos los unos para los otros? Volvemos, por tanto, a la pregunta inicial: ¿puede haber verdaderamente unidad, concordia? Y ¿cómo?

Encontramos la respuesta en la Sagrada Escritura: sólo puede existir la unidad con el don del Espíritu de

Dios, el cual nos dará un corazón nuevo y una lengua nueva, una capacidad nueva de comunicar. Esto es lo que sucedió en Pentecostés. Esa mañana, cincuenta días después de la Pascua, un viento impetuoso sopló sobre Jerusalén y la llama del Espíritu Santo bajó sobre los discípulos reunidos, se posó sobre cada uno y encendió en ellos el fuego divino, un fuego de amor, capaz de transformar. El miedo desapareció, el corazón sintió una fuerza nueva, las lenguas se soltaron y comenzaron a hablar con franqueza, de modo que todos pudieran entender el anuncio de Jesucristo muerto y resucitado. En Pentecostés, donde había división e indiferencia, nacieron unidad y comprensión.

Pero veamos el Evangelio de hoy, en el que Jesús afirma: «Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena» (*Jn* 16, 13). Aquí Jesús, hablando del Espíritu Santo, nos explica qué es la Iglesia y cómo debe vivir para ser lo que debe ser, para ser el lugar de la unidad y de la comunión en la Verdad; nos dice que actuar como cristianos significa no estar encerrados en el propio «yo», sino orientarse hacia el todo; significa acoger en nosotros mismos a toda la Iglesia o, mejor dicho, dejar interiormente que ella nos acoja. Entonces, cuando yo hablo, pienso y actúo como cristiano, no lo hago encerrándome en mi yo, sino que lo hago siempre en el todo y a partir del todo: así el Espíritu Santo, Espíritu de unidad y de

verdad, puede seguir resonando en el corazón y en la mente de los hombres, impulsándolos a encontrarse y a aceptarse mutuamente. El Espíritu, precisamente por el hecho de que actúa así, nos introduce en toda la verdad, que es Jesús; nos guía a profundizar en ella, a comprenderla: nosotros no crecemos en el conocimiento encerrándonos en nuestro yo, sino sólo volviéndonos capaces de escuchar y de compartir, sólo en el «nosotros» de la Iglesia, con una actitud de profunda humildad interior. Así resulta más claro por qué Babel es Babel y Pentecostés es Pentecostés. Donde los hombres quieren ocupar el lugar de Dios, sólo pueden ponerse los unos contra los otros. En cambio, donde se sitúan en la verdad del Señor, se abren a la acción de su Espíritu, que los sostiene y los une.

La contraposición entre Babel y Pentecostés aparece también en la segunda lectura, donde el Apóstol dice: «Caminad según el Espíritu y no realizaréis los deseos de la carne» (*Ga* 5, 16). San Pablo nos explica que nuestra vida personal está marcada por un conflicto interior, por una división, entre los impulsos que provienen de la carne y los que proceden del Espíritu; y nosotros no podemos seguirlos todos. Efectivamente, no podemos ser al mismo tiempo egoístas y generosos, seguir la tendencia a dominar sobre los demás y experimentar la alegría del servicio desinteresado. Siempre debemos elegir cuál impulso seguir y sólo lo podemos hacer de modo auténtico

con la ayuda del Espíritu de Cristo. San Pablo -como hemos escuchado- enumera las obras de la carne: son los pecados de egoísmo y de violencia, como enemistad, discordia, celos, disensiones; son pensamientos y acciones que no permiten vivir de modo verdaderamente humano y cristiano, en el amor. Es una dirección que lleva a perder la propia vida. En cambio, el Espíritu Santo nos guía hacia las alturas de Dios, para que podamos vivir ya en esta tierra el germen de una vida divina que está en nosotros. De hecho, san Pablo afirma: «El fruto del Espíritu es: amor, alegría, paz» (Ga 5, 22). Notemos cómo el Apóstol usa el plural para describir las obras de la carne, que provocan la dispersión del ser humano, mientras que usa el singular para definir la acción del Espíritu; habla de «fruto», precisamente como a la dispersión de Babel se opone la unidad de Pentecostés.

Queridos amigos, debemos vivir según el Espíritu de unidad y de verdad, y por esto debemos pedir al Espíritu que nos ilumine y nos guíe a vencer la fascinación de seguir nuestras verdades, y a acoger la verdad de Cristo transmitida en la Iglesia. El relato de Pentecostés en el Evangelio de san Lucas nos dice que Jesús, antes de subir al cielo, pidió a los Apóstoles que permanecieran juntos para prepararse a recibir el don del Espíritu Santo. Y ellos se reunieron en oración con María en el Cenáculo a la espera del acontecimiento prometido (cf. Hch 1, 14). Reunida con María,

como en su nacimiento, la Iglesia también hoy reza: «*Veni Sancte Spiritus!*», «¡Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor!». Amén.

Homilía del Papa, Benedicto XVI, en la Santa Misa en la Solemnidad del Corpus Christi

*Basilica de San Juan de Letrán.
Jueves, 7 de junio de 2012*

Queridos hermanos y hermanas:

Esta tarde quiero meditar con vosotros sobre dos aspectos, relacionados entre sí, del Misterio eucarístico: el culto de la Eucaristía y su sacralidad. Es importante volverlos a tomar en consideración para preservarlos de visiones incompletas del Misterio mismo, como las que se han dado en el pasado reciente.

Ante todo, una reflexión sobre el valor del culto eucarístico, en particular de la adoración del Santísimo Sacramento. Es la experiencia que también esta tarde viviremos nosotros después de la misa, antes de la procesión, durante su desarrollo y al terminar. Una interpretación unilateral del concilio Vaticano II había penalizado esta dimensión, restringiendo en la práctica la Eucaristía al momento celebrativo. En efecto, ha sido muy importante reconocer la centralidad de la celebra-

ción, en la que el Señor convoca a su pueblo, lo reúne en torno a la doble mesa de la Palabra y del Pan de vida, lo alimenta y lo une a sí en la ofrenda del Sacrificio. Esta valorización de la asamblea litúrgica, en la que el Señor actúa y realiza su misterio de comunión, obviamente sigue siendo válida, pero debe situarse en el justo equilibrio. De hecho -como sucede a menudo- para subrayar un aspecto se acaba por sacrificar otro. En este caso, la justa acentuación puesta sobre la celebración de la Eucaristía ha ido en detrimento de la adoración, como acto de fe y de oración dirigido al Señor Jesús, realmente presente en el Sacramento del altar. Este desequilibrio ha tenido repercusiones también sobre la vida espiritual de los fieles. En efecto, concentrando toda la relación con Jesús Eucaristía en el único momento de la santa misa, se corre el riesgo de vaciar de su presencia el resto del tiempo y del espacio existenciales. Y así se percibe menos el sentido de la presencia constante de Jesús en medio de nosotros y con nosotros, una presencia concreta, cercana, entre nuestras casas, como «Corazón palpitante» de la ciudad, del país, del territorio con sus diversas expresiones y actividades. El Sacramento de la caridad de Cristo debe permear toda la vida cotidiana.

En realidad, es un error contraponer la celebración y la adoración, como si estuvieran en competición una contra otra. Es precisamente lo contrario: el

culto del Santísimo Sacramento es como el «ambiente» espiritual dentro del cual la comunidad puede celebrar bien y en verdad la Eucaristía. La acción litúrgica sólo puede expresar su pleno significado y valor si va precedida, acompañada y seguida de esta actitud interior de fe y de adoración. El encuentro con Jesús en la santa misa se realiza verdadera y plenamente cuando la comunidad es capaz de reconocer que él, en el Sacramento, habita su casa, nos espera, nos invita a su mesa, y luego, tras disolverse la asamblea, permanece con nosotros, con su presencia discreta y silenciosa, y nos acompaña con su intercesión, recogiendo nuestros sacrificios espirituales y ofreciéndolos al Padre.

En este sentido, me complace subrayar la experiencia que viviremos esta tarde juntos. En el momento de la adoración todos estamos al mismo nivel, de rodillas ante el Sacramento del amor. El sacerdocio común y el ministerial se encuentran unidos en el culto eucarístico. Es una experiencia muy bella y significativa, que hemos vivido muchas veces en la basílica de San Pedro, y también en las inolvidables vigiliadas con los jóvenes; recuerdo por ejemplo las de Colonia, Londres, Zagreb y Madrid. Es evidente a todos que estos momentos de vigilia eucarística preparan la celebración de la santa misa, preparan los corazones al encuentro, de manera que este resulta incluso más fructuoso. Estar todos en silencio prolongado ante el Señor

presente en su Sacramento es una de las experiencias más auténticas de nuestro ser Iglesia, que va acompañado de modo complementario con la de celebrar la Eucaristía, escuchando la Palabra de Dios, cantando, acercándose juntos a la mesa del Pan de vida. Comunión y contemplación no se pueden separar, van juntas. Para comulgar verdaderamente con otra persona debo conocerla, saber estar en silencio cerca de ella, escucharla, mirarla con amor. El verdadero amor y la verdadera amistad viven siempre de esta reciprocidad de miradas, de silencios intensos, elocuentes, llenos de respeto y veneración, de manera que el encuentro se viva profundamente, de modo personal y no superficial. Y lamentablemente, si falta esta dimensión, incluso la Comunión sacramental puede llegar a ser, por nuestra parte, un gesto superficial. En cambio, en la verdadera comunión, preparada por el coloquio de la oración y de la vida, podemos decir al Señor palabras de confianza, como las que han resonado hace poco en el Salmo responsorial: «Señor, yo soy tu siervo, siervo tuyo, hijo de tu esclava: rompiste mis cadenas. Te ofreceré un sacrificio de alabanza invocando el nombre del Señor» (*Sal 115, 16-17*).

Ahora quiero pasar brevemente al segundo aspecto: la sacralidad de la Eucaristía. También aquí, en el pasado reciente, de alguna manera se ha malentendido el mensaje auténtico de la Sagrada Escritura. La novedad

cristiana respecto al culto ha sufrido la influencia de cierta mentalidad laicista de los años sesenta y setenta del siglo pasado. Es verdad, y sigue siendo siempre válido, que el centro del culto ya no está en los ritos y en los sacrificios antiguos, sino en Cristo mismo, en su persona, en su vida, en su misterio pascual. Y, sin embargo, de esta novedad fundamental no se debe concluir que lo sagrado ya no exista, sino que ha encontrado su cumplimiento en Jesucristo, Amor divino encarnado. La *Carta a los Hebreos*, que hemos escuchado esta tarde en la segunda lectura, nos habla precisamente de la novedad del sacerdocio de Cristo, «sumo sacerdote de los bienes definitivos» (*Hb 9, 11*), pero no dice que el sacerdocio se haya acabado. Cristo «es mediador de una alianza nueva» (*Hb 9, 15*), establecida en su sangre, que purifica «nuestra conciencia de las obras muertas» (*Hb 9, 14*). Él no ha abolido lo sagrado, sino que lo ha llevado a cumplimiento, inaugurando un nuevo culto, que sí es plenamente espiritual pero que, sin embargo, mientras estamos en camino en el tiempo, se sirve todavía de signos y ritos, que sólo desaparecerán al final, en la Jerusalén celestial, donde ya no habrá ningún templo (cf. *Ap 21, 22*). Gracias a Cristo, la sacralidad es más verdadera, más intensa, y, como sucede con los mandamientos, también más exigente. No basta la observancia ritual, sino que se requiere la purificación del corazón y la implicación de la vida.

Me complace subrayar también que lo sagrado tiene una función educativa, y su desaparición empobrece inevitablemente la cultura, en especial la formación de las nuevas generaciones. Si, por ejemplo, en nombre de una fe secularizada y no necesitada ya de signos sacros, fuera abolida esta procesión ciudadana del *Corpus Christi*, el perfil espiritual de Roma resultaría «aplanado», y nuestra conciencia personal y comunitaria quedaría debilitada. O pensemos en una madre y un padre que, en nombre de una fe desacralizada, privaran a sus hijos de toda ritualidad religiosa: en realidad acabarían por dejar campo libre a los numerosos sucedáneos presentes en la sociedad de consumo, a otros ritos y otros signos, que más fácilmente podrían convertirse en ídolos. Dios, nuestro Padre, no obró así con la humanidad: envió a su Hijo al mundo no para abolir, sino para dar cumplimiento también a lo sagrado. En el culmen de esta misión, en la última Cena, Jesús instituyó el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, el Memorial de su Sacrificio pascual. Actuando de este modo se puso a sí mismo en el lugar de los sacrificios antiguos, pero lo hizo dentro de un rito, que mandó a los Apóstoles perpetuar, como signo supremo de lo Sagrado verdadero, que es él mismo. Con esta fe, queridos hermanos y hermanas, celebramos hoy y cada día el Misterio eucarístico y lo adoramos como centro de nuestra vida y corazón del mundo. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la Solemnidad de los Apóstoles
San Pedro y San Pablo. Santa Misa
e imposición del Palio a los nuevos
Metropolitanos***

Basílica Vaticana. Viernes, 29 de junio de 2012

Señores cardenales, Venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, Queridos hermanos y hermanas

Estamos reunidos alrededor del altar para celebrar la solemnidad de los santos apóstoles Pedro y Pablo, patronos principales de la Iglesia de Roma. Están aquí presentes los arzobispos metropolitanos nombrados durante este último año, que acaban de recibir el palio, y a quienes va mi especial y afectuoso saludo. También está presente, enviada por Su Santidad, Bartolomé I, una eminente delegación del Patriarcado Ecuménico de Constantinopla, que acojo con reconocimiento fraterno y cordial. Con espíritu ecuménico me alegra saludar y dar las gracias a “The Choir of Westminster Abbey”, que anima la liturgia junto con la Capilla Sixtina. Saludo además a los señores embajadores y a las autoridades civiles: a todos les agradezco su presencia y oración.

Como todos saben, delante de la Basílica de San Pedro, están colocadas dos imponentes estatuas de los apóstoles Pedro y Pablo, fácilmente reconocibles por sus enseñas: las llaves en las manos de Pedro y la espada entre las de

Pablo. También sobre el portal mayor de la Basílica de San Pablo Extramuros están representadas juntas escenas de la vida y del martirio de estas dos columnas de la Iglesia. La tradición cristiana siempre ha considerado inseparables a san Pedro y a san Pablo: juntos, en efecto, representan todo el Evangelio de Cristo. En Roma, además, su vinculación como hermanos en la fe ha adquirido un significado particular. En efecto, la comunidad cristiana de esta ciudad los consideró una especie de contrapunto de los míticos Rómulo y Remo, la pareja de hermanos a los que se hace remontar la fundación de Roma. Se puede pensar también en otro paralelismo opuesto, siempre a propósito del tema de la hermandad: es decir, mientras que la primera pareja bíblica de hermanos nos muestra el efecto del pecado, por el cual Caín mata a Abel, Pedro y Pablo, aunque humanamente muy diferentes el uno del otro, y a pesar de que no faltaron conflictos en su relación, han constituido un modo nuevo de ser hermanos, vivido según el Evangelio, un modo auténtico hecho posible por la gracia del Evangelio de Cristo que actuaba en ellos. Sólo el seguimiento de Jesús conduce a la nueva fraternidad: aquí se encuentra el primer mensaje fundamental que la solemnidad de hoy nos ofrece a cada uno de nosotros, y cuya importancia se refleja también en la búsqueda de aquella plena comunión, que anhelan el Patriarca ecuménico y el Obispo de Roma, como también todos los cristianos.

En el pasaje del Evangelio de san Mateo que hemos escuchado hace poco, Pedro hace la propia confesión de fe a Jesús reconociéndolo como Mesías e Hijo de Dios; la hace también en nombre de los otros apóstoles. Como respuesta, el Señor le revela la misión que desea confiarle, la de ser la «piedra», la «roca», el fundamento visible sobre el que está construido todo el edificio espiritual de la Iglesia (cf. *Mt* 16, 16-19). Pero ¿de qué manera Pedro es la roca? ¿Cómo debe cumplir esta prerrogativa, que naturalmente no ha recibido para sí mismo? El relato del evangelista Mateo nos dice en primer lugar que el reconocimiento de la identidad de Jesús pronunciado por Simón en nombre de los Doce no proviene «de la carne y de la sangre», es decir, de su capacidad humana, sino de una particular revelación de Dios Padre. En cambio, inmediatamente después, cuando Jesús anuncia su pasión, muerte y resurrección, Simón Pedro reacciona precisamente a partir de la «carne y sangre»: Él «se puso a increparlo: ... [Señor] eso no puede pasarte» (16, 22). Y Jesús, a su vez, le replicó: «Aléjate de mí, Satanás. Eres para mí piedra de tropiezo...» (v. 23). El discípulo que, por un don de Dios, puede llegar a ser roca firme, se manifiesta en su debilidad humana como lo que es: una piedra en el camino, una piedra con la que se puede tropezar – en griego *skandalon*. Así se manifiesta la tensión que existe entre el don que proviene del Señor y la capacidad humana; y en esta escena

entre Jesús y Simón Pedro vemos de alguna manera anticipado el drama de la historia del mismo papado, que se caracteriza por la coexistencia de estos dos elementos: por una parte, gracias a la luz y la fuerza que viene de lo alto, el papado constituye el fundamento de la Iglesia peregrina en el tiempo; por otra, emergen también, a lo largo de los siglos, la debilidad de los hombres, que sólo la apertura a la acción de Dios puede transformar.

En el Evangelio de hoy, emerge con fuerza la clara promesa de Jesús: «el poder del infierno», es decir las fuerzas del mal, no prevalecerán, «*non praevalerunt*». Viene a la memoria el relato de la vocación del profeta Jeremías, cuando el Señor, al confiarle la misión, le dice: «Yo te convierto hoy en plaza fuerte, en columna de hierro, en muralla de bronce, frente a todo el país: frente a los reyes y príncipes de Judá, frente a los sacerdotes y la gente del campo; lucharán contra ti, pero no te podrán *-non praevalerunt-*, porque yo estoy contigo para librarte» (*Jr* 1, 18-19). En verdad, la promesa que Jesús hace a Pedro es ahora mucho más grande que las hechas a los antiguos profetas: Éstos, en efecto, fueron amenazados sólo por enemigos humanos, mientras Pedro ha de ser protegido de las «puertas del infierno», del poder destructor del mal. Jeremías recibe una promesa que tiene que ver con él como persona y con su ministerio profético; Pedro es confortado con respecto al futuro de

la Iglesia, de la nueva comunidad fundada por Jesucristo y que se extiende a todas las épocas, más allá de la existencia personal del mismo Pedro.

Pasemos ahora al símbolo de las llaves, que hemos escuchado en el Evangelio. Nos recuerdan el oráculo del profeta Isaías sobre el funcionario Eliaquín, del que se dice: «Colgaré de su hombro la llave del palacio de David: lo que él abra nadie lo cerrará, lo que él cierre nadie lo abrirá» (*Is* 22,22). La llave representa la autoridad sobre la casa de David. Y en el Evangelio hay otra palabra de Jesús dirigida a los escribas y fariseos, a los cuales el Señor les reprocha de cerrar el reino de los cielos a los hombres (cf. *Mt* 23,13). Estas palabras también nos ayudan a comprender la promesa hecha a Pedro: a él, en cuanto fiel administrador del mensaje de Cristo, le corresponde abrir la puerta del reino de los cielos, y juzgar si aceptar o excluir (cf. *Ap* 3,7). Las dos imágenes – la de las llaves y la de atar y desatar – expresan por tanto significados similares y se refuerzan mutuamente. La expresión «atar y desatar» forma parte del lenguaje rabínico y alude por un lado a las decisiones doctrinales, por otro al poder disciplinar, es decir a la facultad de aplicar y de levantar la excomunión. El paralelismo «en la tierra... en los cielos» garantiza que las decisiones de Pedro en el ejercicio de su función eclesial también son válidas ante Dios.

En el capítulo 18 del Evangelio según Mateo, dedicado a la vida de la co-

munidad eclesial, encontramos otras palabras de Jesús dirigidas a los discípulos: «En verdad os digo que todo lo que atéis en la tierra quedará atado en los cielos, y todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en los cielos» (Mt 18,18). Y san Juan, en el relato de las apariciones de Cristo resucitado a los Apóstoles, en la tarde de Pascua, refiere estas palabras del Señor: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Jn 20,22-23). A la luz de estos paralelismos, aparece claramente que la autoridad de atar y desatar consiste en el poder de perdonar los pecados. Y esta gracia, que debilita la fuerza del caos y del mal, está en el corazón del misterio y del ministerio de la Iglesia. La Iglesia no es una comunidad de perfectos, sino de pecadores que se deben reconocer necesitados del amor de Dios, necesitados de ser purificados por medio de la Cruz de Jesucristo. Las palabras de Jesús sobre la autoridad de Pedro y de los Apóstoles revelan que el poder de Dios es el amor, amor que irradia su luz desde el Calvario. Así, podemos también comprender por qué, en el relato del evangelio, tras la confesión de fe de Pedro, sigue inmediatamente el primer anuncio de la pasión: en efecto, Jesús con su muerte ha vencido el poder del infierno, con su sangre ha derramado sobre el mundo un río inmenso de misericordia, que irriga con su agua sanadora la humanidad entera.

Queridos hermanos, como recordaba al principio, la tradición iconográfica representa a san Pablo con la espada, y sabemos que esta significa el instrumento con el que fue asesinado. Pero, leyendo los escritos del apóstol de los gentiles, descubrimos que la imagen de la espada se refiere a su misión de evangelizador. Él, por ejemplo, sintiendo cercana la muerte, escribe a Timoteo: «He luchado el noble combate» (2 Tm 4,7). No es ciertamente la batalla de un caudillo, sino la de quien anuncia la Palabra de Dios, fiel a Cristo y a su Iglesia, por quien se ha entregado totalmente. Y por eso el Señor le ha dado la corona de la gloria y lo ha puesto, al igual que a Pedro, como columna del edificio espiritual de la Iglesia.

Queridos Metropolitanos: el palió que os he impuesto, os recordará siempre que habéis sido constituidos *en y para* el gran misterio de comunión que es la Iglesia, edificio espiritual construido sobre Cristo piedra angular y, en su dimensión terrena e histórica, sobre la roca de Pedro. Animados por esta certeza, sintámonos juntos cooperadores de la verdad, la cual –sabemos– es una y «sinfónica», y reclama de cada uno de nosotros y de nuestra comunidad el empeño constante de conversión al único Señor en la gracia del único Espíritu. Que la Santa Madre de Dios nos guíe y nos acompañe siempre en el camino de la fe y de la caridad. Reina de los Apóstoles, ruega por nosotros. Amén.

MENSAJES

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
con ocasión del Campeonato
Europeo de Fútbol 2012***

A su excelencia, Monseñor Józef Michalik, Presidente de la Conferencia episcopal polaca. Varsovia

Dentro de poco, iniciará el Campeonato europeo de fútbol, que tendrá lugar en Polonia y Ucrania. Este evento deportivo implica no sólo a los organizadores, a los atletas y a los aficionados, sino también, de diversas formas y en los distintos ámbitos de la vida, a toda la sociedad. Incluso la Iglesia no es indiferente a este evento, en particular a las necesidades espirituales de aquellos que participan en él. Acojo con gratitud las informaciones que llegan de encuentros catequéticos, litúrgicos y de oración programados.

Mi amado predecesor, el beato Juan Pablo II, dijo: «Las potencialidades del fenómeno deportivo lo convierten en instrumento significativo para el desarrollo global de la persona y en factor utilísimo para la construcción de una sociedad más a la medida del hombre. El sentido de fraternidad, la magnanimidad, la honradez y el respeto del cuerpo -virtudes indudablemente indispensables para todo buen atleta-, contribuyen a la construcción de una sociedad civil donde el antagonismo cede su lugar al agonismo, el enfrentamiento al encuentro, y la contraposi-

ción rencorosa a la confrontación leal. Entendido de este modo, el deporte no es un fin, sino un medio; puede transformarse en vehículo de civilización y de genuina diversión, estimulando a la persona a dar lo mejor de sí y a evitar lo que puede ser peligroso o gravemente perjudicial para sí misma o para los demás» (*Discurso a los participantes en el Congreso internacional sobre el deporte*, 28 de octubre de 2000: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española 3 de noviembre de 2000, p. 6).

Por lo demás, el deporte de equipo, como el fútbol, es una escuela importante para educar en el sentido del respeto del otro, incluso del adversario deportivo, en el espíritu de sacrificio personal con vistas al bien de todo el grupo, en la valorización de las dotes de cada miembro del equipo; en una palabra, a superar la lógica del individualismo y del egoísmo, que con frecuencia caracteriza las relaciones humanas, para dejar espacio a la lógica de la fraternidad y del amor, la única que puede permitir -en todos los niveles- promover el auténtico bien común.

Con estos breves pensamientos, aliento a todos aquellos que están implicados en el evento a obrar con solicitud, a fin de que se viva como expresión de las más nobles virtudes y acciones humanas, con espíritu de paz y de sincera alegría.

En la oración, encomiendo a Dios a los pastores, a los voluntarios, a los jugadores, a los aficionados y a todos aquellos que trabajan en la preparación y en el desarrollo del Campeonato. A todos imparto mi bendición.

Vaticano, 6 de junio de 2012

***Video-mensaje del Papa, Benedicto XVI,
a la clausura del 50º Congreso
Eucarístico Internacional celebrado
en Dublín***

Queridos hermanos y hermanas:

Con gran afecto en el Señor, saludo a todos los que os habéis reunido en Dublín para el 50 Congreso Eucarístico Internacional, en especial al Señor Cardenal Brady, al Señor Arzobispo Martin, al clero, a las personas consagradas, a los fieles de Irlanda y a todos los que habéis venido desde lejos para apoyar a la Iglesia en Irlanda con vuestra presencia y vuestras oraciones.

El tema del Congreso – «*La Eucaristía: Comunión con Cristo y entre nosotros*» – nos lleva a reflexionar sobre la Iglesia como misterio de comunión con el Señor y con todos los miembros de su cuerpo. Desde los primeros tiempos, la noción de *koinonia* o *communio* ha sido central en la comprensión que la Iglesia ha tenido de sí misma, de su relación con Cristo, su Fundador, y de los sacramentos que celebra, sobre todo

la Eucaristía. Mediante el Bautismo, se nos incorpora a la muerte de Cristo, renaciendo en la gran familia de los hermanos y hermanas de Jesucristo; por la Confirmación recibimos el sello del Espíritu Santo y, por nuestra participación en la Eucaristía, entramos en comunión con Cristo y se hace visible en la tierra la comunión con los demás. Recibimos también la prenda de la vida eterna futura.

El Congreso tiene lugar en un momento en el que la Iglesia se prepara en todo el mundo para celebrar el *Año de la Fe*, para conmemorar el quincuagésimo aniversario del inicio del Concilio Vaticano II, un acontecimiento que puso en marcha la más amplia renovación del rito romano que jamás se haya conocido. Basado en un examen profundo de las fuentes de la liturgia, el Concilio promovió la participación plena y activa de los fieles en el sacrificio eucarístico. Teniendo en cuenta el tiempo transcurrido, y a la luz de la experiencia de la Iglesia universal en este periodo, es evidente que los deseos de los Padres Conciliares sobre la renovación litúrgica se han logrado en gran parte, pero es igualmente claro que ha habido muchos malentendidos e irregularidades. La renovación de las formas externas querida por los Padres Conciliares se pensó para que fuera más fácil entrar en la profundidad interior del misterio. Su verdadero propósito era llevar a las personas a un encuentro personal con el Señor, presente en la Eucaristía, y, por tanto, con el Dios vivo, para que a través de

este contacto con el amor de Cristo, pudiera crecer también el amor de sus hermanos y hermanas entre sí. Sin embargo, la revisión de las formas litúrgicas se ha quedado con cierta frecuencia en un nivel externo, y la «participación activa» se ha confundido con la mera actividad externa. Por tanto, queda todavía mucho por hacer en el camino de la renovación litúrgica real. En un mundo que ha cambiado, y cada vez más obsesionado con las cosas materiales, debemos aprender a reconocer de nuevo la presencia misteriosa del Señor resucitado, el único que puede dar amplitud y profundidad a nuestra vida.

La Eucaristía es el culto de toda la Iglesia, pero requiere igualmente el pleno compromiso de cada cristiano en la misión de la Iglesia; implica una llamada a ser pueblo santo de Dios, pero también a la santidad personal; se ha de celebrar con gran alegría y sencillez, pero también tan digna y reverentemente como sea posible; nos invita a arrepentirnos de nuestros pecados, pero también a perdonar a nuestros hermanos y hermanas; nos une en el Espíritu, pero también nos da el mandato del mismo Espíritu de llevar la Buena Nueva de la salvación a otros.

Por otra parte, la Eucaristía es el memorial del sacrificio de Cristo en la cruz; su cuerpo y su sangre instauran la nueva y eterna Alianza para el perdón de los pecados y la transformación del mundo. Durante siglos, Irlanda ha sido forjada en lo más hondo por la santa Misa y

por la fuerza de su gracia, así como por las generaciones de monjes, mártires y misioneros que han vivido heroicamente la fe en el país y difundido la Buena Nueva del amor de Dios y el perdón más allá de sus costas. Sois los herederos de una Iglesia que ha sido una fuerza poderosa para el bien del mundo, y que ha llevado un amor profundo y duradero a Cristo y a su bienaventurada Madre a muchos, a muchos otros. Vuestros antepasados en la Iglesia en Irlanda supieron cómo esforzarse por la santidad y la constancia en su vida personal, cómo proclamar el gozo que proviene del Evangelio, cómo inculcar la importancia de pertenecer a la Iglesia universal, en comunión con la Sede de Pedro, y la forma de transmitir el amor a la fe y la virtud cristiana a otras generaciones. Nuestra fe católica, imbuida de un sentido radical de la presencia de Dios, fascinada por la belleza de su creación que nos rodea y purificada por la penitencia personal y la conciencia del perdón de Dios, es un legado que sin duda se perfecciona y se alimenta cuando se lleva regularmente al altar del Señor en el sacrificio de la Misa. La gratitud y la alegría por una historia tan grande de fe y de amor se han visto recientemente conmocionados de una manera terrible al salir a la luz los pecados cometidos por sacerdotes y personas consagradas contra personas confiadas a sus cuidados. En lugar de mostrarles el camino hacia Cristo, hacia Dios, en lugar de dar testimonio de su bondad, abusaron de ellos, socavando la credibilidad del mensaje de la Iglesia. ¿Cómo se explica

el que personas que reciben regularmente el cuerpo del Señor y confiesan sus pecados en el sacramento de la penitencia hayan pecado de esta manera? Sigue siendo un misterio. Pero, evidentemente, su cristianismo no estaba alimentado por el encuentro gozoso con Cristo: se había convertido en una mera cuestión de hábito. El esfuerzo del Concilio estaba orientado a superar esta forma de cristianismo y a redescubrir la fe como una amistad personal profunda con la bondad de Jesucristo. El Congreso Eucarístico tiene un objetivo similar. Aquí queremos encontrarnos con el Señor resucitado. Le pedimos que nos llegue hasta lo más hondo. Que al igual que sopló sobre los Apóstoles en la Pascua infundiéndoles su Espíritu, derrame también sobre nosotros su aliento, la fuerza del Espíritu Santo, y así nos ayude a ser verdaderos testigos de su amor, testigos de la verdad. Su verdad es su amor. El amor de Cristo es la verdad.

Mis queridos hermanos y hermanas, ruego que el Congreso sea para cada uno de vosotros una experiencia espiritualmente fecunda de comunión con Cristo y su Iglesia. Al mismo tiempo, me gustaría invitaros a uniros a mí en la oración, para que Dios bendiga el próximo Congreso Eucarístico Internacional, que tendrá lugar en 2016 en la ciudad de Cebú. Envío un caluroso saludo al pueblo de Filipinas, asegurando mi cercanía en la oración durante el periodo de preparación a este gran encuentro eclesial. Estoy seguro de que aportará una renovación espiritual duradera, no sólo a ellos, sino también a todos los participantes del mundo entero. Ahora, encomiendo a todos los participantes en este Congreso a la protección amorosa de María, Madre de Dios, y a san Patricio, el gran Patrón de Irlanda, a la vez que, como muestra de gozo y paz en el Señor, os imparto de corazón la Bendición Apostólica.

VIAJES - VISITA PASTORAL A LA ARCHIDIÓCESIS DE MILÁN Y VII ENCUENTRO MUNDIAL DE LAS FAMILIAS (1-3 DE JUNIO DE 2012)

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante el encuentro con la población

Plaza del Duomo, Milán. Viernes, 1 de junio de 2012

Señor alcalde, distinguidas au-

toridades, venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, queridos hermanos y hermanas de la archidiócesis de Milán:

Os saludo cordialmente a todos, que habéis venido en gran número, así como a cuantos siguen este acon-

tecimiento a través de la radio y la televisión. ¡Gracias por vuestra calurosa acogida! Agradezco al señor alcalde las amables palabras de bienvenida que me ha dirigido en nombre de la comunidad cívica. Saludo con deferencia al representante del Gobierno, al presidente de la Región, al presidente de la Provincia, así como a los demás representantes de las instituciones civiles y militares, y expreso mi aprecio por la colaboración brindada para los diversos momentos de esta visita. Y también le agradezco a usted, eminencia, su cordial saludo.

Me alegra estar hoy entre vosotros y doy las gracias a Dios, que me ofrece la oportunidad de visitar vuestra ilustre ciudad. Mi primer encuentro con los milaneses se realiza en esta plaza del Duomo, corazón de Milán, donde surge el imponente monumento símbolo de la ciudad. Con su selva de agujas, invita a mirar hacia lo alto, a Dios. Precisamente ese impulso hacia el cielo ha caracterizado siempre a Milán y le ha permitido a lo largo de los tiempos responder con fruto a su vocación: ser una encrucijada -*Mediolanum*- de pueblos y de culturas. De esta forma, la ciudad ha sabido conjugar sabiamente el orgullo por su propia identidad con la capacidad de acoger toda contribución positiva que se le ofrecía en el transcurso de la historia. También hoy, Milán está llamada a redescubrir este papel positivo, que presagia desarrollo y paz para toda Italia. Expreso mi agradecimiento cordial, una vez más, al pastor de

esta archidiócesis, el cardenal Angelo Scola, por la acogida y las palabras que me ha dirigido en nombre de toda la comunidad diocesana; con él saludo a los obispos auxiliares y a quienes lo han precedido en esta gloriosa y antigua cátedra, el cardenal Dionigi Tettamanzi y el cardenal Carlo Maria Martini.

Dirijo un saludo particular a los representantes de las familias -provenientes de todo el mundo- que participan en el VII Encuentro mundial. Dirijo un afectuoso recuerdo a cuantos tienen necesidad de ayuda y de consuelo, y se encuentran afligidos por varias preocupaciones: a las personas solas o en dificultad, a los desempleados, a los enfermos, a los encarcelados, a cuantos no tienen una casa o lo indispensable para vivir una vida digna. Que a ninguno de estos hermanos y hermanas nuestros les falte el interés solidario y constante de la colectividad. A este propósito, me complace lo que la diócesis de Milán ha hecho y sigue haciendo para salir concretamente al encuentro de las necesidades de las familias más golpeadas por la crisis económico-financiera, y por haberse puesto en acción de inmediato, junto a toda la Iglesia y la sociedad civil en Italia, para socorrer a las poblaciones damnificadas en el terremoto de Emilia Romaña, que están en nuestro corazón y en nuestras oraciones, y por las cuales invito, una vez más, a una generosa solidaridad.

El VII Encuentro mundial de las familias me ofrece la grata ocasión de

visitar vuestra ciudad y renovar los vínculos estrechos y constantes que unen a la comunidad ambrosiana con la Iglesia de Roma y con el Sucesor de Pedro. Como es sabido, san Ambrosio provenía de una familia romana y mantuvo siempre vivo su vínculo con la Ciudad Eterna y con la Iglesia de Roma, manifestando y elogiando el primado del Obispo que la preside. En Pedro -afirma- «está el fundamento de la Iglesia y el magisterio de la disciplina» (*De virginitate*, 16, 105); y también en la conocida declaración: «Donde está Pedro, allí está la Iglesia» (*Explanatio Psalmi* 40, 30, 5). La prudencia pastoral y el magisterio de Ambrosio sobre la ortodoxia de la fe y sobre la vida cristiana dejarán una huella indeleble en la Iglesia universal y, en particular, marcarán a la Iglesia de Milán, que nunca ha dejado de cultivar su memoria y de conservar su espíritu. La Iglesia ambrosiana, custodiando las prerrogativas de su rito y las expresiones propias de la única fe, está llamada a vivir en plenitud la catolicidad de la Iglesia una, testimoniarla y contribuir a enriquecerla.

El profundo sentido eclesial y el sincero afecto de comunión con el Sucesor de Pedro forman parte de la riqueza y de la identidad de vuestra Iglesia a lo largo de todo su camino, y se manifiestan de modo luminoso en las figuras de los grandes pastores que la han gobernado. En primer lugar san Carlos Borromeo: hijo de vuestra tierra. Él fue, como dijo el siervo de Dios, Pablo VI, «un forjador de la conciencia y de las

costumbres del pueblo» (*Discurso a los milaneses*, 18 de marzo de 1968); y lo fue sobre todo con la aplicación amplia, tenaz y rigurosa de las reformas tridentinas, con la creación de instituciones renovadoras, comenzando por los seminarios, y con su ilimitada caridad pastoral arraigada en una profunda unión con Dios, acompañada de una ejemplar austeridad de vida. Junto con los santos Ambrosio y Carlos, deseo recordar otros excelentes pastores más cercanos a nosotros, que han enriquecido a la Iglesia de Milán con la santidad y la doctrina: el beato cardenal Andrea Carlo Ferrari, apóstol de la catequesis y de los oradores, y promotor de la renovación social en sentido cristiano; el beato Alfredo Ildefonso Schuster, el «cardenal de la oración», pastor incansable, hasta la consumación total de sí mismo por sus fieles. Además, deseo recordar a dos arzobispos de Milán que llegaron a ser Pontífices: Achille Ratti, Papa Pío XI; a su determinación se debe la positiva conclusión de la «Cuestión romana» y la constitución del Estado de la Ciudad del Vaticano; y el siervo de Dios, Giovanni Battista Montini, Pablo VI, bueno y sabio, que con mano experta supo guiar y llevar a un feliz resultado el concilio Vaticano II. En la Iglesia ambrosiana, han madurado además algunos frutos espirituales particularmente significativos para nuestro tiempo. Entre todos hoy quiero recordar, precisamente pensando en las familias, a santa Gianna Beretta Molla, esposa y madre, mujer comprometida en el ámbito eclesial y

civil, que hizo resplandecer la belleza y la alegría de la fe, de la esperanza y de la caridad.

Queridos amigos, vuestra historia es riquísima en cultura y en fe. Esta riqueza ha impregnado el arte, la música, la literatura, la cultura, la industria, la política, el deporte, las iniciativas de solidaridad de Milán y de toda la archidiócesis. Os toca ahora a vosotros, herederos de un glorioso pasado y de un patrimonio espiritual de inestimable valor, comprometeros para transmitir a las generaciones futuras la antorcha de una tradición tan luminosa. Vosotros sabéis bien cuán urgente es introducir en el actual contexto cultural la levadura evangélica. La fe en Jesucristo, muerto y resucitado por nosotros, vivo entre nosotros, debe animar todo el tejido de la vida, personal y comunitaria, pública y privada, para que permita un «bienestar» estable y auténtico, a partir de la familia, que es preciso redescubrir como patrimonio principal de la humanidad, coeficiente y signo de una verdadera y estable cultura a favor del hombre. La identidad singular de Milán no debe aislarla ni separarla, encerrándola en sí misma. Al contrario, conservando la savia de sus raíces y los rasgos característicos de su historia, está llamada a mirar al futuro con esperanza, cultivando un vínculo íntimo y propulsor con la vida de toda Italia y de Europa. Con la clara distinción de papeles y de finalidades, la Milán positivamente «laica» y la Milán de la fe están llamadas a concurrir al bien común.

Queridos hermanos y hermanas, ¡gracias de nuevo por vuestra acogida! Os encomiendo a la protección de la Virgen María, que desde la más alta aguja de la catedral vela maternalmente día y noche sobre esta ciudad. A todos vosotros, que estrecho en un gran abrazo, imparto mi afectuosa bendición. Gracias.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante el concierto en honor del Santo Padre y de las Delegaciones Oficiales del Encuentro Mundial de las Familias

Teatro de la Scala de Milán. Viernes, 1 de junio de 2012

Señores cardenales, ilustres autoridades, venerados hermanos en el episcopado y en el presbiterado, queridas delegaciones del VII Encuentro mundial de las familias:

En este lugar histórico, ante todo, quiero recordar un hecho: era el 11 de mayo de 1946 y Arturo Toscanini levantó la batuta para dirigir un concierto memorable en la Scala reconstruida después de los horrores de la guerra. Narran que el gran maestro recién llegado aquí a Milán se dirigió inmediatamente a este teatro y, en el centro de la sala, comenzó a aplaudir para comprobar si se había mantenido intacta la proverbial acústica y, constatando que era perfecta, exclamó: «¡Es

la Scala, es siempre mi Scala!». En estas palabras, «¡Es la Scala!», se encierra el sentido de este lugar, templo de la Ópera, punto de referencia musical y cultural, no sólo para Milán y para Italia, sino para todo el mundo. Y la Scala está profundamente vinculada a Milán; es una de sus glorias más grandes. Y he querido recordar aquel mayo de 1946 porque la reconstrucción de la Scala fue un signo de esperanza para la recuperación de la vida de toda la ciudad después de las destrucciones de la guerra. Por eso, para mí es un honor estar aquí con todos vosotros y haber vivido, con este espléndido concierto, un momento de elevación del espíritu. Doy las gracias al alcalde, abogado Giuliano Pisapia; al director artístico, doctor Stéphane Lissner, también por haber introducido esta velada; y sobre todo a la orquesta y al coro del teatro en la Scala, a los cuatro solistas y al maestro Daniel Barenboim por la intensa y emotiva interpretación de una de las obras maestras en absoluto de la historia de la música. La gestación de la novena sinfonía de Ludwig van Beethoven fue larga y compleja, pero desde los célebres primeros dieciséis compases del primer movimiento, se crea un clima de espera de algo grandioso y la espera no queda defraudada.

Beethoven, aun siguiendo sustancialmente las formas y el lenguaje tradicional de la Sinfonía clásica, hace percibir algo nuevo ya desde la amplitud sin precedentes de todos los movimientos de la obra, que se confirma con la parte

final introducida por una terrible disonancia, en la que se halla el recitado con las famosas palabras «¡Oh amigos, no estos tonos; entonemos otros más atractivos y alegres!», palabras que, en cierto sentido, «pasan página» e introducen el tema principal del *Himno a la alegría*. Es una visión ideal de humanidad que Beethoven dibuja con su música: «La alegría activa en la fraternidad y en el amor recíproco, bajo la mirada paterna de Dios» (Luigi Della Croce). No es una alegría propiamente cristiana la que Beethoven canta, pero es la alegría de la convivencia fraterna de los pueblos, de la victoria sobre el egoísmo, y es el deseo de que el camino de la humanidad esté marcado por el amor, como una invitación que dirige a todos más allá de cualquier barrera y convicción.

Sobre este concierto, que debía ser una fiesta jubilosa con ocasión de este encuentro de personas provenientes de casi todas las naciones del mundo, se cierne la sombra del seísmo que ha producido gran sufrimiento a numerosos habitantes de nuestro país. Las palabras tomadas del *Himno a la alegría* de Schiller suenan como vacías para nosotros, más aún, no parecen verdaderas. De hecho, no experimentamos las chispas divinas del Elisio. No estamos ebrios de fuego, sino más bien paralizados por el dolor ante una destrucción tan grande e incomprensible que ha costado vidas humanas, que ha dejado a muchos sin casa y sin hogar. Incluso nos parece discutible la hipótesis

de que sobre el cielo estrellado debe de habitar un buen padre. ¿El buen padre está sólo sobre el cielo estrellado? ¿Su bondad no llega hasta nosotros? Nosotros buscamos un Dios que no truena a lo lejos, sino que entra en nuestra vida y en nuestro sufrimiento.

En esta hora quisiéramos referir las palabras de Beethoven, «Amigos, no estos tonos...», precisamente a las de Schiller. No estos tonos. No necesitamos un discurso irreal de un Dios lejano y de una fraternidad que no compromete. Estamos en busca del Dios cercano. Buscamos una fraternidad que, en medio de los sufrimientos, sostiene al otro y así ayuda a seguir adelante. Después de este concierto muchos irán a la adoración eucarística, al Dios que se ha metido en nuestros sufrimientos y sigue haciéndolo. Al Dios que sufre con nosotros y por nosotros, y así ha capacitado a los hombres y las mujeres para compartir el sufrimiento de los demás y para transformarlo en amor. Precisamente a eso nos sentimos llamados por este concierto.

Así pues, gracias, una vez más, a la orquesta y al coro del teatro en la Scala, a los solistas y a todos los que han hecho posible este evento. Gracias al maestro Daniel Barenboim también porque con la elección de la Novena Sinfonía de Beethoven nos permite lanzar con la música un mensaje que afirme el valor fundamental de la solidaridad, de la fraternidad y de la paz. Y me parece que este mensaje también es

valioso para la familia, porque es en la familia donde se experimenta por primera vez que la persona humana no ha sido creada para vivir encerrada en sí misma, sino en relación con los demás; es en la familia donde se comprende cómo la propia realización no se logra poniéndose en el centro, guiados por el egoísmo, sino entregándose; es en la familia donde se comienza a encender en el corazón la luz de la paz para que ilumine nuestro mundo. Y gracias a todos vosotros por el momento que hemos vivido juntos. ¡Gracias de corazón!

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la celebración de la Hora
Media con sacerdotes, religiosos,
consagrados y seminaristas***

*Duomo de Milán. Sábado, 2 de junio
de 2012*

Queridos hermanos y hermanas:

Nos hemos reunido en oración, respondiendo a la invitación del himno ambrosiano de la Hora Tercia: «Es la hora tercia. Jesús, el Señor, sube injuriado a la cruz». Es una clara referencia a la obediencia amorosa de Jesús a la voluntad del Padre. El misterio pascual ha dado inicio a un tiempo nuevo: la muerte y resurrección de Cristo recrea la inocencia en la humanidad y suscita en ella la alegría. De hecho, el himno prosigue: «Aquí comienza la época de la salvación de Cristo», «*Hinc iam bea-*

ta tempora coepere Christi gratia». Nos hemos reunido en la basílica catedral, en este Duomo, que es verdaderamente el corazón de Milán. Desde aquí el pensamiento se extiende a la vastísima archidiócesis ambrosiana, que a lo largo de los siglos y también en tiempos recientes ha dado a la Iglesia hombres insignes por su santidad de vida y por su ministerio, como san Ambrosio y san Carlos, y algunos Pontífices de talla poco común, como Pío XI y el siervo de Dios Pablo VI, y los beatos cardenales Andrea Carlo Ferrari y Alfredo Ildefonso Schuster.

Me alegra mucho estar un poco con vosotros. Saludo con afecto a todos, y a cada uno en particular, y extendiendo mi saludo de modo especial a los que están enfermos o son muy ancianos. Saludo con viva cordialidad a vuestro arzobispo, el cardenal Angelo Scola, y le agradezco sus amables palabras; saludo con afecto a vuestros pastores eméritos, los cardenales Carlo Maria Martini y Dionigi Tettamanzi, con los demás cardenales y obispos presentes.

En este momento vivimos el misterio de la Iglesia en su expresión más alta, la de la oración litúrgica. Nuestros labios, nuestro corazón y nuestra mente, en la oración eclesial se hacen intérpretes de las necesidades y de los anhelos de toda la humanidad. Con las palabras del Salmo 118 hemos suplicado al Señor en nombre de todos los hombres: «Inclina mi corazón a tus preceptos... Señor, que me alcance tu

favor» (vv. 36.41). La oración diaria de la Liturgia de las Horas constituye una tarea esencial del ministerio ordenado en la Iglesia. También a través del Oficio divino, que prolonga a lo largo de la jornada el misterio central de la Eucaristía, los presbíteros están unidos de modo especial al Señor Jesús, vivo y operante en el tiempo. ¡El sacerdocio es un don precioso! Vosotros, queridos seminaristas que os preparáis para recibirlo, aprended a gustarlo desde ahora y vivid con empeño el valioso tiempo en el seminario. El arzobispo Montini, durante las ordenaciones de 1958 dijo precisamente en esta catedral: «Comienza la vida sacerdotal: un poema, un drama, un misterio nuevo..., fuente de perpetua meditación..., siempre objeto de descubrimiento y de maravilla; [el sacerdocio] -dijo- siempre es novedad y belleza para quien le dedica un pensamiento amoroso..., es reconocimiento de la obra de Dios en nosotros» (*Homilía en la ceremonia de ordenación de 46 sacerdotes*, 21 de junio de 1958).

Si Cristo, para edificar su Iglesia, se entrega en las manos del sacerdote, este a su vez se debe abandonar a él sin reservas: el amor al Señor Jesús es el alma y la razón del ministerio sacerdotal, como fue premisa para que él asignara a Pedro la misión de apacentar su rebaño: «Simón..., ¿me amas más que estos?... Apacienta mis corderos (*Jn* 21, 15)». El concilio Vaticano II recordó que Cristo «es siempre el principio y fuente de la unidad de su vida. Los presbíteros, por tanto, conseguirán la

unidad de su vida uniéndose a Cristo en el conocimiento de la voluntad del Padre y en la entrega de sí mismos a favor del rebaño a ellos confiado. Así, realizando la misión del buen Pastor, encontrarán en el ejercicio mismo de la caridad pastoral el vínculo de la perfección sacerdotal que una su vida con su acción» (*Presbyterorum ordinis*, 14). Precisamente sobre esta cuestión afirmó: en las diversas ocupaciones, de hora en hora, la unidad de la vida, la unidad del ser sacerdote se encuentra precisamente en esta fuente de la amistad profunda de con Jesús, en estar interiormente junto con él. Y no hay oposición entre el bien de la persona del sacerdote y su misión; más aún, la caridad pastoral es elemento unificador de vida que parte de una relación cada vez más íntima con Cristo en la oración para vivir la entrega total de sí mismos en favor del rebaño, de modo que el pueblo de Dios crezca en la comunión con Dios y sea manifestación de la comunión de la Santísima Trinidad. De hecho, cada una de nuestras acciones tiene como finalidad llevar a los fieles a la unión con el Señor y hacer crecer así la comunión eclesial para la salvación del mundo. Las tres cosas: unión personal con Dios, bien de la Iglesia y bien de la humanidad en su totalidad no son cosas distintas u opuestas, sino una sinfonía de la fe vivida.

El celibato sacerdotal y la virginidad consagrada son signo luminoso de esta caridad pastoral y de un corazón indiviso. En el himno de san Ambrosio

hemos cantado: «Si en ti nace el Hijo de Dios, conservas la vida inocente». «Acoger a Cristo» -«*Christum suscipere*»- es un tema que vuelve a menudo en la predicación del santo obispo de Milán; cito un pasaje de su Comentario a san Lucas: «Quien acoge a Cristo en la intimidad de su casa se sacia con las alegrías más grandes» (*Expos. Evangelii sec. Lucam*, v. 16). El Señor Jesús fue su gran atractivo, el tema principal de su reflexión y de su predicación, y sobre todo el término de un amor vivo e íntimo. Sin duda, el amor a Jesús vale para todos los cristianos, pero adquiere un significado singular para el sacerdote célibe y para quien ha respondido a la vocación a la vida consagrada: sólo y siempre en Cristo se encuentra la fuente y el modelo para repetir a diario el «sí» a la voluntad de Dios. «¿Qué lazos tenía Cristo?», se preguntaba san Ambrosio, que con intensidad sorprendente predicó y cultivó la virginidad en la Iglesia, promoviendo también la dignidad de la mujer. A esa pregunta respondía: «No tiene lazos de cuerda, sino vínculos de amor y afecto del alma» (*De virginitate*, 13, 77). Y, precisamente en un célebre sermón a las vírgenes, dijo: «Cristo es todo para nosotros. Si tú quieres curar tus heridas, él es médico; si estás ardiendo de fiebre, él es fuente refrescante; si estás oprimido por la iniquidad, él es justicia; si tienes necesidad de ayuda, él es vigor; si temes la muerte, él es la vida; si deseas el cielo, él es el camino; si huyes de las tinieblas, él es la luz; si buscas comida, él es alimento» (*ib.*, 16, 99).

Queridos hermanos y hermanas consagrados, os agradezco vuestro testimonio y os aliento: mirad al futuro con confianza, contando con la fidelidad de Dios, que no nos faltará nunca, y el poder de su gracia, capaz de realizar siempre nuevas maravillas, también en nosotros y con nosotros. Las antífonas de la salmodia de este sábado nos han llevado a contemplar el misterio de la Virgen María. De hecho, en ella podemos reconocer el «tipo de vida en pobreza y virginidad que eligió para sí mismo Cristo el Señor y que también abrazó su madre, la Virgen» (*Lumen gentium*, 46), una vida en plena obediencia a la voluntad de Dios.

El himno nos ha recordado también las palabras de Jesús en la cruz: «Desde la gloria de su patíbulo, Jesús habla a la Virgen: “Mujer, he ahí a tu hijo”; “Juan, he ahí a tu madre”». María, Madre de Cristo, extiende y prolonga también en nosotros su divina maternidad, para que el ministerio de la Palabra y de los sacramentos, la vida de contemplación y la actividad apostólica en las múltiples formas perseveren, sin cansancio y con valentía, al servicio de Dios y para la edificación de su Iglesia.

En este momento quiero dar gracias a Dios por los numerosos sacerdotes ambrosianos, religiosos y religiosas que han gastado sus energías al servicio del Evangelio, llegando incluso al sacrificio supremo de la vida. Algunos de ellos han sido propuestos al culto y a la imitación de los fieles también en

tiempos recientes: los beatos sacerdotes Luigi Talamoni, Luigi Biraghi, Luigi Monza, Carlo Gnocchi, Serafino Morazzone; los beatos religiosos Giovanni Mazzucconi, Luigi Monti y Clemente Vismara, y las religiosas Maria Anna Sala y Enrichetta Alfieri. Por su común intercesión pidamos con confianza al Dador de todo don que haga siempre fecundo el ministerio de los sacerdotes, que refuerce el testimonio de las personas consagradas, para mostrar al mundo la belleza de la entrega a Cristo y a la Iglesia; y que renueve a las familias cristianas según el designio de Dios, para que sean espacios de gracia y de santidad, terreno fértil para las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Amén. Gracias.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, en el encuentro con los confirmandos

Estadio “Meazza”, San Siro. Sábado. 2 de junio de 2012

Queridos muchachos y muchachas:

Para mí es una gran alegría poder encontrarme con vosotros durante mi visita a vuestra ciudad. En este famoso estadio de fútbol hoy los protagonistas sois vosotros. Saludo a vuestro arzobispo, el cardenal Angelo Scola, y le agradezco las palabras que me ha dirigido. Gracias también a don Samuele Marelli. Saludo a vuestro amigo que, en nombre de todos vosotros, me ha

dirigido palabras de bienvenida. Me alegra saludar a los vicarios episcopales que, en nombre del arzobispo, os han administrado o administrarán la Confirmación. Expreso mi agradecimiento en particular a la fundación «Oratori Milanese» que ha organizado este encuentro, a vuestros sacerdotes, a todos los catequistas, a los educadores, a los padrinos y a las madrinas, y a quienes en las diversas comunidades parroquiales se han hecho vuestros compañeros de viaje y os han testimoniado la fe en Jesucristo muerto y resucitado, y vivo.

Vosotros, queridos muchachos, os estáis preparando para recibir el sacramento de la Confirmación, o lo habéis recibido recientemente. Sé que habéis realizado un buen itinerario formativo, llamado este año «El espectáculo del Espíritu». Ayudados por este itinerario, con varias etapas, habéis aprendido a reconocer las cosas estupendas que el Espíritu Santo ha hecho y hace en vuestra vida y en todos los que dicen «sí» al Evangelio de Jesucristo. Habéis descubierto el gran valor del Bautismo, el primero de los sacramentos, la puerta de entrada a la vida cristiana. Vosotros lo habéis recibido gracias a vuestros padres, que juntamente con los padrinos, en vuestro nombre, profesaron el Credo y se comprometieron a educaros en la fe. Esta fue para vosotros -al igual que para mí, hace mucho tiempo- una gracia inmensa. Desde aquel momento, renacidos por el agua y por el Espíritu Santo, habéis entrado a formar parte de la familia de los hijos

de Dios, habéis llegado a ser cristianos, miembros de la Iglesia.

Ahora habéis crecido, y vosotros mismos podéis decir vuestro personal «sí» a Dios, un «sí» libre y consciente. El sacramento de la Confirmación refuerza el Bautismo y derrama el Espíritu Santo en abundancia sobre vosotros. Ahora vosotros mismos, llenos de gratitud, tenéis la posibilidad de acoger sus grandes dones, que os ayudan, en el camino de la vida, a ser testigos fieles y valientes de Jesús. Los dones del Espíritu son realidades estupendas, que os permiten formaros como cristianos, vivir el Evangelio y ser miembros activos de la comunidad. Recuerdo brevemente estos dones, de los que ya nos habla el profeta Isaías y luego Jesús:

El primer don es la *sabiduría*, que os hace descubrir cuán bueno y grande es el Señor y, como lo dice la palabra, hace que vuestra vida esté llena de sabor, para que, como decía Jesús, seáis «sal de la tierra».

Luego el don de *entendimiento*, para que comprendáis a fondo la Palabra de Dios y la verdad de la fe.

Después viene el don de *consejo*, que os guiará a descubrir el proyecto de Dios para vuestra vida, para la vida de cada uno de vosotros.

Sigue el don de *fortaleza*, para vencer las tentaciones del mal y hacer siempre el bien, incluso cuando cuesta sacrificio.

Luego el don de *ciencia*, no ciencia en el sentido técnico, como se enseña en la Universidad, sino ciencia en el sentido más profundo, que enseña a encontrar en la creación los signos, las huellas de Dios, a comprender que Dios habla en todo tiempo y me habla a mí, y a animar con el Evangelio el trabajo de cada día; a comprender que hay una profundidad y comprender esta profundidad, y así dar sentido al trabajo, también al que resulta difícil.

Otro don es el de *piEDAD*, que mantiene viva en el corazón la llama del amor a nuestro Padre que está en el cielo, para que oremos a él cada día con confianza y ternura de hijos amados; para no olvidar la realidad fundamental del mundo y de mi vida: que Dios existe, y que Dios me conoce y espera mi respuesta a su proyecto.

Y, por último, el séptimo don es el *temor de Dios* -antes hablamos del miedo-; temor de Dios no indica miedo, sino sentir hacia él un profundo respeto, el respeto de la voluntad de Dios que es el verdadero designio de mi vida y es el camino a través del cual la vida personal y comunitaria puede ser buena; y hoy, con todas las crisis que hay en el mundo, vemos la importancia de que cada uno respete esta voluntad de Dios grabada en nuestro corazón y según la cual debemos vivir; y así este temor de Dios es deseo de hacer el bien, de vivir en la verdad, de cumplir la voluntad de Dios.

Queridos muchachos y muchachas, toda la vida cristiana es un camino, es como recorrer una senda que sube a un monte -por tanto, no siempre es fácil, pero subir a un monte es una experiencia bellísima- en compañía de Jesús. Con estos dones preciosos vuestra amistad con él será aún más verdadera y más íntima. Esa amistad se alimenta continuamente con el sacramento de la Eucaristía, en el que recibimos su Cuerpo y su Sangre. Por eso os invito a participar siempre con alegría y fidelidad en la misa dominical, cuando toda la comunidad se reúne para orar juntamente, para escuchar la Palabra de Dios y participar en el Sacrificio eucarístico. Y acudid también al sacramento de la Penitencia, a la Confesión: es un encuentro con Jesús, que perdona nuestros pecados y nos ayuda a hacer el bien. Recibir el don, recomenzar de nuevo es un gran don en la vida, saber que soy libre, que puedo recomenzar, que todo está perdonado. Que no falte, además, vuestra oración personal de cada día. Aprended a dialogar con el Señor, habladle con confianza, contadle vuestras alegrías y preocupaciones, y pedidle luz y apoyo para vuestro camino.

Queridos amigos, vosotros sois afortunados porque en vuestras parroquias hay oratorios, un gran don de la diócesis de Milán. El oratorio, como lo dice la palabra, es un lugar donde se ora, pero también donde se está en grupo con la alegría de la fe, se recibe catequesis, se juega, se organizan actividades

de servicio y de otro tipo; yo diría: se aprende a vivir. Frecuentad asiduamente vuestro oratorio, para madurar cada vez más en el conocimiento y en el seguimiento del Señor. Estos siete dones del Espíritu Santo crecen precisamente en esta comunidad donde se ejercita la vida en la verdad, con Dios. En la familia obedeced a vuestros padres, escuchad las indicaciones que os dan, para crecer como Jesús «en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres» (Lc 2, 52). Por último, no seáis perezosos, sino muchachos y jóvenes comprometidos, especialmente en el estudio, con vistas a la vida futura: es vuestro deber diario y es una gran oportunidad que tenéis para crecer y para preparar el futuro. Estad disponibles y sed generosos con los demás, venciendo la tentación de ponerlos vosotros mismos en el centro, porque el egoísmo es enemigo de la verdadera alegría. Si gustáis ahora la belleza de formar parte de la comunidad de Jesús, podréis también vosotros dar vuestra contribución para hacerla crecer y sabréis invitar a los demás a formar parte de ella. Permitidme asimismo decir que el Señor cada día, también hoy, aquí, os llama a cosas grandes. Estad abiertos a lo que os sugiere y, si os llama a seguirlo por la senda del sacerdocio o de la vida consagrada, no le digáis no. Sería una pereza equivocada. Jesús os colmará el corazón durante toda la vida.

Queridos muchachos, queridas muchachas, os digo con fuerza: tended a altos ideales: todos, no sólo algunos,

pueden llegar a una alta medida. Sed santos. Pero, ¿es posible ser santos a vuestra edad? Os respondo: ¡ciertamente! Lo dice también san Ambrosio, gran santo de vuestra ciudad, en una de sus obras, donde escribe: «Toda edad es madura para Cristo» (*De virginitate*, 40). Y sobre todo lo demuestra el testimonio de numerosos santos coetáneos vuestros, como Domingo Savio o María Goretti. La santidad es la senda normal del cristiano: no está reservada a unos pocos elegidos, sino que está abierta a todos. Naturalmente, con la luz y la fuerza del Espíritu Santo, que no nos faltará si extendemos nuestras manos y abrimos nuestro corazón; y con la guía de nuestra Madre. ¿Quién es nuestra Madre? Es la Madre de Jesús, María. A ella Jesús nos encomendó a todos, antes de morir en la cruz. Que la Virgen María custodie siempre la belleza de nuestro «sí» a Jesús, su Hijo, el gran y fiel Amigo de vuestra vida. Así sea.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, en el encuentro con las Autoridades

Sala del Trono del Arzobispado de Milán. Sábado, 2 de junio de 2012

Ilustres señores:

Os agradezco sinceramente este encuentro, que revela vuestros sentimientos de respeto y estima hacia la Sede apostólica y, al mismo tiempo, me permite, en calidad de Pastor de la Igle-

sia universal, expresaros aprecio por la obra diligente y benemérita que no cesáis de promover para un bienestar civil, social y económico cada vez mayor de las laboriosas poblaciones milanesas y lombardas. Gracias al cardenal Angelo Scola que ha introducido este momento. Al dirigiros mi deferente y cordial saludo a vosotros, mi pensamiento va a aquel que fue vuestro ilustre predecesor, san Ambrosio, gobernador *-consularis-* de las provincias de *Liguria* y *Aemilia*, con sede en la ciudad imperial de Milán, lugar europeo de tránsito y de referencia *-diríamos hoy-*. Antes de ser elegido obispo de *Mediolanum*, de modo inesperado y absolutamente contra su voluntad, porque no se sentía preparado, había sido el responsable del orden público y había administrado la justicia en esta ciudad. Me parecen significativas las palabras con que el prefecto Probo lo invitó como *consularis* a Milán; de hecho, le dijo: «Ve y administra no como un juez, sino como un obispo». Y fue efectivamente un gobernador equilibrado e iluminado que supo afrontar con sabiduría, buen sentido y autoridad las cuestiones, sabiendo superar contrastes y recomponer divisiones. Precisamente quiero detenerme brevemente en algunos principios, por los que él se regía y que siguen siendo valiosos para quienes están llamados a la administración pública.

En su comentario al Evangelio de san Lucas, san Ambrosio recuerda que «la institución del poder deriva tan

bien de Dios, que quien lo ejerce es él mismo *ministro de Dios*» (*Expositio Evangelii secundum Lucam*, IV, 29). Esas palabras podrían parecer extrañas a los hombres del tercer milenio, pero indican claramente una verdad central sobre la persona humana, que es fundamento sólido de la convivencia social: ningún poder del hombre puede considerarse divino; por tanto, ningún hombre es amo de otro hombre. San Ambrosio lo recordará con valentía al emperador, escribiéndole: «También tú, oh augusto emperador, eres un hombre» (*Epistula* 51, 11).

De la enseñanza de san Ambrosio podemos sacar otro elemento. La primera cualidad de quien gobierna es la *justicia*, virtud pública por excelencia, porque atañe al bien de toda la comunidad. Sin embargo, la justicia no basta. San Ambrosio la acompaña con otra cualidad: *el amor a la libertad*, que él considera elemento decisivo para distinguir a los buenos gobernantes de los malos, pues, como se lee en otra de sus cartas, «los buenos aman la libertad, y los malos aman la esclavitud» (*Epistula* 40, 2). La libertad no es un privilegio para algunos, sino un derecho de todos, un valioso derecho que el poder civil debe garantizar. Con todo, la libertad no significa arbitrio del individuo; más bien, implica la responsabilidad de cada uno. Aquí se encuentra uno de los principales elementos de la *laicidad del Estado*: asegurar la libertad para que todos puedan proponer su visión de la vida común, pero siempre en el respe-

to de los demás y en el contexto de las leyes que miran al bien de todos.

Por otra parte, en la medida en que se supera la concepción de un Estado confesional, resulta claro, en cualquier caso, que sus leyes deben encontrar justificación y fuerza en la ley natural, que es fundamento de un orden adecuado a la dignidad de la persona humana, superando una concepción meramente positivista, de la que no pueden derivar indicaciones que sean, de algún modo, de carácter ético (cf. *Discurso al Parlamento alemán*, 22 de septiembre de 2011). El Estado está al servicio y para la protección de la persona y de su «*bien estar*» en sus múltiples aspectos, comenzando por el derecho a la vida, cuya supresión deliberada nunca se puede permitir. Así pues, cada uno puede ver cómo la legislación y la obra de las instituciones estatales deben estar, en particular, al servicio de la familia, fundada en el matrimonio y abierta a la vida; y además deben reconocer el derecho primario de los padres a la libre educación y formación de los hijos, según el proyecto educativo que ellos juzguen válido y pertinente. No se hace justicia a la familia si el Estado no sostiene la libertad de educación para el bien común de toda la sociedad.

Teniendo en cuenta que el Estado existe para los ciudadanos resulta muy valiosa una colaboración constructiva con la Iglesia, sin duda no por una confusión de las finalidades y de las funciones diversas y distintas del poder civil y

de la Iglesia misma, sino por la aportación que ella ha dado y todavía puede dar a la sociedad con su experiencia, su doctrina, su tradición, sus instituciones y sus obras, con las que se ha puesto al servicio del pueblo. Basta pensar en la espléndida legión de los santos de la caridad, de la escuela y de la cultura, del cuidado de los enfermos y los marginados, a los que se sirve y se ama como se sirve y se ama al Señor. Esta tradición sigue dando frutos: la laboriosidad de los cristianos lombardos en esos ambientes es muy viva y tal vez aún más significativa que en el pasado. Las comunidades cristianas promueven estas actividades no tanto como suplencia, cuanto como sobreabundancia gratuita de la caridad de Cristo y de la experiencia totalizadora de su fe. El tiempo de crisis que estamos atravesando, además de valientes decisiones técnico-políticas, necesita gratuidad, como recordé: «La “ciudad del hombre” no se promueve sólo con relaciones de derechos y deberes sino, antes y más aún, con relaciones de gratuidad, de misericordia y de comunión» (*Caritas in veritate*, 6).

Podemos recoger una última y valiosa invitación de san Ambrosio, cuya figura solemne y amonestadora está tejida en el estandarte de la ciudad de Milán. A quienes quieren colaborar en el gobierno y en la administración pública san Ambrosio les pide que se hagan amar. En la obra *De officiis* afirma: «Lo que hace el amor, no podrá nunca hacerlo el miedo. Nada es tan útil como hacerse amar» (II, 29). Por otra parte,

la razón que a su vez mueve y estimula vuestra activa y laboriosa presencia en los distintos ámbitos de la vida pública no puede menos de ser la voluntad de dedicaros al bien de los ciudadanos, y, por tanto, una expresión clara y un signo evidente de amor. Así, la política se ennoblece profundamente, convirtiéndose en una forma elevada de caridad.

Ilustres señores, aceptad estas sencillas consideraciones como signo de mi profunda estima por las instituciones a las que servís y por vuestra importante obra. Que os asista, en esta misión vuestra, la protección continua del cielo, de la cual quiere ser prenda y auspicio la bendición apostólica que os imparto a vosotros, a vuestros colaboradores y a vuestras familias. Gracias.

Intervención del Papa, Benedicto XVI, durante la Fiesta de los Testimonios

Parco de Bresso. Sábado, 2 de junio de 2012

EL PAPA CON LAS FAMILIAS DEL MUNDO

1. CAT TIEN (niña de Vietnam):
Hola, Papa. Soy Cat Tien, vengo de Vietnam.

Tengo siete años y te quiero presentar a mi familia. Él es mi papá, Dan, y mi mamá se llama Tao, y este es mi hermanito Binh.

Me gustaría mucho saber algo de tu familia y de cuando eras pequeño como yo...

SANTO PADRE: Gracias a ti, querida, y a los padres: gracias de corazón. Así que has preguntado cómo son los recuerdos de mi familia: ¡serían tantos! Quisiera decir sólo alguna cosa. Para nosotros, el punto esencial para la familia era siempre el domingo, pero el domingo comenzaba ya el sábado por la tarde. El padre nos contaba las lecturas, las lecturas del domingo, tomadas de un libro muy difundido en aquel tiempo en Alemania, en el que también se explicaban los textos. Así comenzaba el domingo: entrábamos ya en la liturgia, en una atmósfera de alegría. Al día siguiente íbamos a Misa. Mi casa está cerca de Salzburgo y, por tanto, teníamos mucha música – Mozart, Schubert, Haydn – y, cuando empezaba el *Kyrie*, era como si se abriera el cielo. Y, naturalmente, luego, en casa, era muy importante una buena comida todos juntos. Además, cantábamos mucho: mi hermano es un gran músico, ya de chico hacía composiciones para todos nosotros y, así, toda la familia cantaba. El papá tocaba la cítara y cantaba; son momentos inolvidables. Naturalmente, luego hemos hecho viajes juntos, paseos; estábamos cerca de un bosque, así que caminar por los bosques era algo muy bonito: aventuras, juegos, etc. En una palabra, éramos un solo corazón y un alma sola, con tantas experiencias comunes, incluso en tiempos muy difi-

les, porque eran los años de la guerra, antes de la dictadura, y después de la pobreza. Pero este amor recíproco que había entre nosotros, esta alegría aun por cosas simples era grande y así se podían superar y soportar también las dificultades. Me parece que esto es muy importante: que también las pequeñas cosas hayan dado alegría, porque así se expresaba el corazón del otro. De este modo, hemos crecido en la certeza de que es bueno ser hombre, porque veíamos que la bondad de Dios se reflejaba en los padres y en los hermanos. Y, a decir verdad, cuando trato de imaginar un poco cómo será en el Paraíso, se me parece siempre al tiempo de mi juventud, de mi infancia. Así, en este contexto de confianza, de alegría y de amor, éramos felices, y pienso que en el Paraíso debería ser similar a como era en mi juventud. En este sentido, espero ir «a casa», yendo hacia la «otra parte del mundo».

2. SERGE RAZAFINBONY Y FARA ANDRIANOMBONANA, (Pareja de novios de Madagascar):

SERGE: Santidad, somos Fara y Serge, y venimos de Madagascar.

Nos hemos conocido en Florencia, donde estamos estudiando, yo ingeniería y ella economía. Somos novios desde hace cuatro años y soñamos volver a nuestro país en cuanto terminemos los estudios para dar una mano a nuestra gente, también mediante nuestra profesión.

FARA: Los modelos familiares que predominan en Occidente no nos convencen, pero somos conscientes de que también muchos tradicionalismos de nuestra África deban ser de algún modo superados. Nos sentimos hechos el uno para el otro; por eso queremos casarnos y construir un futuro juntos. También queremos que cada aspecto de nuestra vida esté orientado por los valores del Evangelio.

Pero hablando de matrimonio, Santidad, hay una palabra que, más que ninguna otra, nos atrae y al mismo tiempo nos asusta: el «para siempre»...

SANTO PADRE: Queridos amigos, gracias por este testimonio. Mi oración os acompaña en este camino de noviazgo y espero que podáis crear, con los valores del Evangelio, una familia «para siempre». Usted ha aludido a diversos tipos de matrimonio: conocemos el «*mariage coutumier*» de África y el matrimonio occidental. A decir verdad, también en Europa había otro modelo de matrimonio dominante hasta el s. XIX, como ahora: a menudo, el matrimonio era en realidad un contrato entre clanes, con el cual se traba de conservar el clan, de abrir el futuro, de defender las propiedades, etc. Se buscaba a uno para el otro por parte del clan, esperando que fueran idóneos uno para otro. Así sucedía en parte también en nuestros países. Yo me acuerdo que, en un pequeño pueblo en el que iba al colegio, en buena parte se hacía todavía así. Pero luego, desde el s. XIX, viene

la emancipación del individuo, de la persona, y el matrimonio no se basa en la voluntad de otros, sino en la propia elección; comienza con el enamoramiento, se convierte luego en noviazgo y finalmente en matrimonio. En aquel tiempo, todos estábamos convencidos de que ese era el único modelo justo y de que el amor garantizaba de por sí el «siempre», puesto que el amor es absoluto y quiere todo, también la totalidad del tiempo: es «para siempre». Desafortunadamente, la realidad no era así: se ve que el enamoramiento es bello, pero quizás no siempre perpetuo, como lo es también el sentimiento: no permanece por siempre. Por tanto, se ve que el paso del enamoramiento al noviazgo y luego al matrimonio exige diferentes decisiones, experiencias interiores. Como he dicho, es bello este sentimiento de amor, pero debe ser purificado, ha de seguir un camino de discernimiento, es decir, tiene que entrar también la razón y la voluntad; han de unirse razón, sentimiento y voluntad. En el rito del matrimonio, la Iglesia no dice: «¿Estás enamorado?», sino «¿quieres?», «¿estás decidido?». Es decir, el enamoramiento debe hacerse verdadero amor, implicando la voluntad y la razón en un camino de purificación, de mayor hondura, que es el noviazgo, de modo que todo el hombre, con todas sus capacidades, con el discernimiento de la razón y la fuerza de voluntad, dice realmente: «Sí, esta es mi vida». Yo pienso con frecuencia en la boda de Caná. El primer vino es muy bueno: es el enamoramiento. Pero no dura hasta

el final: debe venir un segundo vino, es decir, tiene que fermentar y crecer, madurar. Un amor definitivo que llega a ser realmente «segundo vino» es más bueno, mejor que el primero. Y esto es lo que hemos de buscar. Y aquí es importante también que el yo no esté aislado, el yo y el tú, sino que se vea implicada también la comunidad de la parroquia, la Iglesia, los amigos. Es muy importante esto, toda la personalización justa, la comunión de vida con otros, con familias que se apoyan una a otra; y sólo así, en esta implicación de la comunidad, de los amigos, de la Iglesia, de la fe, de Dios mismo, crece un vino que vale para siempre. ¡Os felicito!

3. FAMILIA PALEOLOGOS (Familia griega)

NIKOS: ¡Kalispera! Somos la familia Paleologos. Venimos de Atenas. Me llamo Nikos y ella es mi mujer Pania. Y estos son nuestros dos hijos, Pavlos y Lydia.

Hace años, con otros dos socios, invirtiendo todo lo que teníamos, hemos creado una pequeña sociedad de informática.

Al llegar la durísima crisis económica actual, los clientes han disminuido drásticamente, y los que han quedado aplazan cada vez más los pagos. A duras penas logramos pagar los sueldos de los dos dependientes, y a nosotros, los socios, nos queda muy poco: así que,

cada día que pasa, nos queda cada vez menos para mantener a nuestras familias. Nuestra situación es una como tantas, una entre millones de otras. En la ciudad, la gente va agachando la cabeza; ya nadie confía en nadie, falta la esperanza.

PANIA: También a nosotros, aunque seguimos creyendo en la providencia, se nos hace difícil pensar en un futuro para nuestros hijos.

Hay días y noches, Santo Padre, en los cuales nos surge la pregunta sobre cómo hacer para no perder la esperanza. ¿Qué puede decir la Iglesia a toda esta gente, a estas personas y familias a las que ya no queda perspectivas?

SANTO PADRE: Queridos amigos, gracias por este testimonio que me ha llegado al corazón y al corazón de todos nosotros. ¿Qué podemos responder? Las palabras son insuficientes. Deberíamos hacer algo concreto y todos sufrimos por el hecho de que somos incapaces de hacer algo concreto. Hablemos primero de la política: me parece que debería crecer el sentido de responsabilidad en todos los partidos, que no prometan cosas que no pueden realizar, que no busquen sólo votos para ellos, sino que sean responsables del bien de todos y que se entienda que la política es siempre también responsabilidad humana, moral ante Dios y los hombres. Después, también las personas sufren y tienen que aceptar, naturalmente, la situación tal como es, a

menudo sin posibilidad de defenderse. Sin embargo, también podemos aquí decir: tratemos de que cada uno haga todo lo que esté en sus manos, que piense en sí mismo, en la familia y en los otros con gran sentido de responsabilidad, sabiendo que los sacrificios son necesarios para seguir adelante. Tercer punto: ¿qué podemos hacer nosotros? Esta es mi pregunta en este momento. Pienso que quizás podrían ayudar los hermanamientos entre ciudades, entre familias, entre parroquias. Nosotros tenemos ahora en Europa una red de hermanamientos, pero se trata de intercambios culturales, ciertamente muy buenos y útiles, pero quizás se requieran hermanamientos en otro sentido: que realmente una familia de Occidente, de Italia, Alemania o Francia,... se tome la responsabilidad de ayudar a otra familia. Y también así las parroquias, las ciudades: que asuman verdaderamente una responsabilidad, que ayuden de forma concreta. Y estad seguros: yo y tantos otros rogamos por vosotros, y esta plegaria no es sólo pronunciar palabras, sino que abre el corazón a Dios, y así suscita también creatividad para encontrar soluciones. Esperamos que el Señor nos ayude, que el Señor os ayude siempre. Gracias.

4. FAMILIA RERRIE (Familia estadounidense)

JAY: Vivimos cerca de Nueva York.

Me llamo Jay, soy de origen jamaiicano y trabajo de contable.

Ella es mi mujer, Anna, y es maestra de apoyo.

Y estos son nuestros seis hijos, que tienen de 2 a 12 años. Así que se puede imaginar, Santidad, que nuestra vida está hecha de continuas carreras contra el tiempo, de afanes, de ajustes muy complicados...

También para nosotros, en los Estados Unidos, una de las prioridades absolutas es conservar el puesto de trabajo y, para ello, no hay que atenerse a los horarios y, con frecuencia, lo que se resiente son precisamente las relaciones familiares.

ANNA: En verdad no siempre es fácil... La impresión, Santidad, es que las instituciones y las empresas no facilitan compaginar el tiempo del trabajo con el tiempo para la familia.

Santidad, imaginamos que para usted tampoco es fácil conciliar sus infinitos compromisos con el descanso.

¿Tiene algún consejo para ayudarnos a reencontrar esta armonía necesaria? En el torbellino de tantos estímulos impuestos por la sociedad contemporánea, ¿cómo ayudar a la familia a vivir la fiesta según el corazón de Dios?

SANTO PADRE: Es una gran cuestión, y creo entender este dilema entre las dos prioridades: la prioridad del puesto de trabajo es fundamental, como lo es la prioridad de la familia.

Y cómo armonizar las dos prioridades. Puedo tratar únicamente de dar algún consejo. El primer punto: hay empresas que permiten un cierto *extra* para las familias – el día del cumpleaños, etc. – y comprueban que conceder un poco de libertad, al final hace bien también a la empresa, porque refuerza el amor por el trabajo, por el puesto de trabajo. Por tanto, quisiera aquí invitar a quienes dan trabajo a pensar en la familia, a pensar también en dar su aportación para que las dos prioridades puedan conciliar. Segundo punto: me parece que naturalmente se deba buscar una cierta creatividad, y esto no siempre es fácil. Pero llevar cada día a la familia al menos algún motivo de alegría, de atención, alguna renuncia a la propia voluntad para estar juntos en familia, y de aceptar y superar las noches, las oscuridades de las que antes ya he hablado, pensando en este gran bien que es la familia y encontrar así una conciliación de las dos prioridades, también en la solicitud por llevar cada día algo bueno. Y finalmente, está el domingo, la fiesta; espero que en América se observe el domingo. Y por tanto, este día, me parece muy importante, porque el domingo, precisamente en cuanto día del Señor es también «día del hombre», porque estamos libres. En el relato de la creación, esta era la intención original del Creador: que todos seamos libres un día. En esta libertad de uno para el otro, para sí mismos, se es libre para Dios. Pienso que así defendemos la libertad del hombre, defendiendo el domingo y las fiestas como días de

Dios y así días del hombre. Os felicito. Gracias.

5. FAMILIA ARAUJO (familia brasileña de Porto Alegre)

MARIA MARTA: Santidad, como en el resto del mundo, también en Brasil los fracasos matrimoniales van aumentando.

Me llamo María Marta, él es Manoel Angelo. Estamos casados desde hace 34 años y somos ya abuelos. En cuanto médico y psicoterapeuta familiar encontramos tantas familias, observando en los conflictos de pareja una dificultad mayor de perdonar y de aceptar el perdón, pero en diversos casos hemos visto el deseo y la voluntad de construir una nueva unión algo de duradero, también para los hijos que nacen de la nueva unión.

MANOEL ANGELO: Algunas de estas parejas que se vuelven a casar desearían acercarse nuevamente a la Iglesia, pero cuando ven que se les niega los sacramentos su desilusión es grande. Se sienten excluidos, marcados por un juicio inapelable.

Estos grandes sufrimientos hieren en lo profundo a quien está implicado; heridas que se convierten también parte del mundo, y son heridas también nuestras, de toda la humanidad.

Santo Padre, sabemos que esta situación y estas personas es una gran preocu-

pación para la Iglesia: ¿Qué palabras y signos de esperanza podemos darles?

SANTO PADRE: Queridos amigos, gracias por vuestro trabajo tan necesario de psicoterapeutas para la familia. Gracias por todo lo que hacéis por ayudar a estas personas que sufren. En realidad, este problema de los divorciados y vueltos a casar es una de las grandes penas de la Iglesia de hoy. Y no tenemos recetas sencillas. El sufrimiento es grande y podemos sólo animar a las parroquias, a cada uno individualmente, a que ayuden a estas personas a soportar el dolor de este divorcio. Diría que, naturalmente, sería muy importante la prevención, es decir, que se profundizara desde el inicio del enamoramiento hasta llegar a una decisión profunda, madura; y también el acompañamiento durante el matrimonio, para que las familias nunca estén solas sino que estén realmente acompañadas en su camino. Y luego, por lo que se refiere a estas personas, debemos decir – como usted ha hecho notar – que la Iglesia les ama, y ellos deben ver y sentir este amor. Me parece una gran tarea de una parroquia, de una comunidad católica, el hacer realmente lo posible para que sientan que son amados, aceptados, que no están «fuera» aunque no puedan recibir la absolución y la Eucaristía: deben ver que aun así viven plenamente en la Iglesia. A lo mejor, si no es posible la absolución en la Confesión, es muy importante sin embargo un contacto permanente con un sacerdote, con un director espiritual, para

que puedan ver que son acompañados, guiados. Además, es muy valioso que sientan que la Eucaristía es verdadera y participada si realmente entran en comunión con el Cuerpo de Cristo. Aun sin la recepción «corporal» del sacramento, podemos estar espiritualmente unidos a Cristo en su Cuerpo. Y hacer entender que esto es importante. Que encuentren realmente la posibilidad de vivir una vida de fe, con la Palabra de Dios, con la comunión de la Iglesia y puedan ver que su sufrimiento es un don para la Iglesia, porque sirve así a todos para defender también la estabilidad del amor, del matrimonio; y que este sufrimiento no es sólo un tormento físico y psicológico, sino que también es un sufrir en la comunidad de la Iglesia por los grandes valores de nuestra fe. Pienso que su sufrimiento, si se acepta de verdad interiormente, es un don para la Iglesia. Deben saber que precisamente de esa manera sirven a la Iglesia, están en el corazón de la Iglesia. Gracias por vuestro compromiso.

SALUDOS A LOS AFECTADOS POR EL TERREMOTO

SANTO PADRE: Querido amigos, sabéis que sentimos profundamente vuestro dolor, vuestro sufrimiento; y sobretodo, ruego cada día para que termine por fin este terremoto. Todos queremos colaborar para ayudarlos: estad seguros de que no los olvidamos, que todos hacemos lo posible para ayudarles – la *Caritas*, todas las organizaciones de la Iglesia, el Estado, las

diversas comunidades –; cada uno de nosotros quiere ayudarlos, sea espiritualmente con nuestra plegaria, con la cercanía de corazón, sea materialmente, y oro insistentemente por vosotros. Dios os ayude, nos ayude a todos. Os felicito, el Señor os bendiga.

Homilía del Papa, Benedicto XVI, en la Celebración Eucarística

Venerados hermanos, Ilustres autoridades, Queridos hermanos y hermanas

Es un gran momento de alegría y comunión el que vivimos esta mañana, con la celebración del sacrificio eucarístico. Una gran asamblea, reunida con el Sucesor de Pedro, formada por fieles de muchas naciones. Es una imagen expresiva de la Iglesia, una y universal, fundada por Cristo y fruto de aquella misión que, como hemos escuchado en el evangelio, Jesús confió a sus apóstoles: Ir y hacer discípulos a todos los pueblos, «bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (*Mt* 28, 18-19). Saludo con afecto y reconocimiento al Cardenal Angelo Scola, Arzobispo de Milán, y al Cardenal Ennio Antonelli, Presidente del Pontificio Consejo para la Familia, artífices principales de este VII Encuentro Mundial de las Familias, así como a sus colaboradores, a los obispos auxiliares de Milán y a todos los demás obispos. Saludo con alegría a todas las autoridades presentes. Mi

abrazo cordial va dirigido sobre todo a vosotras, queridas familias. Gracias por vuestra participación.

En la segunda lectura, el apóstol Pablo nos ha recordado que en el bautismo hemos recibido el Espíritu Santo, que nos une a Cristo como hermanos y como hijos nos relaciona con el Padre, de tal manera que podemos gritar: «¡Abba, Padre!» (cf. *Rm* 8, 15.17). En aquel momento se nos dio un germen de vida nueva, divina, que hay que desarrollar hasta su cumplimiento definitivo en la gloria celestial; hemos sido hechos miembros de la Iglesia, la familia de Dios, «*sacrarium Trinitatis*», según la define san Ambrosio, pueblo que, como dice el Concilio Vaticano II, aparece «unido por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (Const. *Lumen gentium*, 4). La solemnidad litúrgica de la Santísima Trinidad, que celebramos hoy, nos invita a contemplar ese misterio, pero nos impulsa también al compromiso de vivir la comunión con Dios y entre nosotros según el modelo de la Trinidad. Estamos llamados a acoger y transmitir de modo concorde las verdades de la fe; a vivir el amor recíproco y hacia todos, compartiendo gozos y sufrimientos, aprendiendo a pedir y conceder el perdón, valorando los diferentes carismas bajo la guía de los pastores. En una palabra, se nos ha confiado la tarea de edificar comunidades eclesiales que sean cada vez más una familia, capaces de reflejar la belleza de la Trinidad y de evangelizar no sólo con la palabra.

Más bien diría por «irradiación», con la fuerza del amor vivido.

La familia, fundada sobre el matrimonio entre el hombre y la mujer, está también llamada al igual que la Iglesia a ser imagen del Dios Único en Tres Personas. Al principio, en efecto, «creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; hombre y mujer los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: “Creced, multiplicaos”» (*Gn* 1, 27-28). Dios creó el ser humano hombre y mujer, con la misma dignidad, pero también con características propias y complementarias, para que los dos fueran un don el uno para el otro, se valoraran recíprocamente y realizaran una comunidad de amor y de vida. El amor es lo que hace de la persona humana la auténtica imagen de la Trinidad, imagen de Dios. Queridos esposos, viviendo el matrimonio no os dais cualquier cosa o actividad, sino la vida entera. Y vuestro amor es fecundo, en primer lugar, para vosotros mismos, porque deseáis y realizáis el bien el uno al otro, experimentando la alegría del recibir y del dar. Es fecundo también en la procreación, generosa y responsable, de los hijos, en el cuidado esmerado de ellos y en la educación metódica y sabia. Es fecundo, en fin, para la sociedad, porque la vida familiar es la primera e insustituible escuela de virtudes sociales, como el respeto de las personas, la gratuidad, la confianza, la responsabilidad, la solidaridad, la cooperación. Queridos esposos, cuidad

a vuestros hijos y, en un mundo dominado por la técnica, transmitidles, con serenidad y confianza, razones para vivir, la fuerza de la fe, planteándoles metas altas y sosteniéndolos en la debilidad. Pero también vosotros, hijos, procurad mantener siempre una relación de afecto profundo y de cuidado diligente hacia vuestros padres, y también que las relaciones entre hermanos y hermanas sean una oportunidad para crecer en el amor.

El proyecto de Dios sobre la pareja humana encuentra su plenitud en Jesucristo, que elevó el matrimonio a sacramento. Queridos esposos, Cristo, con un don especial del Espíritu Santo, os hace partícipes de su amor esponsal, haciéndoos signo de su amor por la Iglesia: un amor fiel y total. Si, con la fuerza que viene de la gracia del sacramento, sabéis acoger este don, renovando cada día, con fe, vuestro «sí», también vuestra familia vivirá del amor de Dios, según el modelo de la Sagrada Familia de Nazaret. Queridas familias, pedid con frecuencia en la oración la ayuda de la Virgen María y de san José, para que os enseñen a acoger el amor de Dios como ellos lo acogieron. Vuestra vocación no es fácil de vivir, especialmente hoy, pero el amor es una realidad maravillosa, es la única fuerza que puede verdaderamente transformar el cosmos, el mundo. Ante vosotros está el testimonio de tantas familias, que señalan los caminos para crecer en el amor: mantener una rela-

ción constante con Dios y participar en la vida eclesial, cultivar el diálogo, respetar el punto de vista del otro, estar dispuestos a servir, tener paciencia con los defectos de los demás, saber perdonar y pedir perdón, superar con inteligencia y humildad los posibles conflictos, acordar las orientaciones educativas, estar abiertos a las demás familias, atentos con los pobres, responsables en la sociedad civil. Todos estos elementos construyen la familia. Vividlos con valentía, con la seguridad de que en la medida en que viváis el amor recíproco y hacia todos, con la ayuda de la gracia divina, os convertiréis en evangelio vivo, una verdadera Iglesia doméstica (cf. Exh. ap. *Familiaris consortio*, 49). Quisiera dirigir unas palabras también a los fieles que, aun compartiendo las enseñanzas de la Iglesia sobre la familia, están marcados por las experiencias dolorosas del fracaso y la separación. Sabed que el Papa y la Iglesia os sostienen en vuestra dificultad. Os animo a permanecer unidos a vuestras comunidades, al mismo tiempo que espero que las diócesis pongan en marcha adecuadas iniciativas de acogida y cercanía.

En el libro del *Génesis*, Dios confía su creación a la pareja humana, para que la guarde, la cultive, la encamine según su proyecto (cf. 1,27-28; 2,15). En esta indicación de la Sagrada Escritura podemos comprender la tarea del hombre y la mujer como colaboradores de Dios para transformar el mundo, a través del trabajo, la ciencia

y la técnica. El hombre y la mujer son imagen de Dios también en esta obra preciosa, que han de cumplir con el mismo amor del Creador. Vemos que, en las modernas teorías económicas, prevalece con frecuencia una concepción utilitarista del trabajo, la producción y el mercado. El proyecto de Dios y la experiencia misma muestran, sin embargo, que no es la lógica unilateral del provecho propio y del máximo beneficio lo que contribuye a un desarrollo armónico, al bien de la familia y a edificar una sociedad justa, ya que supone una competencia exasperada, fuertes desigualdades, degradación del medio ambiente, carrera consumista, pobreza en las familias. Es más, la mentalidad utilitarista tiende a extenderse también a las relaciones interpersonales y familiares, reduciéndolas a simples convergencias precarias de intereses individuales y minando la solidez del tejido social.

Un último elemento. El hombre, en cuanto imagen de Dios, está también llamado al descanso y a la fiesta. El relato de la creación concluye con estas palabras: «Y habiendo concluido el día séptimo la obra que había hecho, descansó el día séptimo de toda la obra que había hecho. Y bendijo Dios el día séptimo y lo consagró» (*Gn 2,2-3*). Para nosotros, cristianos, el día de fiesta es el domingo, día del Señor, pascua semanal. Es el día de la Iglesia, asamblea convocada por el Señor alrededor de la mesa de la pala-

bra y del sacrificio eucarístico, como estamos haciendo hoy, para alimentarnos de él, entrar en su amor y vivir de su amor. Es el día del hombre y de sus valores: convivialidad, amistad, solidaridad, cultura, contacto con la naturaleza, juego, deporte. Es el día de la familia, en el que se vive juntos el sentido de la fiesta, del encuentro, del compartir, también en la participación de la santa Misa. Queridas familias, a pesar del ritmo frenético de nuestra época, no perdáis el sentido del día del Señor. Es como el oasis en el que detenerse para saborear la alegría del encuentro y calmar nuestra sed de Dios.

Familia, trabajo, fiesta: tres dones de Dios, tres dimensiones de nuestra existencia que han de encontrar un equilibrio armónico. Armonizar el tiempo del trabajo y las exigencias de la familia, la profesión y la paternidad y la maternidad, el trabajo y la fiesta, es importante para construir una sociedad de rostro humano. A este respecto, privilegiad siempre la lógica del ser respecto a la del tener: la primera construye, la segunda termina por destruir. Es necesario aprender, antes de nada en familia, a creer en el amor auténtico, el que viene de Dios y nos une a él y precisamente por eso «nos transforma en un Nosotros, que supera nuestras divisiones y nos convierte en una sola cosa, hasta que al final Dios sea “todo para todos” (*1 Co 15,28*)» (*Enc. Deus caritas est*, 18). Amén.

VISITA PASTORAL A LAS ZONAS AFECTADAS POR EL TERREMOTO DE EMILIA-ROMAÑA (26 DE JUNIO DE 2012)

Discurso del Papa, Benedicto XVI.

*San Marino di Carpi – Modena.
Martes, 26 de junio de 2012*

Queridos hermanos y hermanas:

¡Gracias por vuestra acogida!

Desde los primeros días del terremoto que os golpeó, he estado siempre cerca de vosotros con la oración y el interés. Pero cuando vi que la prueba se hacía más dura, sentí de modo más fuerte la necesidad de venir en persona en medio de vosotros. Y doy gracias al Señor que me lo ha concedido.

Así, estoy con gran afecto con vosotros, aquí reunidos, y abrazo con la mente y con el corazón a todos los pueblos, a todas las poblaciones que han sufrido daños a causa del seísmo, especialmente a las familias y a las comunidades que lloran a sus difuntos: que el Señor los acoja en su paz. Hubiera querido visitar a todas las comunidades para hacerme presente de modo personal y concreto, pero vosotros sabéis bien que sería muy difícil. En este momento, sin embargo, quisiera que todos, en cada pueblo, sintierais que el corazón del Papa está cerca de vuestro corazón para consolaros, pero sobre todo para animaros y para sosteneros. Saludo al señor ministro representante del Gobierno, al jefe del departamento

de la Protección civil, y al honorable Vasco Errani, presidente de la región Emilia Romagna, al que agradezco de corazón las palabras que me ha dirigido en nombre de las instituciones y de la comunidad civil. Deseo expresar mi gratitud también al cardenal Carlo Caffarra, arzobispo de Bolonia, por las afectuosas palabras que me ha dirigido, en las que se aprecia la fuerza de vuestros corazones, que no tienen grietas, sino que están profundamente unidos en la fe y en la esperanza. Saludo y manifiesto mi agradecimiento a mis hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, a los representantes de las diferentes realidades religiosas y sociales, a las fuerzas del orden y a los voluntarios: es importante dar un testimonio concreto de solidaridad y de unidad. Agradezco este gran testimonio, sobre todo de los voluntarios.

Como os decía, he sentido la necesidad de venir, aunque sea sólo por un breve momento, en medio de vosotros. Ya cuando estaba en Milán, a inicios de este mes, para el Encuentro mundial de las familias, habría querido pasar a visitaros, y a menudo pensaba en vosotros. De hecho, sabía que, además de sufrir las consecuencias materiales, estabais atravesando una prueba en vuestro espíritu, por la prolongación de las sacudidas, algunas incluso fuertes; así como por la pérdida de algunos edificios simbólicos de vuestros pueblos y, entre

ellos de modo particular, de muchas iglesias. Aquí, en Rovereto di Novi, al derrumbarse la iglesia -que acabo de ver- perdió la vida don Ivan Martini. Rindiendo homenaje a su memoria, dirijo un saludo particular a vosotros, queridos sacerdotes, y a todos vuestros compañeros, que estáis demostrando, como ya sucedió en otras horas difíciles de la historia de estas tierras, vuestro amor generoso al pueblo de Dios.

Como sabéis, nosotros los sacerdotes -aunque también los religiosos y no pocos laicos- rezamos cada día con el «Breviario», que contiene la Liturgia de las Horas, la oración de la Iglesia que marca la jornada. Oramos con los Salmos, según un orden que es el mismo para toda la Iglesia católica, en todo el mundo. ¿Por qué os digo esto? Porque en estos días, al rezar el Salmo 46, he encontrado esta expresión que me ha conmovido: «Dios es nuestro refugio y nuestra fuerza, poderoso defensor en el peligro. Por eso no tememos aunque tiemble la tierra y los montes se desplomen en el mar» (*Sal 46, 2-3*). ¿Cuántas veces he leído estas palabras? Innumerales veces. Soy sacerdote desde hace sesenta y un años. Y sin embargo, en ciertos momentos, como este, esas palabras me conmueven profundamente, porque tocan el corazón, dan voz a una experiencia que ahora vosotros estáis viviendo, y que comparten todos los que rezan. Pero, como veis, estas palabras del Salmo no sólo me impresionan porque usan la imagen del terremoto, sino sobre todo por lo que afirman res-

pecto de nuestra actitud interior ante la devastación de la naturaleza: una actitud de gran seguridad, basada en la roca estable, inquebrantable, que es Dios. Nosotros «no tememos aunque tiemble la tierra» -dice el salmista- porque «Dios es nuestro refugio y nuestra fuerza», es «poderoso defensor en el peligro».

Queridos hermanos y hermanas, estas palabras parecen contrastar con el miedo que inevitablemente se siente después de una experiencia como la que habéis vivido. Una reacción inmediata, que puede imprimirse más profundamente si el fenómeno se prolonga. Pero, en realidad, el Salmo no se refiere a este tipo de miedo, que es natural, y la seguridad que afirma no es la de superhombres que no albergan sentimientos normales. La seguridad de la que habla es la de la fe, por la que, ciertamente, podemos tener miedo, angustia -la experimentó también Jesús, como sabemos-, pero en medio de todo miedo y angustia tenemos, sobre todo, la certeza de que Dios está con nosotros; como el niño que sabe que siempre puede contar con su mamá y su papá, porque se siente amado, querido, ocurra lo que ocurra. Así, con respecto a Dios, somos pequeños, frágiles, pero seguros en sus manos, es decir, abandonados a su Amor, que es sólido como una roca. Este Amor lo vemos en Cristo crucificado, que es el signo del dolor, del sufrimiento y, a la vez, del amor. Es la revelación de Dios Amor, solidario con nosotros hasta la extrema humillación.

Sobre esta roca, con esta firme esperanza, se puede construir, se puede reconstruir. Sobre los escombros de la segunda guerra mundial -no sólo los materiales- Italia ciertamente fue reconstruida también gracias a las ayudas recibidas, pero sobre todo gracias a la fe de mucha gente animada por un espíritu de verdadera solidaridad, por la voluntad de dar un futuro a las familias, un futuro de libertad y de paz. Vosotros sois gente a la que todos los italianos estiman por vuestra humanidad y sociabilidad, por la laboriosidad unida a la jovialidad. Todo esto ahora ha sido puesto a dura prueba por esta situación, pero no debe y no puede afectar a lo que vosotros sois como pueblo, a vuestra historia y a vuestra cultura. Permaneced fieles a vuestra vocación de gente fraterna y solidaria, y afrontaréis cualquier cosa con paciencia y determinación, rechazando las tentaciones que por desgracia están vinculadas a estos momentos de debilidad y necesidad.

La situación que estáis viviendo ha puesto de manifiesto un aspecto que quisiera que estuviera muy presente en vuestro corazón: ¡no estáis y no estaréis solos! En estos días, en medio de tanta destrucción y de tanto dolor, habéis visto y sentido cómo tanta gente se ha

movido para expresar su cercanía, su solidaridad, su afecto; y esto a través de muchos signos y ayudas concretas. Mi presencia entre vosotros quiere ser uno de estos signos de amor y de esperanza. Al mirar vuestras tierras he experimentado una profunda conmoción ante tantas heridas, pero he visto también muchas manos que las quieren curar juntamente con vosotros; he visto que la vida vuelve a comenzar, quiere volver a comenzar con fuerza y valentía, y este es el signo más hermoso y luminoso.

Desde este lugar quiero lanzar un fuerte llamamiento a las instituciones, a todos los ciudadanos, a ser, a pesar de las dificultades del momento, como el buen samaritano del Evangelio, que no pasa indiferente ante quien padece necesidad, sino que, con amor, se inclina, socorre, permanece al lado, haciéndose cargo hasta el fondo de las necesidades del otro (cf. *Lc 10, 29-37*). La Iglesia está cerca de vosotros y lo seguirá estando con su oración y con la ayuda concreta de sus organizaciones, especialmente de la Cáritas, que se comprometerá también en la reconstrucción del tejido comunitario de las parroquias.

Queridos amigos, os bendigo a todos y cada uno, y os llevo con gran afecto en mi corazón.



CRÓNICA DIOCESANA

CRÓNICA DIOCESANAJUNIO

- Día 2: Encuentro anual de Voluntarios de Cáritas de Galicia en Ourense: Celebración Eucarística en la parroquia de María Auxiliadora, conferencia en el colegio Salesianos y visita guiada a Ribadavia.
El grupo scout Axóuxere de la parroquia de San Pío X pone fin a un año de actividades clausurando la celebración de su décimo aniversario.
- Día 3: Solemnidad de la Santísima Trinidad. A las 19:00 horas Procesión Eucarística seguida de la Misa Solemne de Clausura de la Novena en la parroquia de la Santísima Trinidad.
El Sr. Obispo mantiene un encuentro con los sacerdotes del arciprestazgo de Castro Caldelas, después de impartir el sacramento de la confirmación a los jóvenes de la zona.
- Día 5: El Obispo de Ourense ofrece el pregón-conferencia del Día de la Caridad en Lugo.
- Día 7: Carmelitas Descalzas, oración por las vocaciones a las 18:00 h.
Comienza la Novena al Sagrado Corazón de Jesús en la parroquia de Santa Eufemia.
- Día 9: Festival Mariano en la parroquia de la Santísima Trinidad a las 18:00 horas.
Monseñor Lemos acompaña a los participantes en una de las visitas interpretativas a la Catedral de Ourense organizadas por el periodista Jesús Manuel García, entre los que se encuentra el Concelleiro de Cultura.
El Sr. Obispo mantiene, después de las confirmaciones, un encuentro con los sacerdotes del arciprestazgo de A Gudiña-Riós, después de impartir el sacramento de la confirmación a los jóvenes de la zona.
- Día 10: Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo. Día de la Caridad. A las 10:00 horas el Sr. Obispo preside la Celebración Eucarística en la Catedral. A continuación sale la Procesión por Santo Domingo, Parque de San Lázaro, Calle del Paseo y Lamas Carvajal hasta la Plaza Mayor, donde celebraremos un Acto Eucarístico.

- Día 13: La revista Compostellanum presenta su vol. LVII, dedicado en esta ocasión a nuestro Obispo, Monseñor Leonardo Lemos, a las 20:00 horas en el Aula Magna del ITC.
- Día 14: El Sr. Obispo entrega los premios a los niños ganadores de la primera edición del concurso “Cartas a María” organizado por la Delegación de Infancia y convocado a través de la revista diocesana Comunidad.
- Día 15: Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús. Jornada Mundial de Oración por la Santificación del Clero.
El Obispo de Ourense predica a las 20:00 horas la Novena del Corpus en la Catedral de Lugo, con el tema: “La Eucaristía, don infinito de amor que trasciende toda sabiduría humana”.
Cáritas parroquial de Xunqueira de Espadañedo celebra su tradicional Festival Solidario a las 20:00 horas en el claustro de Xunqueira.
- Día 16: Ordenación de un sacerdote (David Justo Rodríguez, diácono en Santiago de As Caldas) y dos nuevos diáconos (Alejandro Delgado Arce y Juan Fernando Sánchez Montero) a las 11:00 horas en la capilla del Seminario Mayor.
Clausura de curso de los Equipos de Nuestra Señora a las 19:00 horas en el colegio de las Hnas. Franciscanas.
- Día 20: Monseñor Leonardo Lemos Montanet recibe, entre otros encuentros de su agenda diaria, a la junta directiva de Manos Unidas y, a continuación, a una amplia representación de los profesores de Religión de ANPE.
- Día 21: Oración diocesana por las Vocaciones a las 20:00 h. en el convento de las Esclavas del Santísimo Sacramento, plaza de las Mercedes. Por ser la última de este curso, preside el Sr. Obispo.
La Asociación de Amigos de la Catedral de Ourense organiza una visita guiada a la Catedral de Ourense.
- Día 25: Parte la peregrinación diocesana a Lourdes, organizada por la Hospitalidad de Nuestra Señora de Lourdes. El Sr. Obispo acude a despedir a las 500 personas que participan, entre enfermos, auxiliares, médicos, sacerdotes y otros peregrinos.
- Día 27: Constitución del Consejo Presbiteral en la Casa de Ejercicios a partir de las 10:30 horas en la Casa diocesana de Ejercicios.
- Días 28 y 29: Programación diocesana de Pastoral en el Santuario de Los Milagros.



DIÓCESIS
DE OURENSE
